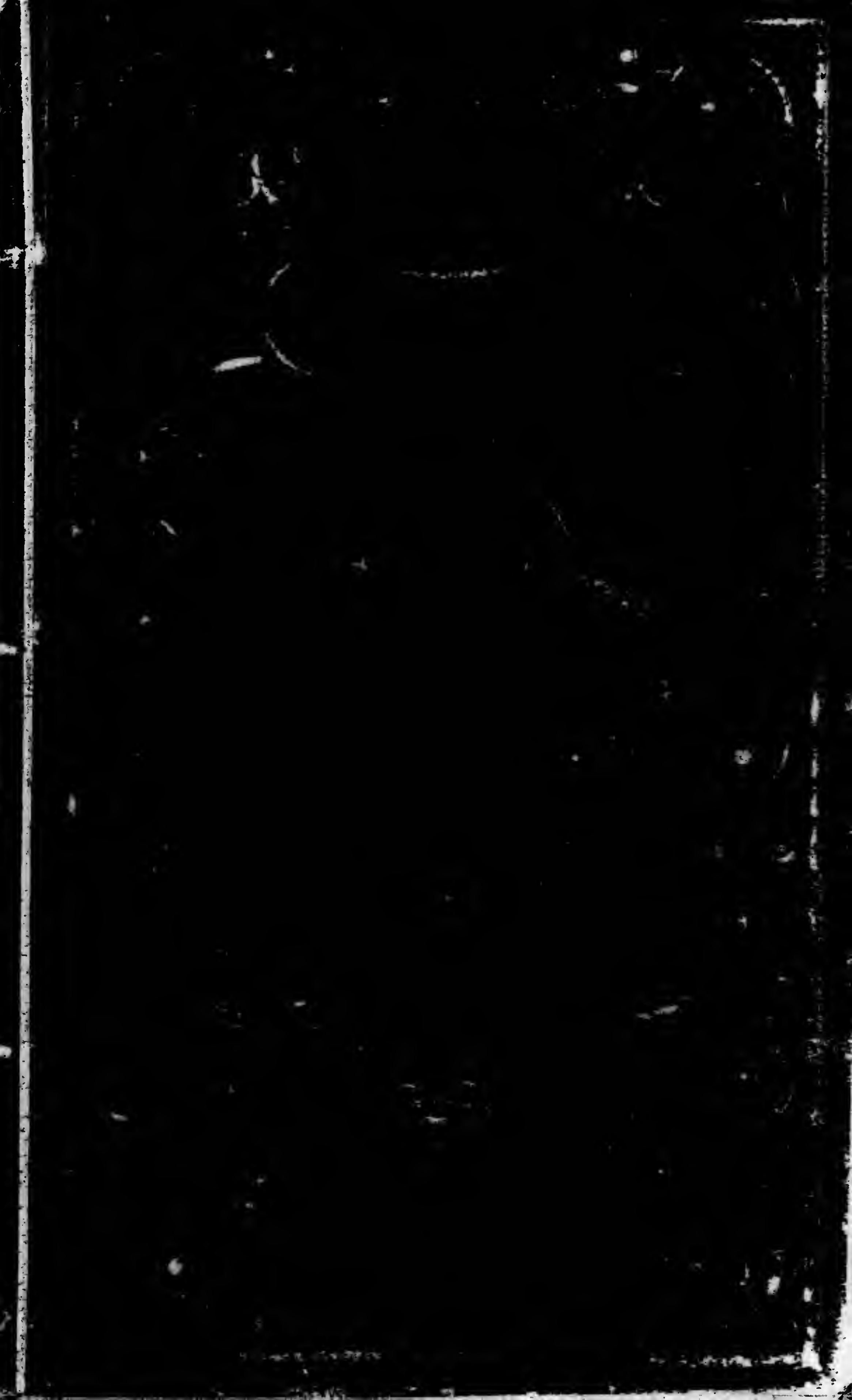
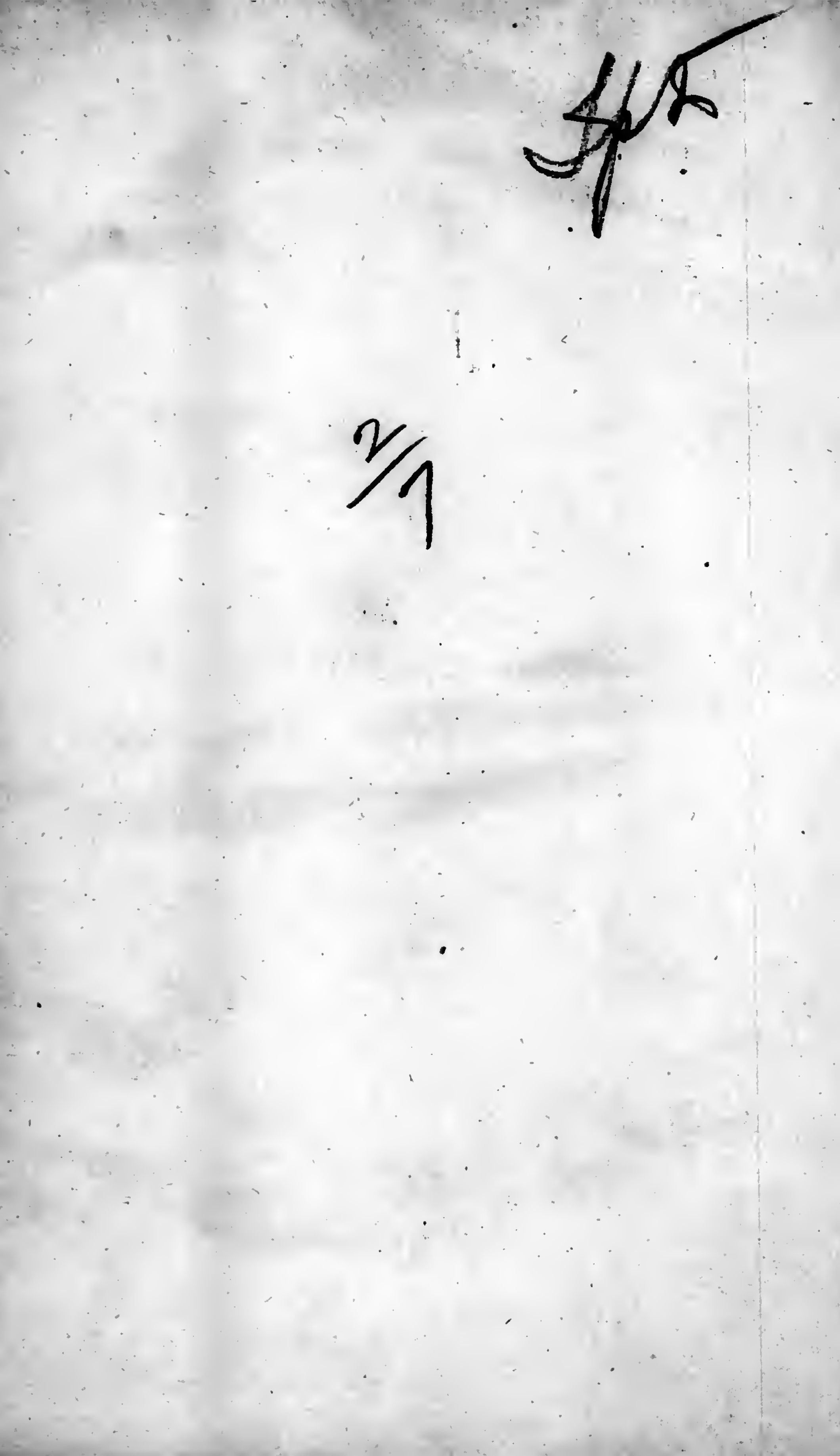




LEYENDAS MEXICANAS.

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE,
Tiburcio núm. 19.

LEYENDAS MEXICANAS,

CUENTOS Y BALADAS DEL NORTE DE EUROPA,

Y

ALGUNOS OTROS ENSAYOS POÉTICOS

DE

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.



MÉXICO.

EDITOR, AGUSTIN MASSE.—LIBRERÍA MEXICANA.

ESQUINA DE LOS PORTALES DE MERCADERES Y AGUSTINOS.

1862.

PRÓLOGO.

Siempre he creido que mucha parte de la indiferencia con que, por lo comun, acoge el público un libro de versos, proviene de los asuntos en él tratados. El entusiasmo de una oda, la delicadeza ó el chiste de un epigrama conmueven y agradan al lector; pero la terrible sucesion de algunas decenas de composiciones de este género y del llamado sentimental en que, no sin emplear variedad de metros y desleir bajo formas muy parecidas iguales pensamientos é imágenes, enarra el coplero la historia de sus cuitas privadas y personalísimas, da al traste con la paciencia mejor templada; y piezas literarias que aisladamente vistas arrancarian aplausos, se perjudican unas á otras bajo la misma pasta de un libro cuya condicion es la del dulce, que empalaga si se le toma en abundancia.

No es esto una crítica de lo que otros hacen, sino la esplicacion de lo que yo me propuse hacer en los ensayos que hoy ofrezco al público. Sospechando, por lo que á mí me pasa, que lo que

mas le interesa es la esposicion y la accion de las costumbres, tradiciones y pasiones humanas, cuando del conjunto del cuadro y á vueltas del solaz que proporciona, se desprende alguna enseñanza histórica, moral ó religiosa, he consagrado mis pocas fuerzas á este género, y, sin faltar á la modestia, creo poder lisonjearme de que la calidad de los asuntos salvará á mi libro del naufragio á que pudiera arrastrarlo el modo con que han sido desempeñados.

La obra á que sirven de introduccion estas líneas, consta de tres partes: primera, LEYENDAS MEXICANAS; segunda, CUENTOS Y BALADAS DEL NORTE DE EUROPA; tercera, COMPOSICIONES DIVERSAS. Nada tengo que decir respecto de esta última parte; mas aventuraré breves reflexiones en cuanto á las otras dos.

En el estado actual de comunicacion y relaciones de los principales pueblos, y cuando el cristianismo y la civilizacion han difundido unas mismas ideas y establecido casi idénticas costumbres en ellos, es muy difícil que su literatura tenga otro carácter distintivo que el que llevan unas respecto de otras las razas septentrionales y meridionales, ó asiáticas y europeas y americanas; y para darla algun color local no queda mas arbitrio que recurrir á la historia y las tradiciones especiales de cada pais. Aplicando esta regla, halléme una mina, abandonada hoy de casi todos los que cultivan aquí las bellas letras, no obstante haber abierto el tiro, Ortega y Rodriguez Galvan, y estar patentes las muestras de su riqueza en *Las Aztecas* de Pesado.

Mi leyenda de *Xóchitl* da idea de la destruccion de la monarquía tolteca, que precedió á las demas establecidas en el Anáhuac. Despues de consignar las tradiciones relativas á la emigracion, el viaje, la llegada, esclavitud y emancipacion de los aztecas y á la fundacion de México, trazo algunas de sus costumbres domésticas y sociales en el *Casamiento de Nezahualcoyotl;* paso á describir en *La princesa Papántzin* los presagios de

la venida de los europeos y los primeros síntomas del gran cambio efectuado con la conquista española; y no tomo del periodo colonial mas episodio que el de *La Cuesta del Muerto*, que no puede llamarse histórico por mas que, salvo cortas diferencias de tiempo y lugar, sea verdadero el suceso horrible en tal composicion relatado.

Fuera de los poquísimos asuntos por mí escogidos, quedan en nuestra historia ofreciéndose á los aficionados al romance y la novela, los altos hechos de Moctezuma I á quien daban el sobrenombre de *Flechador del cielo;* la lucha de Nezahualcoyotl para recobrar el trono usurpado á su familia; la defensa de México contra Cortés; la mediacion evangélica de los misioneros católicos en favor de los vencidos; la anarquía que siguió de pronto al triunfo de los conquistadores; la formacion gradual de nuestra sociedad; y, en suma, multitud de caracteres y situaciones en las dos grandes épocas anterior y posterior á la conquista; no faltando en dias mas recientes glorias militares como la de Morelos, ni actos de heroismo como el de Bravo, ni ejemplos de enaltecimiento y desdicha como el que nos ofrece Iturbide.

Pero el deseo de dar algun color propio á mis versos no me ha impedido estraer de los tesoros literarios de la Europa Septentrional cuanto forma la segunda parte de este volúmen. La nobleza de ideas, la ternura y profundidad de afectos, lo grandioso, lo patético, no pertenecen esclusivamente á determinados tiempos y latitudes, ni la estética inquiere edad ni orígen para dar acogida á cuanto lleva consigo el sello de la belleza en las producciones de la naturaleza y el arte.—Bien puedo decir que llenan tal condicion las composiciones á que me refiero, cuando críticos eminentes lo han declarado y yo no he hecho otra cosa que tratar de ponerlas en nuestro idioma, valiéndome casi siempre para ello de la version francesa de X. Marmier, inteligente traductor de Goëthe, de Schiller y de los cantos populares mas notables de Suecia, Islandia, Dinamarca y Finlandia.

A estos pueblos pertenecen *El arpa maravillosa*, *La vuelta de una madre*, *La restitucion*, el *Poder de la música*, *La paz del alma*, *El Epitafio* y *El canto del ave del paraiso*, baladas y apólogos y cuentos que por su asunto andan con mas ó menos variantes en boca de todo el mundo, y algunos de los cuales hemos oido á nuestros abuelos en los alegres dias de la niñez. En cuanto al *Guante* y al *Conde de Hapsburgo*, basta con decir que son de Schiller, y en elogio del *Cántico de la Campana* solo indicaré que es acaso la mejor de las obras líricas del poeta aleman.

Una prueba de que á nuestro público no disgustan las joyas de la corona literaria del Norte de Europa, tengo ya en los deseos á cuya manifestacion deben el reaparecer aquí dos de las espresadas poesías de Schiller y el *Canto del ave* (tomado de la obra de Schubert *Lo antigüo y lo moderno)* que forman parte de la coleccion de mis versos impresa en 1859.

No daré de mano á mis humildes tareas si acoge el público estos nuevos ensayos con la indulgencia y el favor que los precedentes.

J. M. Roa Bárcena.

México.—1862.

LEYENDAS MEXICANAS.

XÓCHITL,

Ó LA RUINA DE TULA.

XÓCHITL,

Ó LA RUINA DE TULA.

INTRODUCCION.

Si en las tranquilas siestas
Del abrasado estío
Llegais, en las florestas
O en el asilo umbrío
De rica ó pobre alcoba,
Mis cantos á leer,
Os impondrá el primero
De la azarosa historia
De Xóchitl, verdadero
Cuadro en que luz y gloria
Contrastan con bajezas
Y crímenes tal vez.

Voy á evocar los dias
En que de Tula el trono,
Tras las virtudes pías
Con que le dan abono
Sus siete antecesores,
Mancha Tecpancaltzin.
De altísima doncella
Haciendo impura esclava,
Su despotismo sella;
Vierte la ardiente lava
Del vicio sobre el pueblo
Y arrástrale á su fin.

Terrible es la enseñanza
De tan remoto caso;
Vemos que sin tardanza
Sigue al delito el paso,
Por ley que al mundo rige,
Castigo vengador.
Tras goces lisonjeros
Él impelió al abismo
A reyes y guerreros,
Al trono, al pueblo mismo
Regido por el fruto
De tan culpable amor.

PRIMERA PARTE.

I

Descubre un noble el aguamiel del maguey, y lleva regalos á Tecpancáltzin.

De larga paz al influjo
La feliz nacion tolteca
Que rigen costumbres puras
Y leyes pocas y buenas;
Fértil país ocupando,
Paraíso de la tierra,
Avanza más cada dia
En virtud, artes y ciencias.

Papántzin, noble ilustrado,
Dióse á agrícolas faenas,
Y cultivando el maguey
Que siembra en largas hileras,
Estrajo á fuerza de industria
El aguamiel de sus pencas;
Luego á pasta la redujo
Y con ella hizo conservas,
Si agradables á la vista,
Al paladar lisonjeras.

Quiso de todo un presente
Que pule, adorna y apresta,
Llevar al rey, esperando
Que su alabanza merezca;
Que ha sido en épocas todas
Y latitudes estremas,
Cuando no el oro, la fama
Cebo de humanas empresas.

Porque tenga más realce
El paso que dar intenta,
Ir quiere con su familia
Ante el monarca; y si cuerda
Su resolucion estimo
En lo demas, aquí necia.
Que Xóchitl, su única hija
(Flor significa en su lengua)
Es rica flor codiciada
De cuantos llegan á verla;
Y es el amor de los reyes
Sol que á las plantas modestas
Que necesitan de sombra
Con rayo fúlgido quema.

Al recibir el presente
Más que en él en la doncella,
A quien el rubor temprano
De ser mirada hermosea,

Fija la vista el monarca
De llama súbita presa,
Y al desacordado padre
Dice, con faz halagüeña:

—"Mucho tu afan ha logrado
En lo que el regalo encierra;
Mas si en fruto delicado
El precio tiene pagado
De tus sudores la tierra,

"Yo te cedo el señorío
De cuatro pueblos, que es bien
Con recompensas á quien
Ilustra el reinado mío,
Dar estímulo y sosten.

"Porque tu invencion más sea
Acá en la corte aplaudida,
De nuevo sus frutos vea,
Y á tu prenda mas querida
En tal embajada emplea.

"Tráigalos Xóchitl, pues sabe
Que el valor que tiene agora
Tu don, por más que lo alabe,
Ha de crecer, si esto cabe,
Siendo ella la conductora.

"Y ya que al padre mi agrado
Y mi gratitud prolija
Con dádivas he probado,
Quisiera ver si me es dado
Labrar el bien de la hija."

En ilusiones mecido
De ilustre fama y grandeza,
Despues de oir tal discurso
Vuélvese el noble á sus tierras.
Que está labrada de Xóchitl
La suerte futura piensa,
Que va el monarca á dotarla,
Tal vez á elevarla á reina....!
¡Oh imaginacion que rompes
Del juïcio las cadenas,
Sin advertir que volando
Así, á lo mejor te estrellas!
¡Mal labrador que descuidas,
Cuidando plantas groseras,
La planta más delicada
De cuantas hay en tus huertas!

II

Prediccion del astrólogo Huemántzin.

Junto al libro divino ó teoamoxtli
Que guarda el templo principal de Tula,
Están los vaticinios que Huemántzin
Hizo al morir y es fuerza que se cumplan.

Al pueblo congregado en aquel sitio
Son leidos tres veces cada luna,
Y del gran sacerdote interpretados
Esto dicen los signos y figuras:

"Cuando haya cuatro siglos que su antigua
Patria dejó el tolteca, y á la augusta
Silla un jóven de crespa cabellera,
No sin hallar contradicciones, suba;

"La prudencia y justicia con que rija
Sus pueblos al principio, índole dura
Mas tarde hará desparecer, y al cabo
Fuente será de iniquidad profunda.

"De su mismo linaje dos señores
Disputaránle el cetro en guerra cruda,

Y en la sangre y la peste y la miseria
Su corona y nacion rodarán juntas.

"Al acercarse el tiempo que predigo
Señal será de tales desventuras
Mostrarse el colibrí con espolones,
Llevar la liebre cornamenta aguda;

"Y que la corrupcion al santuario
Y á las mujeres principales cunda,
Provocando la cólera celeste
Que ha de cebarse en toda criatura."

Estos son de Huemántzin los avisos
Que oye el pueblo tres veces cada luna;
Y, aunque de haber dejado las antiguas
Regiones presto hará cuatro centurias,

Que se aproxime tan funesto caso
Al comenzar mi historia nada anuncia;
Nada hay raro en las liebres ni en las aves,
Justo es el rey y las costumbres puras.

III

Inventa Papántzin el pulque.—Xóchitl lo lleva al rey y es detenida.

En Papántzin, por su mal,
Redobla industrioso empeño
El ya comenzado sueño
De la privanza real.

Y, tras conservas mejores
Que con la miel condimenta
Y cuyo mérito aumenta
En trasparencia y sabores;

Queriendo agradar al rey
Más y más, con nuevo ardor
Estudia, y hace licor
Con el jugo del maguey.

Es cual leche alabastrina
El líquido fermentado,
Y al débil y desganado
Fortaleza y medicina.

Tal fué del pulque el invento,
Y así la historia lo dice
De la doncella infelice
Que da materia á mi cuento.

En una y otra vasija
Y con aseo y primor
Puestos dulces y licor,
Sale á llevarlos la hija.

Partió Xóchitl de mañana
Con ricos traje y pendientes,
Seguida de sus sirvientes
Y Tepenenetl la anciana.

Y atravesando el espacio
Que media, rumbo hácia el Norte,
Desde su feudo á la corte,
Llega á otro dia al palacio.

Allí, no sin que detenga
Sus palabras el rubor,
Sirviendo al rey el licor
Dice la estudiada arenga.

Como el fruto de la zarza
Negros los rasgados ojos,
Tez rosada, lábios rojos,

Esbelto el cuello de garza;

Con flores entretejida
La cabellera abundante
Y en broche de oro brillante
La capa al hombro prendida;

Mal los contornos recata
Del seno alzado y gentil
El blanquísimo huepil
Con campanillas de plata.

A sus gracias femeniles
Unen regalada esencia
El candor y la inocencia
De escasos diez y ocho abriles.

Tan conmovida y hermosa
Estaba en aquel momento
Como al halago del viento
Sobre su tallo la rosa.

Del rico invento admirada
Del noble sabio, la corte
Queda, y no menos del porte
De quien llevó la embajada.

Y el rey, perdiendo en mal hora

La probidad y el sosiego,
Con ojos como de fuego
Sus atractivos devora.

A la comitiva llama
Y entrega valiosos dones,
Encargando estas razones
Para Papántzin al ama:

—"Mucho tu saber abarca;
Las nuevas señales dello
A la amistad ponen sello
Que te dispensa el monarca.

"Para cumplir la promesa
Que en la efusion de su agrado
A tí le dejó ligado
Y está en su memoria impresa,

"Hará que ilustres señoras
De Xóchitl, que allá se queda,
Porque más honrarte pueda,
Se encarguen cual preceptoras.

"Rara ocasion la fortuna
Así de adquirir la ofrece
La educacion que merece
Por su beldad y su cuna."

Tal discurso al escuchar
Contúrbase la doncella,
Vacila el ama y de aquella
Va la opinion á esplorar.

Mas á lo que el rey dispone,
Aunque asaz inoportuno
Sea, vasallo ninguno
En su presencia se opone.

Con inquietud inaudita
Que en mil temores se inflama,
De allí á poco partió el ama;
Xóchitl en palacio habita.

¿Qué será del lirio ufano
Si la tempestad asoma?
¿Qué va á ser de la paloma
En las garras del milano?

IV

Angustia de los padres de Xóchitl.—Nacimiento de Meconétzin.

Solos viendo á sus criados
De allí á tres dias volver

Y oyendo cuanto le dice
Turbada Tepenenetl,
Una y mil veces maldijo
Papántzin la candidez
Con que de prestarse acaba
A los caprichos del rey;
Y en duda y sospecha horrible
En union de su mujer
Que la inesperada ausencia
Llora del amado bien,
Aguarda que luz el tiempo
Y desengaño le dé
Acerca de aquello mismo
Que se resiste á creer.

Rico presente de oro,
Perlas, corales, carey
Y lienzos finos que esmaltan
Mezclados colores cien,
Recibe y este recado
De su monarca, á la vez:
"De salud goza en la corte
Xóchitl, y en ella está bien,
Como en los aires el ave,
Como en las ondas el pez;
Mas quiere tener al ama
Consigo; ya lo sabeis."

Partió con los mensajeros
A Tula Tepenenetl
Y, no bien llega al palacio
Y abraza á Xóchitl, el rey
Hízolas llevar á Pálpan
Con sigilo y rapidez
Y de noche porque nadie
Su traslacion pueda ver.
Pálpan era pueblecillo
De un cerro tendido al pié,
Y en la cima, en vasta casa
Con gusto y esplendidez
Adornada, y que parece
Por sus jardines eden;
Al pensamiento servida,
Su voluntad siendo ley,
Queda Xóchitl sin mas traba
(Aunque insoportable á fé)
Que la de no pasar nunca
De su mansion el dintel.
Manda el señor que las puertas
A los estraños estén
Cerradas y que se abran
Solamente para él.
Pone guardias en contorno
Que el paso atajen á quien
El interior desde afuera
Pretenda observar tal vez.

Y á la hermosa que al monarca
Rendido á sus plantas ve,
Romper un punto no es dable
De su aislamiento la red.

¡Qué de veces silenciosa
Sin mas compañero fiel
Que el lucero de la tarde,
La noche estando al caer,
Pensó en los serenos dias
De su dichosa niñez,
Y en el hogar á que faltan
Con ella luz y joyel,
Y en los ancianos llorosos
A quienes ya no ha de ver!
O con los ojos siguiendo
Del ancho cielo al traves
O del musgo en la esmeralda
Ave ó fuente, quiso ser,
Su libre curso envidiando,
Ave y arroyo tambien!

De haber arribado á Pálpan
Como diez lunas despues,
Tuvo un niño que en sus brazos
Ufano recibe el rey.
Como el vellon del cordero
Crespo su cabello es;

Si al verle recuerda el padre
Las predicciones, no sé.
Y solo dice la historia
Que halló su traslado en él
Y Meconétzin llamóle,
"Tierno fruto del maguey."

V

Papántzin tiene una entrevista con su hija.

Tres años contaban de dudas y angustia
Los padres de Xóchitl que ignoran dó está:
La madre en su casa consúmese mustia;
Papántzin inquiere, ya viene, ya va.

Por dicha descubre que en Pálpan su hija
Del cerro en la cumbre fastosa mansion
Habita, y discurre su astucia prolija
Disfraz que le traiga de hablarla ocasion.

Rapóse el cabello, pintóse la cara
Y en traje grosero, cual de un labrador,
Fingiéndose cojo, se apoya en su vara;
Vendiendo unas flores al pueblo llegó.

Comprar otras quiere, y al viejo hortelano
Que cuida de Xóchitl el mismo jardin,
Acude á pedirlas resuelto, y no en vano;
Las puertas guardadas abriéronle al fin.

Sudábale el rostro, su pecho latia
Con fuerza; no puede tenerse ya en pié;
Mas pronto recobra vigor y osadía
Con un niño en brazos á Xóchitl al ver.

El niño, su imágen mirando en la fuente,
Las palmas batia con gozo infantil:
Con gracias y halagos en vano es que intente
Hacer á la jóven callada reir;

Pues ella los ojos clavó distraida
Del agua en el lecho de arena y coral:
Tal vez la entristece llevar esa vida;
Pensando en sus padres se abisma quizá!

Un punto se aleja de allí el jardinero,
Y entonces Papántzin, que aquesto aguardó,
Acércase á Xóchitl con paso ligero;
La jóven se asusta.—"No temas; soy yo.

"¡Oh dicha anhelada! Mas dime, hija mia,
El rey en su odioso capricho fatal
¿Te trajo á educarte segun ofrecia,

O niños ajenos te puso á cuidar?"

Esclama así el padre, y en vivos colores
El rostro de Xóchitl tiñendo el rubor,
Responden sus labios:—"No es justo que ignores
Que el rey hace tiempo mi afrenta selló."

—"¿Qué dices? ¿Es cierto...? ¿Y así en mi presencia
Tú misma te acusas?"—"Culpable no fuí:
Sin armas ni escudo, candor é inocencia
Vencidos quedaron."—"¡Ah padre infeliz!

"¡Tal cieno en mi sangre! ¡Tal mancha en mi nombre!
¡Tal dolo y tan negra perfidia en el rey!
El mal que nos hizo tirano, si es hombre
Que en algo se estima, repare tal vez.

"Hablarle pretendo: si fuí su vasallo,
Su falta le humilla y es hoy mi deudor.
Temblar ha de hacerle mi enojo; mas callo,
Que el mozo ya vuelve.... Prudencia, y adios!"

Las flores recibe Papántzin, las paga,
De nuevo cojea, se aleja hácia el Sur:
Al par que le aflige su afrenta, le halaga
Que Xóchitl aun tenga decoro y virtud.

Da cuenta á su esposa del fruto del viaje,

Descanso á sus miembros, de mano al disfraz:
De noble á otro dia ciñéndose el traje,
A Tula sin mozos ni obsequios irá.

VI

Papántzin pide reparacion al rey, y no la obtiene.

Ante el rey al mirarse el ofendido
Padre, su faz anubla ceño adusto,
Y Tecpancáltzin, que le presta oído,
Encubre mal de su conciencia el susto.
—"Contigo hablar á solas he querido,
Dícele el noble al fin, monarca injusto,
Porque de publicar es bien que huya
Mi propio deshonor la infamia tuya.

"De los reyes de Tula tú el primero,
Arrastrando á tu pueblo al precipicio,
Del alto solio el lustre verdadero
Empañas con la mácula del vicio.
Con cetro y amistad, tirano, artero,
A honesto matrimonio á quien propicio
El cielo se mostró, robaste el fruto,
Su bienestar así trocando en luto.

"Marchitaste la mas fragante rosa
De la heredad de tu mejor vasallo,
Y al cortarla tu mano codiciosa
Tembló el arbusto y lastimóse el tallo.
Contra tí mismo el oprimido osa
A tu alteza pedir severo fallo,
Que es, aunque el cetro tuerza la malicia,
Superior á los reyes la Justicia.

"Si de nuestra nacion sencilla y pura
No quieres que tu nombre espanto sea,
Limpia el borron que en mancha mas obscura
Al ofensor que al ofendido afea.
A Xóchitl, infeliz por su hermosura,
Hoy devuelve el honor, que es su presea;
Y si te niegas á llamarla esposa
Fin á mi vida pon que hiciste odiosa."

Trémulo á un tiempo de vergüenza é ira
El turbado monarca le contesta:
—"El pueblo en otro rey, si bien se mira,
Nunca flaqueza halló tan manifiesta;
(Así al hablar el déspota suspira.)
Mas tampoco insolencia como ésta
Con que mi enojo escitas importuno,
Antes mostró jamas vasallo alguno.

"Viendo que honor y probidad la fuente

Son y la causa de tu ciego encono,
Olvido tu lenguaje irreverente
Que mereció castigo, y te perdono.
Por no ser al Estado conveniente
Xóchitl no subirá conmigo al trono.
Vuélveme tu amistad; yo te prometo
Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

"Con esposa y amigos, si prudentes
Júzgales tú, ve á Palpan cuando quieras,
Y allí, en union de Xóchitl, sus parientes
Permanecer podeis horas enteras.
Aumentaré tus feudos y las gentes
De mi favor señales verdaderas
En tí verán sin tasa cada dia,
Sosten de la tolteca monarquía."

No al padre halagan, no, promesas tales;
Mas, trocado su enojo en desaliento
Remedio por no hallar para sus males,
Dióse á la soledad y á su tormento.
Que si en pechos mezquinos ó venales,
Caro lector, allá en tu pensamiento
La deshonra y la dicha acaso ayuntas,
En noble corazon no caben juntas.

SEGUNDA PARTE.

I

Mueren los padres de Xóchitl.—El mal ejemplo del rey inficiona al pueblo.

Desde que al lado de Xóchitl
En gracias y edad el niño
Fué creciendo, el rey dejóla
Señora de su albedrío.
Mas si rompió en apariencia
La prisionera sus grillos,
Quedó cerrada su cárcel
Con el candado del hijo.
Y en vano sus padres quieren
Que vuelva al hogar tranquilo
Donde la vieron dichosa
Limpia el alma, el honor limpio.
Ella sus consejos oye
Sin resolverse á seguirlos
Porque llevar no la es dado
A Meconétzin consigo.
Acusáronla de ingrata

En el postrimer suspiro
La desconsolada madre
Y el noble honrado y altivo.
Ella, al saberlo, clavado
Sintió en el alma un cuchillo
Que es de irreparable culpa
Remordimiento infinito.
Y, no hallando ya del mundo
En el inmenso vacío
Quien cultive para ella
La dulce flor del cariño,
Al seductor apegóse
Su infamia echando en olvido,
Cual con el tiempo se apega
Al carcelero el cautivo.

Fuése á vivir de la corte
En la opulencia y el brillo
Poniendo fin al misterio
De su deshonor asilo.
Y como acrecen los años,
Si cabe, sus atractivos,
Más y más al rey impone
El yugo de sus caprichos.
Dió feudos en abundancia
A sus parientes y amigos;
Dispuso de las riquezas
De la corona á su arbitrio,

Con larga mano impartiendo
Al necesitado alivio.
Empero de su privanza
El ejemplo fué nocivo
A la nobleza tolteca
Y al pueblo recto y sencillo
Que hasta allí culto en el trono
A la virtud ha rendido.
Y cuanto perdió el monarca
Veneracion y prestigio
Haciendo á la faz de todos
Patentes sus estravíos,
Tanto así ganan y cunden
En los súbditos sumisos
Antes á sus leyes sábias,
Los reprobados instintos
Del lujo y la inobediencia
Y los placeres y el vicio.—
Más fuerza traen si bajan
De las montañas los rios,
Y abrasa la luz del sol
Si en el zenit está el disco.
Quien de la social esfera
Alcanza elevado sitio,
Lleva ejemplo y enseñanza
Del bien ó el mal en sí mismo.

II

Sube Meconétzin al trono.—Sus cualidades.

Al terminar Tecpancáltzin
De su gobierno el periodo,
Que hacen leyes y costumbre
Improrogable y forzoso;
Como aversion desde jóven
Tuvo siempre al matrimonio,
Carece de hijos legítimos
Y, cual antes ofrecíólo
Al noble irritado, sienta
Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho
Dos parientes no remotos
Quauhtli y Maxtlatin llamados,
Sabios, valientes y mozos.
Que entrambos en la nobleza
Cuentan partido es notorio:
Rigen Estados pequeños,
Arman ejércitos propios:
Si desairados se estiman,
Con pretenderlo tan solo

Pueden causar en el reino
Inapagable alboroto.
Es preciso complacerles
Y obrar con ellos de modo
Que su interes sigan viendo
En su adhesion, no en su odio.
Pensando así Tecpancáltzin
Halla de su fin el logro
Trayéndoles junto al hijo
A que le sirvan de apoyo.
Los tres á Tula gobiernan:
Empuña el cetro de oro
Meconétzin y le imparten
Consejo y luces los otros.

Aquel tomó de Topíltzin
El nombre, y la causa ignoro.
Es de apacible semblante
Con muy espresivos ojos,
Aunque le afea el cabello
Crespo y apretado y tosco.
Su gentil cuerpo en altura
Y fortaleza es un olmo:
Tiene el carácter afable,
Noble el ánimo y brioso.
Si manda es sin despotismo,
Si castiga es sin enojo;
En él amparo halla el bueno

Y, al par, la injusticia coto.
Y así en los primeros dias
De haber ascendido al solio
Fué de sus padres orgullo,
Fué la esperanza de todos.

III

Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—Vision del rey en sus jardines.

Mas ¡qué de esperanzas dulces
El viento menor abate
Cual árboles sin raíces,
Cual edificios sin base!
Tuercen el paso mancebos
Que solo ejemplos constantes
De honestidad y decoro
Contemplan desde que nacen.
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza
Quien advirtió desde infante
Que en ir por senda torcida
Son los primeros sus padres!
¡Y más si debe á su orígen
Ser combustible su sangre

En tiempo en que del contagio
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta
Y de gobierno admirable
Que amor y alabanza escita
En su pueblo y los distantes,
Topíltzin de los placeres
Dióse á la corriente fácil
En cuyas ondas naufragan
Sus mejores cualidades.
No presta oído al consejo
De sus colegas cual antes,
Y da á sus reconvenciones
Por toda réplica ultrajes.
Con el poder absoluto
Se alzó por completo y hace
Dél eficaz instrumento
De sus pasiones vulgares.
Honra á cubierto no hubo
Ni hacienda ó virtud que alcancen
De su codicia ó torpeza
Con buena estrella á librarse.—
No de otro modo sin freno
Corriendo el potro salvaje
Malogra en las rubias mieses
Del labrador los afanes;
Enturbia del manso rio

Los trasparentes cristales;
Huella y destroza las flores
Más esquisitas del valle.

Si aquesto debió Topíltzin
A cuanto mira delante
En palacio en su familia
Y afuera en todas las clases,
Dél estas imitan luego
En proporciones mas grandes
La corrupcion de que al cabo
El reino entero hace alarde.
Ni asilo contra ella fueron
Los venerados teocalis
Donde el fuego apagar dejan
De su pudor las vestales.
¡Oh ceguedad inaudita!
¡Pueblo infeliz, rey infame
Que así corréis al abismo
Abierto á vuestras maldades!

El corazon de Topíltzin
Disgusto mortal invade,
Y distraccion halla solo
En sus jardines y parques.
En ellos, cabe una fuente
Cuyo murmurio le place,
Quedó un dia, si dormido

O si despierto, no sabe.
A su inmediacion, del bosque
Llega en giros espirales
Sobre las alas del viento
Y con las suyas de esmalte,
Buscando las florecillas
Que guardan miel en el cáliz,
Bello colibrí, del íris
En sus colores imágen;
Pero mostrando espolones
Que en él hasta allí vió nadie.
Consigo mismo irritado,
Pues piensa en aquel instante
Que su loca fantasía
Engendra caprichos tales,
Cierra sus ojos el rey,
O bien los lleva á otra parte
A la sazon que se allega
Del limpio caño á la márgen
Con grandes astas de ciervo
Liebre espantadiza y ágil;
Y que del bosque á la entrada,
Con blancas ropas talares,
Se le aparece la sombra
Del astrólogo Huemántzin.

Privóse el rey de sentido,
Sin que al recobrarlo aclare

Si fueron estas visiones
Hijas del sueño ó reales.

IV

El hambre y la peste.—Quauhtli y Maxtlatin se rebelan.

En Tula por entonces de las aguas
Regia la estacion:
Sin tregua en el espacio de cien dias
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo
Crecido y destructor,
A la lluvia tenaz su horrible furia
Mezclan en confusion.

Todo anegado fué, menos las cumbres
Que el pueblo coronó,
Arboles y animales flotar viendo
Desde allí con pavor.

Dique á sus cataratas pone el cielo
Al cabo, y el crespon

De las espesas nubes se desgarra
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos
Las aguas absorbió,
Se hallaron sin hogar ni sementeras
Magnate y labrador.

Este en vano en las húmedas montañas
Sulcos sin dilacion
Apresta del maíz al amarillo
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros
De rios y vapor,
De sus lluvias el cielo más de un año
Niega á la tierra el dón.

Suele oirse del trueno allá á lo lejos
La retumbante voz,
Y á esperar el chubasco alegres suben
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día
Insólito calor
Reina, noche con noche sus escarchas
Esparce el aquilon.

Secas las fuentes y la mies sin jugo
Y el árbol sin verdor
Quedan, y emigran á remotos campos
El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,
De víveres en pos,
En los semblantes retratada el hambre,
Acude á su señor.

¿ Qué puede el rey más alto de la tierra
Hacer por su nacion
Si ésta las plagas sufre que la envia
La cólera de Dios?

Del trono mismo al pié la débil madre
El cándido licor
De sus pechos al niño dar no pudo
Que en ellos espiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades
Convierte en panteon.
¡ Cuán pocas vidas en el reino deja
Su infatigable hoz!

¡ Dichosos ¡ ay! los que murieron antes
De estos dias de horror
En que se pega al paladar la lengua

Y estalla el corazon!

....

Contra el rey, sus torpezas señalando,
Su irreligion y horrible tiranía
Cual causa de los males que sufria
El pueblo, alzóse grita general.
Y Maxtlátin y Quauhtli, que se han visto
Casi arrojados con baldon del trono,
Salen de Tula huyendo del encono
De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan
Y en armas, al llegar, ponen su gente:
Unen á sus dominios prontamente
Varias provincias que de Tula son.
De guerra el grito resonó en los campos,
Y al arder las fogatas en la cumbre,
De escuálidos labriegos muchedumbre
Cerca de los rebeldes el pendon.

Topíltzin se acobarda, conociendo
Que le será funesta la pelea;
Pero con rico dón se lisonjea
De mantener la necesaria paz.
Y, por esfera una esmeralda enorme
Y la mesa y pared de oro macizo,
Un juego de balon al punto hizo

A sus diestros artífices labrar.

. . . .

Con máquinas y mozos á millares.
Cuando acabada fué tal maravilla
La envia á sus contrarios, y se humilla
El rey hasta pedirles su amistad.
"¿A qué á Tula venis si larga seca
Y el hambre y pestilencia asoladora
Tienen mi reino convertido agora
En asiento de muerte y soledad?"

Aquesta arenga al emisario enseña;
Mas, del regalo viendo la valía
Y el miedo femenil de quien lo envia,
La audacia del rebelde se aumentó.
Jamás el oro la codicia apaga,
Y antes bien la estimula y acrecienta;
Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta
Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin dón alguno y con respuesta ambigua
A la corte regresa el emisario:
De Tula á poco el llano solitario
Vió al enemigo ejército llegar.
Y aunque éste, con salvajes alaridos
Que amedrentada la ciudad escucha,
A todo morador provoca á lucha,
El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas
Con aquella irritada muchedumbre,
Y se le concedió, por ser costumbre
De improviso jamás acometer.
Y hácia Xalisco Quauhtli con su gente
La vuelta al punto da, pues allí en vano
Buscara de maiz un solo grano
Y fuente ó pozo en que abrevar la sed.

Así del mar las encrespadas olas
Su límite al besar playas adentro,
Vuelven con rapidez al hondo centro
Cuyos negros abismos nadie vió;
Mas, al influjo de los astros, tornan
A invadir la ribera al otro día.—
Se han de llevar el cetro y monarquía
Cual la olvidada red de un pescador.

V

Topíltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula
Fué, segun averiguo, de diez años,
Y la ruda invasion de los rebeldes
Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe
A despertarle fué de su letargo,
Y, conjurar queriendo los peligros,
Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas
Aléjase el ejército contrario
Cual nube espesa de langosta en busca
De más fértil region y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,
En la aplazada lid para salvarlos
Se apareja con sábias providencias
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone
Y habilita á los pobres de su erario
Porque sesenta lunas de seguida
Labren todos la tierra sin descanso.

Cediòles la mitad de las cosechas
Y con el resto dellas hizo abasto
Para dar á sus tropas en los dias
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros
Y nueva mies en los alegres campos,
Y de tal bien al favorable influjo

Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distincion de sexo
Y les hace labrar flexibles arcos,
La fuerte clava y lanza cimbradora,
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio
Todo varon en Tula es convocado,
Y en el hogar se quedan solamente
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca
Forma y adiestra numerosos cuadros;
Manda alzar parapetos y trincheras
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste
Al acercarse el término del plazo,
En dos cuerpos su ejército divide
Y da á Huehuetnucátl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica
A que dispute al invasor el paso,
Y con los nobles y el segundo cuerpo
El rey en Toltitlan queda á esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones

Renacer en su pecho el entusiasmo
Sintió Tecpancaltzin, que las arenga
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío á la flor de los guerreros
Con saludo gentil y gesto blando
Infunde la arrogante favorita,
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento
Abrigan en comun pechos bizarros,
Y en las nubes y entrañas de las aves
Todos del triunfo ven feliz presagio.

¡Ay! Así brilla lánguida bujía
Agonizante ya, con vivo lampo,
Y nunca luce más que al estinguirse
En la lóbrega noche el fuego fátuo!

VI

La campaña.—Derrota y dispersion de los toltecas.—Topíltzin logra salvar su vida.

Vienen á despertar de sueños tales
Al rey de su nobleza rodeado,

Veloz el paso, el rostro demudado
Y en el solo ademan nuevas fatales,

Del avanzado cuerpo fugitivos;
Y Huetnucátl y algunos capitanes
El malogro á contar de sus afanes
Llegan á poco, tristes aunque altivos.

Del rey la hueste al verles se alborota
De ira sintiendo al par vagos temores,
Y agrúpase á escuchar los pormenores
Del rudo encuentro y la sangrienta rota.

Empuje aterrador hizo el contrario
Y en el tolteca halló firme muralla,
Y dióse cada dia una batalla
Con ardor siempre igual y éxito vario;

Hasta que, al fin, del número vencidos
Del invasor que cual serpiente ondula
Y les cerca y constriñe, los de Tula
Quedaron prisioneros ó tendidos.

¡Mas no fué sin honor! Terrible estrago
Hicieron al caer como alta encina;
De ambas huestes al pié de la colina
Forma la roja sangre un mismo lago.

En vano Huetnucátl, sereno y fuerte
Mientras del triunfo alienta la esperanza,
Solo viéndose ya, rota su lanza,
Con despecho y afan buscó la muerte.

Su estrella, más adversa que propicia,
Tan noble anhelo á coronar se niega
Porque del triste fin de la refriega
Él mismo á su señor lleve noticia.

Dábala como actor y fiel testigo,
Dábala aún, cuando del monte enhiesto
Guerrero anciano en atalaya puesto
Grita con ronca voz: "¡El enemigo!"

Y la desordenada muchedumbre
Se agita á un solo impulso, á la manera
Que al aquilon la rubia sementera
Desde el tendido llano hasta la cumbre.

Fórmase en cuadros la legion valiente,
En alas estendidos los honderos,
Y avanzan los de clava los primeros
Al rey y á Huetnucátl llevando al frente.

Choque de dos corrientes encontradas
Dió principio á la insólita contienda;
Vuelan doquier en confusion horrenda

El penacho y carcax, miembros y espadas.

¡Oh rey! ¡Oh pueblo! Si del mundo escoria
Os hizo aparecer el vicio un dia,
Ha sido de leon vuestra agonía
Y os ha sobrevivido vuestra gloria!

Veces cuarenta el sol el rudo embate
Del invasor os vió sufrir serenos
Siendo, aunque cada vez érais ya menos,
Reñido más y más cada combate.

Los jóvenes, cediendo á la fatiga,
Caen; pero las armas de sus manos
Reciben las mujeres, los ancianos;
Tecpancáltzin lidió junto á su amiga.

¡Valor que en vano en resistir se empeña!
Cuando el postrero sol bajó al ocaso,
Vencedor el contrario, abrióse paso
Como el alud que al valle se despeña.

Y á su venganza y gritería infandas
Se alzan del sueño de la tumba fría
Para ver acabar su monarquía
De los reyes las sombras venerandas.

Su descendiente, aquel en cuyas manos

Se desbarata el cetro antes glorioso,
Busca su salvacion, ora en el foso,
Ora yendo por bosques y pantanos.

Escasa turba de vasallos fieles
En la azarosa fuga le acompaña;
Mas le persigue el vencedor con saña
Cual van tras el venado los lebreles.

Para darle una vez tiempo á que huya,
Con poca, sí, pero animosa gente
Huetnucatl al contrario haciendo frente,
Salvó la vida al rey, perdió la suya.

De Topíltzin no lejos, con innoble
Furor brutal apresan á su infante
Que con el ama huía, y al instante
Los bárbaros le estrellan contra un roble.

¡Padre infeliz! ¡Monarca sin ventura!
¡Mejor que conservar la inútil vida
Te fuera en la campaña enrojecida
Hallar entre los muertos sepultura!

De cansancio y terror la sangre yerta
Miras desde honda cueva cómo parte
El vencedor ufano, su estandarte
A enarbolar en la ciudad desierta;

Mientras por sendas áridas y angostas,
Para no presenciar nuevos horrores,
Dispersos los antiguos moradores
Van del distante mar hácia las costas.

VII

Conclusion.

Su gente vencida viendo
Xóchitl, fiada en su sino,
Entre el desórden horrendo
Al rey padre conduciendo,
Toma escusado camino.

Del puesto sol la luz clara
Aun brilla en el horizonte;
Del vencedor la algazara
Oyendo, al entrar al monte
Con susto vuelven la cara.

Mas nadie les ha seguido,
Y por quiebras ó pantanos
Marchan sin hacer ruïdo,
Atento siempre el oído,
Sin desasirse las manos.

Dudando si en su temor
La imaginacion lo fragua,
De un bosque en el interior
Oyen á poco el rumor
Que forma corriendo el agua.

Atravesando de frente
El bosque, en aromas rico,
Hallaron súbitamente
El borde tajado á pico
De un espumoso torrente.

De maleza y espadañas,
Arboles, juncos y cañas
Entrambas márgenes llenas,
Dejan ver el agua apenas
Del abismo en las entrañas.

Brinda á su través con paso
No de peligros escaso
Al viandante campesino,
A la accion del tiempo acaso
Caído, el tronco de un pino.

Salvo se juzgó el monarca
Cuando con la vista abarca
El sitio y sus accidentes,
Que en toda aquella comarca



No es fácil que haya dos puentes.

Piensa con Xóchitl pasar
Y ese tronco secular,
Con su bordon por palanca,
De la otra orilla empujar
Al fondo de la barranca.

Si el contrario le ha seguido
Burlado está sin remedio,
Pues se verá detenido,
El tronco una vez caído,
Quedando el abismo en medio.

En este plan confiando
Y á la fatiga cediendo,
Fuerzas cobrar esperando,
Siéntase en el césped blando,
Xóchitl otro tanto haciendo.

Y de peligro inminente
Sin hallar leve barrunto,
Teniendo á la mano el puente,
Al són de la honda corriente
Así se hablaron un punto:

TECPANCÁLTZIN.

"¡Quién dijera, Xóchitl mia,
Que el cielo nos reservaba
Tan desventurado día,
Y el ver nuestra monarquía
Vencida y rota y esclava!"

XÓCHITL.

"Fuera un bien, señor, la muerte;
Mas en dolor tan prolijo
Angustia siento más fuerte,
Pues ignoramos la suerte
De Topíltzin nuestro hijo.

"¿Proscrito acaso y oculto
Como nosotros se halla?
¿Del vencedor el insulto
Le alcanzó? ¿Queda insepulto
En el campo de batalla?

"Harto en mí castiga el cielo
Lo que al amor paternal
Pagué en abandono y duelo
Cuando apartarme su anhelo
Fué del sendero del mal!"

TECPANCÁLTZIN.

"¡Calla, Xóchitl! ¿Así evocas
El recuerdo de esos días
De dicha y culpas no pocas?
¡Fueron nuestras alegrías
Si no criminales, locas!

"Abrí á mis pueblos la fuente
Envenenada del vicio
Con mi conducta imprudente,
Y á todos al precipicio
Nos arrastró la corriente."

"Hoy, achacoso y anciano,
Del vencedor inhumano
Huyo ante el furor impío:
Solo me tiende la mano
Remordimiento sombrío."

XÓCHITL.

"Para tí lo soy ¡es cierto!
Pero con él mi ternura,
Que con los años no ha muerto,
Como del trono en la altura
Te acompaña en el desierto."

Hablaba aún, su mejilla
Sulcando lágrima ardiente,
Y estraño rumor creciente
Creyó escuchar en la orilla
Que no es el son del torrente.

De hojas secas el crugido,
Como cuando el pié las quiebra,
De entrambos llega al oído.
¿Ráfaga de viento ha sido?
¿Se acerca astuta culebra?

Del agonizante día
En la espesura sombría
La claridad entra apenas:
De miedo Xóchitl sentia
Su sangre helarse en las venas.

Al anciano á huir conjura
En sus movimientos tardo,
Y levantarle procura
Cuando, de su hombro á la altura,
Silbando atraviesa un dardo.

Súbito espanto la embarga,
Mas darle imperio rehusa;
Al rey atónito carga,
Y oye á distancia no larga

De voces mezcla confusa.

Gana con paso ligero
El atravesado pino
Y en equilibrio certero
Avanza; mas de contino
Se está cimbrando el madero.

Sudor de angustia bañaba
A Xóchitl manos y frente,
Y el infeliz rey temblaba
Cuando en sus brazos llegaba
Casi á la mitad del puente.

Su terror toca al esceso,
Que el tronco añejo se blande
Más y más al rudo peso,
Y va el peligro con eso
Cada vez siendo mas grande.

A la orilla abandonada
Salió la turba enemiga
Tras el prófugo lanzada:
Fué tardía su llegada,
Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,
Que, con estrépito hondo

Roto el pino en dos pedazos,
Xóchitl y el rey en sus brazos
Van del abismo hasta el fondo.

1862.

EMIGRACION DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quiebras y llanura
Que arena ingrata alfombra;
Sin fuentes ni verdura
Ni árbol de amiga sombra,
Habita pueblo innúmero
En el país de Aztlan.
Las tumbas veneradas
Tiene de sus mayores,
Y en sólidas moradas
Arrostra los rigores

De ardiente sol y el ímpetu
Tambien del huracan.

Mas á las veces sueña
Con fértiles campiñas
En que de parda peña
Brota el riego á las viñas;
Donde hay templados céfiros
Y lagos de cristal;
Y en el sagrado asilo
Del bosque las palomas
Cantan su amor tranquilo,
Y en trasparentes gomas
Vierten nudosos árboles
El ámbar y el copal.

Sueña y vivaz deseo
De ir á esos campos siente
Que en tan vistoso arreo
Suele pintarle enfrente
Con sus colores fúlgidos
La mágica ilusion.
Y teme, si abandona
Sus tumbas y sus lares
Por la distante zona
De mirtos y palmares,
De la deidad colérica
Llevar la maldicion.

Con inefable gusto
Un dia vió el caudillo
En espinoso arbusto
Posarse un pajarillo
De azul plumaje, prófugo
De su natal region;
Y oyó que así decia
En los desnudos ramos
Cantando: "Al Mediodía
Vamos aprisa, vamos;"
Y al pueblo con voz trémula
Convoca Huitziton.

Llega, de asombro llena,
La muchedumbre vária
A oir la cantilena
Del ave solitaria,
Sin que del gefe crédito
A los relatos dé.
Y el ave entre los ramos
Con dulce melodía
Canta y repite: "Vamos,
Vamos al Mediodía;"
Y el pueblo entonces póstrase
Del rudo espino al pié.

—"Si órden del alto cielo
A divulgar aciertas,

No alces agora el vuelo
Sin dar señales ciertas,"
Ante el gentío atónito
La dice Huitziton.
  Y ella, al dejar los ramos,
Mientras sus alas tiende,
"Vamos aprisa, vamos,"
Grita y los aires hiende
Perdiéndose en la límpida
Meridional region.

  —"La voluntad patente
Del Númen hoy se muestra,"
El gefe reverente
Dijo, y alzó la diestra
Que reforzado báculo
Asido enseña ya.
  Al niño el jóven fuerte
Carga y al padre anciano,
Y hácia el hogar convierte
Sus ojos; por el llano,
Cual gigantesca víbora,
En marcha el pueblo va.

  Ante la alzada sierra
Su planta no vacila;
El cauce no le aterra
Del espumoso Gila;

Sueña con tibios céfiros
Y lagos de cristal;
   Con bosques y verjeles
Do esparcen sus aromas
Los mirtos y laureles,
Y en trasparentes gomas
Vierten nudosos árboles
El ámbar y el copal.

1862.

DIVISION DE LOS AZTECAS

DURANTE SU PEREGRINACION.

Á MI AMIGO EL SR. LIC. D. MANUEL RAMIREZ APARICIO.

Tras años de marcha lenta
Por espaciosos desiertos
Do grandes fábricas alzan
Parada en ellas haciendo,

Los hijos de Aztlan llegaron
A fértil valle risueño
Cerca de Tula estendido
Sin m as límite que el cielo.

Hasta allí fueron acordes
En voluntad y deseos,
Al imperioso mandato
Del alto Númen sujetos.

Pero la insomne codicia,
De la discordia venero,
Resuelve entonces tentarles
Con peregrino suceso.

Hallan, al nacer el dia,
Dos bultos del campo en medio:
El uno rica esmeralda
Tiene y el otro dos leños.

Que es regalo de los dioses
La joya pensaron luego,
Y della en reñida lucha
Los mas fuertes se hacen dueños.

Miran el segundo bulto
Los vencidos con desprecio;
Mas Huitziton lo levanta
Queriendo ilustrar al pueblo.

Restrega un leño con otro
Y, coronando su esfuerzo,
Las secas fibras se inflaman,

Brillante aparece el fuego.

La plebe, que carecia
De tan útil elemento,
A su caudillo bendice
Alegre y pasmada á un tiempo.

Él da suelta á sus palabras,
A que prestan mayor peso
La austeridad del semblante,
La blancura del cabello.

—"No son las riquezas, dice,
El don mejor de los cielos,
Ni vence en todas las luchas
La fuerza brutal sin freno.

Que han destinado los dioses
En sus designios secretos
La primacía al trabajo
Y á la inteligencia el cetro."—

Unidas en marcha á Tula
Ambas facciones siguieron;
Mas para el gérmen del odio
Siempre es fecundo el terreno.

Años despues y ya echados

De México los cimientos,
De sus hermanos se apartan
Los de la esmeralda dueños.

A Tlatelolco fundaron,
De sus monarcas asiento:
La historia da testimonio
De sus arrojados hechos.

Mas los tenochques humildes
Que, de su constancia en premio,
Ven sus cabañas trocadas
En edificios soberbios,

La corte de sus contrarios
Unen, al fin, á su imperio,
Y así la verdad confirman
De los axiomas del viejo.

1862.

ESCLAVITUD Y EMANCIPACION DE LOS AZTECAS

EN COLHUACAN.

I

En Zumpango y Tizayuca
Y el Tepeyac, hoy sagrado,
Y Chapultepec, que ha sido
De hechos bélicos teatro,

Los emigrados aztecas
Tomaron breve descanso,
Y de Acocolco en las islas
Estableciéronse al cabo.

Su vida allí medio siglo
Fué de miseria dechado,
Sin mas ropa ni alimento
Que hojas y peces del lago.

La libertad, su bien solo,
Si serlo puede en tal caso,
Les arrebatan los cólhuis
Y destos quedan esclavos.

Con suerte tan ominosa
A Tizapan trasladados,
De Aztlan las áridas tierras
Echaron menos acaso.

II

Por agravios que no es mucho
Que la historia no consigne,
A sus tiranos la guerra
Declaran los xochimilques.

Y es adelante llevada
Con signo tan infelice
Para aquellos, que contaron
Por sus derrotas sus lides.

A los esclavos acuden,

Que del terror en los lindes
Se vuelven blandas las rocas
Y halagadores los tigres.

Resueltos ya los aztecas
En tal sazon á lucirse,
Construyen largos bastones
De fuertes puntas sutiles.

Llevan un cesto en el brazo,
Llevan rodela de mimbres,
Y en la diestra encallecida
Sendos puñales de iztli.

Trábase la lucha y ellos,
Mientras sus amos compiten
En apresar mas contrarios
Que su valor atestigüen,

De los palos con ayuda
Asaltan islas y esquifes,
Páran de la maza el golpe
Con ingeniosos ardides;

Abrazan al enemigo,
Luchan un punto, le rinden,
Ambas orejas le cortan
Que el hondo cesto recibe;

Y en pos de víctimas nuevas
Se arrastran como reptiles,
Y á su aspecto huyen al monte
Vencidos los xochimilques.

III

Grande ha sido la victoria
De Colhuacan, y el monarca,
Sentado en rústico trono,
A sus combatientes llama.

Allí engreídos los cólhuis
Muestran en hileras largas
Sus prisioneros y, al verles,
El rey su valor alaba.

Cuatro los aztecas tienen
Ocultos, con fuerte guardia;
Mas no lo saben sus amos
Ni su designio se alcanza.

Preséntanse al pié del trono
Sin cautivos, y en voz agria
El imperante les echa
Su miedo ó torpeza en cara.

Y el pueblo que les pedia

Ayuda en horas aciagas,
Viendo alejado el peligro,
Dellos se burla á sus anchas.

Por toda respuesta, al punto
Los cestos cubiertos sacan
Y vuelcan, formando pilas
De orejas ensangrentadas.

—Por estas señales, dicen,
Inferid si en la batalla
Ociosas en nuestras manos
Permanecieron las armas.

Si, en vez de obrar deste modo,
Hemos hecho inútil carga
De vencidos, todavía
La tremenda lid durara."

Asaz inquietos los cólhuis
Quedaron esa mañana,
Que esclavos que así se portan
El yugo en romper no tardan.

IV

Alzando en Huitzilopochco
A su deidad los aztecas

Altar, para dedicarlo,
Pidieron al rey ofrenda.

Con los sacerdotes cólhuis
En costal de burda tela,
Por demostrarles desprecio,
Les envia un ave muerta.

El agravio disimulan
Y en las nuevas aras dejan
Largo puñal de obsidiana
Entre aromáticas yerbas.

Y cuando el sol en su curso
Trajo el dia de la fiesta,
Presentes monarca y nobles
Que intentan burlarse della;

Sacan los cuatro cautivos,
Hácenles bailar en rueda;
Oblíganles á tenderse
Del ara en el ancha piedra;

Con el cuchillo les abren
El pecho en ruda faena,
Y el corazon les arrancan
Que al pié del ídolo humea.

Tales fueron los humanos
Sacrificios en mi tierra,
Que desde entonces parece
Que está de sangre sedienta.

La suya los cólhuis todos
Sienten helarse en las venas,
Y dando gritos de espanto
Hácia Colhuacan se alejan.

Manda el rey que de sus pueblos
Salgan al punto esas fieras,
Y á peso de horror compraron
Su libertad los aztecas.

1862.

FUNDACION DE MÉXICO.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON ANGEL NUÑEZ.

I

Despues que el estraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacalco plugo.

Hácia el Norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que las resguarda,
Posada un águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave
Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña,

Ve coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría
Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decia:

II

CORO.

Cumplióse del Númen
La oferta sagrada,
Y á nuestra jornada
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardin.

UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE.

Se erija á Mexitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ.

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondrémos al fin.

CORO.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardin.

III

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y tambien pobres cabañas
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida,

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos Quinto.

De indígenas y estranjeros
Surgir una raza mista
Que á la colonia conquista
De libre nacion los fueros.

Despues, en odio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

Y sus mas bellas mansiones
El sajon, tras breve liza,
Trocar en caballeriza
De sus pesados bridones.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina deste hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

1862.

CASAMIENTO

DE NEZAHUALCOYOTL.

Á MI AMADO HERMANO

EL LIC. D. RAFAEL ROA BARCENA.

ROMANCE PRIMERO.

LA EMBOSCADA.

Desde que Itzcohuatl dió impulso
Con alto valor é ingenio
De México al pueblo humilde
Próspero bajo su cetro,

El yugo quebrando antiguo
Merced á insólito esfuerzo
Y en poco más de diez años
Ricos en grandes sucesos,

De paz y guerra con artes
A tributarios trayendo
Los reyes de quienes eran
Sus propios vasallos siervos;

Vencidos los tepaneques,
Ensanchados los linderos
De la ciudad que hermosea
Con puentes, palacios, templos;

De Acolhuacan en el trono
Un vástago chichimeco
Puso y con él hizo alianza
Y el rey de Tacuba á un tiempo,

Comprometidos quedando
A prestarse todos ellos
En dichas y adversidades
Cooperacion y consejo.

Muerto Itzcohuatl, Moctezuma,
De aqueste nombre el primero,
Rayo en la lid y en la tregua
Esperanza de los buenos,

En el poder sucedióle
Y con nudos más estrechos
Quiso afirmar la alïanza

A que Itzcohuatl dió cimiento.

Y su amistad y su influjo
Puso de tal modo en juego,
Que al fin, por razon de Estado,
No por amoroso incendio,

De Acolhuacan el monarca
(Nezahualcóyotl por cierto)
Que en esclavas favoritas
Hijos tuvo ya diversos,

Queriendo sucesor digno
Darse en el trono, ha resuelto
Del rey de Tacuba unirse
Con la hija en casamiento.—

Pedida Matlalcihuátzin
De embajadores por medio,
Fué conducida á Texcuco
Por Moctezuma y sus deudos.

Mientras su entrada celebran
Con bulliciosos festejos
En tierra firme y el lago
Los vasallos de ambos sexos;

Mientras los nobles la aclaman

Joya rica, luz del cielo,
Y en ella el pueblo ve un ángel
De larga paz mensajero,

Y la servidumbre activa,
Sin desperdiciar momento,
Para las bodas dispone
Manjares, músicas, juegos;

Noticia funesta cunde
Del uno al contrario estremo
De la ciudad, la alegría
Matando en todos los pechos;

Y los monarcas se encierran
En retirado aposento,
De males sobrevenidos
A discurrir el remedio.

Mira con ojos de envidia
La dicha de los tres pueblos
Y así, en su impotencia propia,
Trata de amargarla al menos,

Toteótzin, señor de Chalco,
Vencido en varios encuentros

Y á quien, teniéndole en poco,
Dejó el vencedor sus feudos.

Cuando Itzcohuatl gobernaba,
Su sucesor el guerrero
Moctezuma fué á Texcuco
De embajador, y volviendo

A dar cuenta de su encargo,
Sin atencion á sus fueros
Le hizo prender Toteótzin
Y túvole en cautiverio,

En tal ocasion la vida
Y la libertad debiendo
Al espontáneo cariño
De sus mismos carceleros.

Al trono despues alzado,
Llevó el espanto y el duelo
Con sus triunfantes legiones
De aquella region al centro;

Y en rudos combates hizo
Numerosos prisioneros
Cuya sangre, al coronarse,
Las gradas manchó del templo.

Sin elementos de fuerza
Aquel Estado pequeño
Para librar á las armas
De su venganza el proyecto,

Y siendo ya el soberano
Entrado en años y enfermo,
Él y los súbditos guardan
Odio y vergüenza en el seno,

De satisfacer el uno
Y borrar de un modo artero
La otra en sazon propicia
Quedando, al par, en acecho.

Dos príncipes de Texcuco
Que al lustro llegan tercero
Y á quienes Nezahualcóyotl
(Si nó les destina el cetro)

Por su ardor y bizarría,
De tal edad compañeros,
Que á ingenio claro se adunan
Consagra especial afecto,

Salieron acompañados

De tres señores de México
Numerosa comitiva
Tras sí llevando á lo lejos,

A recibir á la jóven
Destinada por el cielo
A compartir con su padre
Tálamo y corona á un tiempo;

En rendir á la princesa
Pleito homenaje queriendo
Ser entre la inmensa turba
De súbditos los primeros.—

Batiendo sus grandes alas
Teñidas de pardo y negro,
Aguila feroz que *itzquáuhtli*
Llaman, se lanzó de un cedro

Donde en el vecino bosque
Tomaba reposo, al viento,
Y con majestad se cierne
Sobre el angosto sendero.

Los príncipes viendo el ave
Sus arcos aprestan luego,
Parten dos flechas silbando
Y viene el águila al suelo.

Mas, no bien las peñas toca
Y dando chillidos recios,
Hace poderoso impulso,
Bate sus alas, de nuevo

Hiende el aire y va á posarse
Del monte en lo mas espeso.
Los príncipes, sospechando
Cual cazadores espertos

Que estando herida no puede
Andar ni volar gran trecho,
Corren tras ella y les siguen,
Aunque con algun recelo,

Los señores mexicanos,
Haciéndoles ver que hay riesgo
En internarse en los montes
De Chalco al Estado anexos.

Cerca sintiéndoles, torna
A alzar el itzquáuhtli el vuelo,
Y ellos tenaces ni un punto
Páranse á tomar aliento.

Y cuando en áspera roca
El águila, sin tenerlo
Para más volar, hacia

De lucha terrible aprestos,

Agudas garras mostrando
A sus enemigos tercos
En quienes miedo no pone
De sus pupilas el fuego,

Salió del bosque cercano
Turba de esbirros chalqueños
Y príncipes y señores
Quedaron súbito presos,

Despojados de sus armas
Y de ligaduras llenos;
Y como leon caído
En foso recien abierto

Por el pastor que no tiene
De sujetarle otro medio,
Al verse humillados rugen
De pesadumbre y despecho.

Llano y veredas escusan
Los aprensores perversos,
Y así por selvas y montes
A Chalco llevados fueron,

Donde atambores y flautas,

Gritos y feroces gestos
Prueban que son los cautivos
Tenidos en alto precio.

En vano la comitiva
De los ilustres mancebos
Dos leguas á la redonda
Vagó esplorando el terreno;

Y el bosque en vano ensordece
Con alaridos siniestros
A que responden tan solo
Por todas partes los ecos.

Viendo que ya el horizonte
El rojo sol ha traspuesto
Y teniendo á los enojos
De Nezahualcóyotl miedo,

Se apartan y se dispersan
Los servidores inquietos
Y á sus hogares se vuelven
Sin dar razon del suceso.

A la siguiente mañana,
Cuando con júbilo inmenso

De la princesa el arribo
Celebran nobles y pueblo,

Llegan del rey á presencia
Dos humildes viajeros
Y le refieren que han visto
En el camino á los presos,

Atados unos con otros,
De Chalco el rumbo siguiendo,
Pálido el rostro de ira,
De sus guardianes en medio.

El rey de angustia indecible
Sintió el corazon opreso,
Que á Toteótzin conoce
Y de su odio está cierto;

Mas, siendo en sus providencias
Tan avisado y discreto
Cuanto fogoso en las lides
En que se espone el primero,

Iras reprime y á Chalco
Quiere enviar mensajeros
Que á los cautivos rescaten

Llevando regalos regios.

Dificultad no prevista
Puso á sus planes tropiezo:
Sabido que á embajadores
No guarda el menor respeto

El tiranuelo de Chalco
Nunca, pues, sin ir mas lejos,
Puede en el caso presente
Dar fe Moctezuma dello;

Más que á llevarle propuestas
Del rey conforme al deseo
Afrontando estéril muerte
O injurias graves al menos,

A marchar al punto en armas
Con ellas entrar haciendo
A Toteótzin en juicio
Están los nobles dispuestos.

Con tal opinion no hallóse
Nezahualcóyotl de acuerdo,
Que obrando así, de sus hijos
Mas inminente hace el riesgo.

Pero justo, cual la historia

Ofrece pocos ejemplos,
Ni el amor de padre unido
De su autoridad al celo

Hizo que, de hacienda y vidas
Siendo él absoluto dueño,
Se resolviese á esponerlas
De su familia en provecho.

Y en alcoba solitaria,
Formando planes diversos
Que desecha casi al punto,
Quedó el monarca perplejo.

Cuanto gentil y modesta
De ánimo firme y resuelto
Que los peligros atraen
Como el iman al acero,

La princesa de Tacuba,
En quien del rey el aspecto
A su escelsa fama unido
Prendió generoso fuego,

Comprende la horrible angustia
De aquel corazon paterno,
Contra los nobles se indigna

Y adopta partido estremo.

Junta sus joyas mejores,
Sus mas esquisitos lienzos;
Llama á su esclava, alojada
En el vecino aposento,

Y al anochecer el dia
Y dando á la esclava un cesto,
Del texcucano palacio
Con ella sale en silencio.

"Trayendo al padre sus hijos,
La dicen sus pensamientos,
Podrá medir el tamaño
De tu adhesion y tu afecto.

"Su tálamo y su corona
No satisfacen tu anhelo
Mientras convertir no logres
En profundo amor su aprecio."

Y entretenida discurre
Por escabrosos senderos,
Sin advertir que sus plantas
Espinos rudos hirieron.

O en abandonado esquife

Que halló en las márgenes suelto
Y que al avanzar imita
De un ave marina el vuelo,

Surca el lago, manejando
Ella y la esclava los remos,
Sin que tan recia fatiga
Se sobreponga á su aliento.

Y cuando en el horizonte,
Tras los agrupados cerros,
Anuncia el alba tranquila
Con brillo mágico Vénus;

Y del ópalo imitando
Van los múltiples reflejos
En su túnica de nieve
Los volcanes gigantescos;

Y el melodioso cenzontli
Canta en los bordes amenos
Que el agua quieta del lago
Retrata en su limpio espejo,

De Chalco los edificios
Distintos aparecieron,
Y la princesa y su esclava
Buscan en la orilla puerto.

ROMANCE SEGUNDO.

UN SALON DE EMBAJADORES EN CHALCO.

Frente al palacio, en el centro
Del agitado gentío
Que espresa bárbaro gozo
Con gestos, danzas y gritos,

Desfigurados, sangrientos,
Están cadáveres fríos
Los tres nobles mexicanos
En ancha estera tendidos.

Aparece Toteótzin
Del alta puerta en el quicio,
De los príncipes, que llegan
Entre la escolta, seguido.

Con ademan elocuente
Les muestra el cuadro sombrío,
Sin que en sus rostros sorprenda
De miedo el menor indicio;

Que los prisioneros saben
Asaz bien que fuera indigno
De varones de su raza
Temblar ante los peligros.

—Así, les dice el anciano
Señor de Chalco, castigo
Agravios que Moctezuma
Al pueblo y á mí nos hizo.

No hay que despreciar por débil,
Como lo habeis hecho altivos
En vuestra liga fiados,
Al mas pequeño enemigo.

Si herir podeis al itzquáuhtli,
Nunca le veréis rendido;
Las flechas de vuestros arcos

Dan sobre vosotros mismos.

Si la libertad quereis
Comprar (y con ella os brindo
Por convenir á mis planes)
A precio será subido.

Haced saber al monarca
De Acolhuacan que sus hijos
Presos quedarán en prendas
De la paz de mis dominios

Mientras la liga no rompa
Con los dos reyes vecinos,
Uniendo sus intereses
A los de Chalco y los mios.

—No conseguirás tu objeto,
Llenos de entereza, erguidos,
Al tiranuelo responden
Con voz clara los cautivos.

¿Qué la prision nos importa?
¿Qué nos importa el suplicio?
Solo la bajeza asusta
A los corazones limpios.

Sabe tú que nuestro padre

A volver á sus amigos
La espalda, de sus Estados
Con grave daño preciso,

Por unirse en alïanza
A miserables bandidos,
Mil veces de su familia
Preferirá el sacrificio.

Que quien gobierna se debe
Al Estado y nó á sí mismo,
Y padre de sus vasallos
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero
Nuestro se ponga en camino
Para hacer al rey patentes
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte
Que sin vacilar, su oído,
Ante el deber y el decoro,
Cierre á la voz del cariño;

Y á tus propuestas responda
Cual cumple á un monarca digno,
A tu deslealtad infame
Aparejando el castigo."

No bien los príncipes callan
Cuando trémulo, cenizo
De ira el semblante, hace el viejo
Fatal seña á los esbirros.

Los jóvenes que comprenden
Su mandato, con ahinco
Le dicen al par: —Costumbre
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero
De noble estirpe á quien signo
Aciago á morir arrastra,
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuitl* y escudo,
De la lid señala el sitio,
Y allí, por medio de sogas
En el terreno un pié fijo,

Nos hallarán tus guerreros,
Siempre en lucha igual vencidos,
Si es que denuedo les pone
Ver al contrario con grillos."

Sin que el señor les responda,
Se alzan dos mazas de encino
Dellos detrás, y en la nuca

Descárganles de improviso.

Vinieron los dos al suelo
Privados ya de sentido,
Y por narices y boca
De sangre arrojando rios.

La plebe feroz aplaude
El asesinato inicuo,
Y un haz horrible formando
Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas
Que anunciaban fruto opímo
En ciencia, valor, ingenio
Para su nacion perdidos,

Sobre la estera lo pone
Y en desórden inaudito,
Cargándola, del palacio
Invade á poco el recinto.

A otro dia con el alba
Arribó, cual hemos visto,
Matlalcihuátzin á Chalco
Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate
De los jóvenes, movido
Su corazon del deseo
De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes
Con caracteres prolijos
Su adhesion acrisolada
Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,
De la sandalia ceñido
El pié breve, y de su rostro,
Gracioso cuanto espresivo,

Quiere ocultar con el manto
De mas candor que el armiño
A los curiosos que pasan
El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,
Más descorteses que finos,
A que descubra el intento
Que á la ciudad la ha traido.

—Quiero hablar á Toteótzin,
En dulce tono les dijo;
Mas, receloso el tirano,

Tras el júbilo maligno

Que hallar pudo en la venganza,
Previó con certero instinto
Sus resultados, y el pecho
Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué á encerrarse
Donde turba de adivinos,
Al viento la cabellera,
El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres
Ofrecen, conforme al rito,
La cabeza y las entrañas
De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos dias
Presencia los sacrificios,
Repite las abluciones
Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra
El dios le será propicio,
Y el *topiltzin* le responde
En términos harto ambíguos.—

En tanto Matlalcihuátzin,

No sin inquietud su espíritu,
En vasta alcoba decente
Donde la dieron asilo,

Comparte las horas largas
Entre el sueño y el fastidio,
De hablar al viejo aguardando
El momento apetecido;

Sin que á las varias preguntas
Que á los domésticos hizo,
De príncipes y señores
Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado
Que hacerla entender por signos
Que á los esclavos cual ellos
Está el silencio prescrito.

Cuando en la noche salia
Con ánimo mas tranquilo
Del templo el señor de Chalco,
Las gentes que á su servicio

Están, de que ilustre jóven
Desde Texcuco ha venido

Por hablarle y que le aguarda,
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto
Que sabedor su vecino
De que cayeron en manos
De los chalqueños sus hijos,

Proposiciones le envia;
Y, con su odio engreido
Y entero crédito dando
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron
Sus cortesanos remisos;
Queriendo que su venganza
Conozcan sus enemigos,

Y á rechazar sus ataques
Estando resuelto él mismo,
Manda que alumbren y adornen
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas
Diversas ha recibido,
Y á su presencia conduzcan
Allí á la jóven. Activos

Los servidores hicieron
Lo que el tirano les dijo;
Y, al abrirse el ancha puerta,
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono
Que paños alfombran ricos,
Llega la gentil princesa,
Sereno el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,
Pone en el suelo un cestillo
Con joyas, preciadas telas,
Plumas, copal esquisito;

Y en grato acento que iguala
De un ave en la selva el trino,
—Señor, esclama, habeis presos
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado
Al gran Moctezuma adictos,
Vástagos de real estirpe
Que todavía son niños.

Y de Acolhuacan á un tiempo
La esperanza y el hechizo,
Cazando en los vastos montes

A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron
Como animales dañinos,
Con mengua de vuestra fama
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes
Por su libertad que os pido;
Y así en la paz y en la guerra
De favores infinitos

El cielo os colme si agora
Mostrais corazon benigno,
Con mi gratitud ganando
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo
Serán de hoy más y su abrigo.
—¿Quién eres tú? con voz débil
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de Totoquihuátzin,
Y á quien próspero destino
Lleva de Nezahualcóyotl
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,

Decid á vuestros caudillos
Que sus ofertas desprecio,
Que su poder desafio.

Merced al instante os hago
De los prisioneros cinco,
Bien que de su nuevo empleo
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,
Vuestro orgulloso padrino,
A sus nobles, va á deberos
El singular beneficio;

Y en cuanto á los de Texcuco
De estirpe real nacidos,
Tendréis en ellos, princesa,
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.
—¿En dónde están?—Aquí mismo.
Y con mano temblorosa
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados
Hilera formando, fijos
Contra el muro, y en la diestra
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran
Sus propios semblantes lívidos,
Las descompuestas facciones,
Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuátzin de pena
Sintió cortante cuchillo
Creyendo que se han prestado
A tan odioso capricho.

Se acerca para afearles
Su proceder imprevisto,
Y al verles desfigurados
Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda
Ante el insondable abismo,
Estremécese y vacila
Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame
Sacóla de su estravío.
—Cargad con ellos, repite;
Mas la princesa, al oirlo,

La faz convierte indignada
Y le responde:—¡Asesino!
Las vencedoras falanjes

De los tres pueblos unidos

Vendrán por ellos mañana;
Y cuando el recuerdo vivo
De crímen tamaño llegue
A los venideros siglos,

Lo seguirá la memoria
De tu cabal esterminio."
Dice, y del palacio sale
Sofocando sus gemidos.

Atónito el viejo queda
Como clavado en el sitio;
Y, cual si de aquella jóven
Dar peso hubiera querido

El cielo á las amenazas,
Terremoto repentino
De Oriente á Occidente agita
De Chalco los edificios.

Su brusco embate sintiendo,
Los ojos lleva indeciso
A las paredes que crugen
El señor despavorido;

A tiempo que, mal sujetos
Con estudiado artificio
Por medio de estacas fuertes
Y de cordeles distintos,

Los inanimados cuerpos
Perdieron el equilibrio,
Y, unos con otros chocando
En movimiento continuo,

Las yertas manos parecen
Darse en ademan de amigos
Y á su verdugo encararse
Con ceño provocativo;

O sus cabezas golpean
Contra el muro de granito,
Cadencia horrible formando
Del rudo temblor al ímpetu.

Toteótzin á su aspecto
Creyó perder el juïcio,
Y, cayendo y levantando,
Salió del salon sin tino.

Su hogar la gente abandona
Buscando en la calle asilo,
Y el silencio de la noche

Turban lejanos bramidos.

Y, al ver que el Popocatépetl
Muestra en su elevado pico
Roja aureola que á trechos
El humo vela sombrío,

Temen que ignotas desdichas
Anuncien tales prodigios,
Y se acobardan un punto
Los nunca domados indios.

ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente dia
Halló á los hijos de Chalco,
De armas y escudos provistos,
Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca
A los pueblos inmediatos
Y en confusion, los enfermos,
Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan
Con apresurado paso
Los *quimichtin* ó ratones,
Espías que disfrazados

Observan los movimientos
Y número del contrario,
De que á la ciudad se acerca
Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía
Con sus arreboles claros
Cuando, á la vista, en el monte
Los de Texcuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte
Que con hostil aparato
Naves infinitas cubren
La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuátzin
A Texcuco y al palacio,
Halló en inquietud profunda
Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse á esplicarles

Su proceder, demudado
El rostro y en él visibles
La cólera y el espanto,

Les grita: "¡Guerra sin tregua
Ni compasion al tirano!
Las víctimas, pueblo y reyes,
Esto os dicen por mis labios.

"Sus cadáveres alumbran,
Puesta la tea en las manos,
El trono de su verdugo
Y nuestro comun agravio.

"Yo le ofrecí que por ellos
Los tres pueblos aliados
Presto irian, y él lo duda;
Cumplid mi palabra y vamos!"

Atónitos los tres reyes
Con tal discurso quedaron,
Y en vano Nezahualcóyotl
Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,
Tendió la diestra en el acto
A Totoquihuátzin triste
Y á Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,
Fiel compañero del rayo,
De los tres brilló en los ojos
Y á un tiempo los tres clamaron:

"¡A castigar su martirio!
¡Sin dilacion á vengarlos!"
Y la nobleza y el pueblo
A una voz responden: "¡Vamos!"

En poder y artes de guerra
Como el primero y más sabio,
De la resuelta campaña
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido
Ejército texcucano,
Con su rey á la cabeza,
Por tierra atacase á Chalco;

Y él, de México y Tacuba
Con los combatientes bravos
Y llevando al animoso
Totoquihuátzin al lado,

En innumerables botes

Que al punto listos quedaron,
Ir por el agua y á un tiempo
Dar irresistible asalto.

Saliendo el sol encendido
Por el Oriente lejano,
Nezahualcóyotl revista
Pasó á los fieles soldados.

En compañías formóles,
A cada cual señalando
Rico estandarte diverso,
Gefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,
De la brisa á los halagos,
Con primorosos matices
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre
De las picas y los dardos,
Y ya impaciente el hondero
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo á la cima
De no distante collado,

Sonoro atambor golpea
De su espada con el mango;

Y esta señal no bien oyen
Todos los guerreros, cuando,
Tal como represas aguas
Si el dique á romper llegaron,

Con alaridos siniestros
Se precipitan al llano,
Hasta chocar contra el muro
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,
Hieren y matan, y, al cabo,
Sus propios muertos y heridos
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera
Ajoquentzin temerario,
Hijo del rey, que ha ofrecido
Vengar á sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste
A la lid y mira el daño
Que tomar, tras rudo esfuerzo,
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas
A más de quinientos pasos;
El grueso dellas oculta
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,
Armas y escudo arrojando,
Corran por distintos rumbos
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,
Del muro, poco avisados,
Salieron los enemigos
En gran desórden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin
Gozar con el espectáculo
De la atroz carnicería
Que iba á hacerse en los contrarios;

Y avanza en régia litera
Que llevan mancebos cuatro,
Y ordena que á los vencidos
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno
Y en ancho sitio escampado,
Cayóles Nezahualcóyotl

Como á su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,
Silban la piedra y el dardo,
Chocan escudos y picas,
Suena la maza en los cascos.

El aterrador miquáhuitl,
De trozos de itztli erizado,
De la cabeza á las plantas
Hiende á los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita
El triste efecto palpando,
Volver á sus parapetos
Quieren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,
Despues de haber arrollado
A las huestes defensoras
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,
Y al acercarse acosados
Aquellos indios, reciben
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto

Al pié del muro vagaron;
Y, al ver que al frente y la espalda
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan
De los funestos presagios,
Juzgan la defensa inútil,
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden
Al vencedor inhumano,
Y este, segun la costumbre,
Entró la ciudad á saco.

En la espesura del bosque
El tiranuelo entretanto,
Presa de hondísima angustia,
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco
Ajoquentzin que, guiado
Por la princesa, los cuerpos
Entró á sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles
En hombros de los esclavos,

Para darles sepultura
Decente en el suelo patrio;

La abandonada litera
Divisa en el monte, á un lado
Del camino, y que no lejos
El monstruo estará, juzgando,

Intérnase y escudriña
Grutas, malezas y cuanto
Servir de refugio puede
Á quien teme fin aciago.

De su empresa ya desiste
Y va á retirarse, cuando
Del sendero en un recodo
Halla al viejo al pié de un árbol.

Cércanle algunos guerreros,
Ponen flechas en los arcos
Y sobre el jóven disparan
Y yerran todos el blanco.

Ajoquentzin el miquáhuitl
Audaz empuña y, de un salto,
Contra los chalqueños cierra
Y á dos hiere de alto abajo.

Huyen los demas, y entonces
Asiendo al señor baldado
Por los cabellos, le arrastra
Sin compasion trecho largo

Hasta el pié de los tapextles,
Donde con mortal desmayo
De sus víctimas el rostro
Mira el verdugo aterrado.

El vengador juzga inútil
Usar la espada y, en brazos
Tomando al viejo, le alza
Y estrella contra un peñasco.

Allí su cadáver deja
Para que sirva de pasto
A las aves de rapiña
Y de escarmiento á los malos.

Torna á seguir su camino
Y entra á Texcuco, llevando
De los príncipes los restos,
Cuando el sol muere en Ocaso.

El botin se repartieron

Los tres pueblos coligados,
Y hace con el territorio
México el suyo más vasto.

Al volverse Moctezuma
Con insólito boato,
Lleva insignias y cautivos
Que inmola á sus dioses falsos;

En el templo, á la intemperie,
Como trofeos dejando
En sarta horrible suspensos
De vigas altas los cráneos.—

Así acabó en pocas horas
El señorío de Chalco,
Y así los pueblos acaban
Que, sin respeto á sus pactos,

Huellan justicia y decoro
Por complacer á tiranos;
Y así los crímenes destos
Pagan tambien los Estados.

Son dichosos y prosperan
Los pueblos, por el contrario,
Si sus destinos presiden
Varones justos y sabios.

De tal verdad vivo ejemplo
Nos dá Texcuco en sus fastos
Que posteriores desdichas
Jamás empañar lograron.

Nezahualcóyotl prudente
Rige allí con cetro blando,
Leyes admirables dicta
Y ajusta á ellas sus actos.

De la idolatría ciega
Desprecia los ritos bárbaros;
Presiente á Dios y prohibe
Los sacrificios humanos.

Alza al Criador del cielo
Torre altísima de mármol
Y á ciertas horas del dia
Se postra para adorarlo.

Premia la virtud, la ciencia,
Castigo impone al malvado;
Caritativo establece
Para los pobres abastos.

Si déjanle tiempo libre
Del gobierno los cuidados,
Ora examina las plantas,

Ora el curso de los astros;

Ora en sentidos poemas,
Que los siglos respetaron,
Espresa nobles afectos,
Traza pensamientos altos.

Y, venero de virtudes
Y de monarcas dechado,
Feliz el pueblo le aclama
De prosperidades vaso.

El cielo, sin duda, quiso
Premiar su mérito raro:
Del otoño de la vida
En los monótonos años;

Cuando para el hombre mueren
Toda ilusion, todo halago,
Y de la verdad terrible
Apura el cáliz amargo;

Vió los placeres más vivos
Del corazon renovados;
Del amor sintió la llama
Como en sus dias tempranos.

De Matlalcihuátzin bella
El rostro lleno de encantos,
De su adhesion y su arrojo
Los inolvidables rasgos,

En el monarca sensible
Profunda impresion causaron;
Y, si antes iba con ella
A unirse en estrecho lazo

Para dárse, en bien del pueblo,
Sucesor digno en el cargo
De regirlo, es ya su propia
Dicha el interes más caro.

Y así, pasados los dias
De luto y bélico estrago,
Y en urna rica los restos
De los príncipes guardados;

De México y de Tacuba
Los dos monarcas llegaron
De nuevo, con la princesa
De Nezahualcóyotl faro.

Y, las tres cortes presentes,
En un salon del palacio,
Junto al fuego en limpia estera

Los contrayentes sentados,

Acércase el sacerdote
Y ata con sus propias manos
A un estremo del *huepilli*
La punta del regio manto.

Con él en torno del fuego
Dan siete vueltas entrambos,
Queman copal á los dioses
Y se hacen mútuos regalos.

Y, á la oracion y el ayuno
Por tres dias consagrados,
Al convite y los festejos
Salen los novios el cuarto.

El pueblo en calles y plazas
Se ejercita en juegos varios.
Ora los jóvenes corren
Por el arenoso estadio,

Y lánzanse unos á otros
Con fuerza el balon elástico,
Y á los voladores trepan;
O bien luchan brazo á brazo,

Y los apuestos guerreros,
En compañías formados,
De combates diferentes
Ensayan fiel simulacro.—

Del palacio de Texcuco
En los jardines, en tanto,
Sobre el césped, bajo el cielo
Que ilumina el sol de Mayo,

En banquete suntuoso
Para celebrar el fausto
Suceso, reyes y nobles
Aparecen congregados.

De plumas como el armiño
Tienen los novios penacho;
Los dos la corona ciñen
Con majestad y recato.

Un corpulento sabino
Dosel espléndido y vasto
Les forma con su ramaje,
En que gorjean los pájaros.

Cual cristalinas serpientes
Surcan arroyuelos mansos
La pradera, y ancho espejo

Parece el dormido lago.

Levanta al cielo su cima
Popocatépetl gallardo,
Pero su cráter humea,
De nueva erupcion amago.

De aquel paisaje al aspecto,
Sus votos viendo colmados
Y en su presencia á los seres
De su corazon pedazos;

De las pasadas desdichas
Sintiendo tal vez el rastro,
O aquella vaga tristeza
Que nunca abandona al sabio,

Ordena Nezahualcóyotl
Que en dulce acordado canto
Los músicos estos versos
Repitan por él trazados:

"Duran placeres y honores
Que los humanos aguardan
Con avidez, lo que tardan
En marchitarse las flores.

"Somos fugitiva pluma

Que al viento menor se entrega,
Heno de la fértil vega,
Copo de frágil espuma.

"Pompa, cetro, dichas, gloria,
¡Ay! de vuestras vanidades
A las futuras edades
No queda ni la memoria!

"¿Qué obtiene con sus desvelos
Y afan el hombre en su nada?
¿Do está la tumba ignorada
De mis ilustres abuelos?

"Goce el ánima del día
Que alegre venga y dichoso;
Mas no en plácido reposo
Con la fortuna se engría.

"Vamos solo de camino
Por esta quebrada sierra:
Nuestra posada es la tierra
Y el cielo nuestro destino."

Cesa el cántico y, al lejos,
El eco remeda tardo
Del teponaxtli y las voces
Los graves concentos blandos.

Y es fama que el auditorio
De reyes y cortesanos
En quienes tristes ideas
Los versos ponen acaso;

De la reciente campaña
Los sucesos recordando,
Y al ver del Popocatépetl
El humo con sobresalto,

La vanidad de la vida
Y del placer lo instantáneo
Medir un punto pudieron
Con entendimiento claro;

Y la reflexion les hizo
El bien presente más grato,
Y, de miedo de su fuga,
Diéronse prisa á gozarlo.

Tambien la historia nos dice
Que destas bodas al año,
La reina dió á luz un niño
Nezahualpíli llamado;

Que fué del trono heredero,
De su padre fiel retrato,
Terror de los enemigos,
Idolo de sus vasallos.

1861.

LA PRINCESA PAPANTZIN.

A MI AMADO PADRE

EL SR. D. JOSE MARIA RODRIGUEZ ROA.

LA PRINCESA PAPANTZIN.

Et lux in tenebris lucét.

I

Introduccion.

De pueblos humildes y grandes naciones
Que llenan, mezclados, la faz de la tierra,
Y al yugo se inclinan ó encienden la guerra,
Escrito en los cielos el término está.
Y cuando se acerca—la historia lo dice—
Anuncian su adverso destino futuro
Presagios, visiones, los signos del muro,
La tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,
Dios quiso á la azteca gentil monarquía
Con raro portento mostrar cierto día,
Si bien entre sombras, la luz de la fé.
Sacó del sepulcro discreta princesa
Que á reyes y plebe contó lo que ha visto;
Con ello el apóstol primero de Cristo
En estas regiones de América fué.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;
De grandes sucesos jamas la memoria:
Del mar del olvido les hace la historia,
Cual arca cerrada, las olas surcar.
Testigos, pinturas el caso acreditan
Que sirve de asunto á aquestos cantares;
Si tú de escucharlos, por dicha, gustares,
Acaso te ofrezcan leccion y solaz.

II

Primeros presagios.—Consultas hechas por el monarca.

Con tristeza y temor desconocido,
De su palacio en lóbrego aposento,
Moctezuma Segundo en los presagios
Medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas
Contra los de Amatlan remotos pueblos,
Y al encumbrar un escarpado monte
En su camino, temporal deshecho

Cerró sobre sus huestes numerosas,
Envolviendo la nieve á los guerreros
En cándido sudario que les cuaja
La sangre toda en los desnudos miembros;

Y los que el golpe destructor esquivan
De altos sabinos, seculares cedros
Por el recio huracan allí arrancados,
En combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey á la ciudad, estalla
En la noche, sin causa, raro incendio
Que las dos altas separadas torres
Del templo principal devora á un tiempo.

Las aguas de los lagos otro dia,
Sin terremoto, tempestad ni viento,
Con ímpetu terrible se agitaron
Por el campo feraz dejando el lecho;

Y al llegar á las próximas aldeas
Y de Tenoxtitlan al mismo centro,
Asustan á la gente, habitaciones

De frágil estructura echando al suelo.

No están de la afliccion que esto les causa
Los apocados ánimos repuestos,
Y en la region del aire hombres armados
Combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,
Tendió su cauda por el ancho cielo
Corva y estensa, fúlgido cometa,
De futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacan Nezahualpili,
De la ciencia versado en los misterios,
Acude Moctezuma y con él tiene
Pláticas dilatadas en secreto.

De Nezahualcoyotl el hijo ilustre,
Tras reflexion y cálculos sin cuento,
Le dice que los males anunciados
Por serie de presagios tan siniestros

Principio han de tener en la venida
De estraños en tropel á este hemisferio,
Cosa que á Moctezuma desagrada
Y á la cual se resiste á dar asenso.

Fin para señalar á sus disputas,

Por más que nos admire, convinieron
En jugar al balon y que el vencido
Del otro á la opinion quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,
Presa de sin igual desasosiego,
De un astrólogo anciano muy famoso,
Cuyo saber admira todo el reino,

El parecer preciado al punto inquiere;
Y, sin temor alguno, franco y recto,
Del rey de Acolhuacan, vuelto á su corte,
La adversa decision confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace
De su mansion bajo el caído techo,
Que tan aciaga suerte correr suelen
Quienes dicen verdades á los necios.

III

Enfermedad y muerte de Papántzin.

En estos incidentes meditando
Está, segun he dicho, Moctezuma,
Cuando golpe mas fuerte y doloroso

Al corazon sus áulicos le anuncian.

La princesa Papántzin, fiel dechado
De hermosura y bondad, hermana suya,
Y del gobernador de Tlatelolco
Que hace un año murió, triste viuda,

Presa de intensa fiebre, en su palacio
Con ella á la sazon hállase en lucha,
Por delirio fatal ora agitada,
Cual tronco ya, sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto á la ilustre enferma
Se trasladó sin dilacion alguna,
Que entrambos desde niños se tuvieron
Cariño sin igual, adhesion mútua:

Y es tan discreta y hábil la princesa
Que á veces el monarca la consulta,
Y ella á regir el mexicano imperio
Con talento clarísimo le ayuda.—

En vano los tesoros de la ciencia
Botánicos y astrólogos apuran
Por dar alivio á la paciente. En vano
Acude al templo en numerosas turbas

El consternado pueblo, y allí ofrece

De tosca piedra á las deidades rudas
Trasparente copal, preciadas aves
De melodioso canto ó rica pluma.

Creciendo fué con la mortal dolencia
De tan querido sér, la horrible angustia
De parientes y amigos, y en sus brazos
Rinde Papántzin ¡ay! el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho
Su material despojo; la faz mustia
Conserva de la fiebre ardiente el rastro
Cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora
Que llevó al pecho en las congojas últimas
Acuden á besar, gemidos dando,
Y el cadáver en lágrimas inundan.

—"Sabiduría y caridad con ella
Desaparecen para siempre juntas,
Y su pérdida es para mi reino
De las calamidades la más dura."

Esto el monarca entre sollozos dice,
Y, besando de nuevo á la difunta,
A México se vuelve y en su alcoba
Éntrase á lamentar su desventura.

IV

Las exequias.

Para significar que fué Papántzin
De los menesterosos providencia,
De Centeotl el traje la vistieron,
Que es diosa del maiz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo
Con esmeralda como pocas bella
Que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,
Sirva de corazon á la princesa.

La faz le cubren, y, adornado el manto
De tejido sutil con joyas régias
De oro brillante y plata, es el cadáver
Tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos afligidos
En su alcoba, turnándose, lo velan
Tres dias con sus noches, y solemnes
Celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,

Tremolando estandartes y banderas,
Y del rey Moctezuma presididos
Cuyo rostro oscurece aguda pena,

Los restos llevan de la ilustre jóven
Con grave pompa á subterránea cueva
Que en los jardines del palacio mismo
De Tlatelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan
Con agua del estanque su cabeza,
En *ícpalli* lo sientan y le ponen
A los lados vasijas de agua llenas,

Copia de comestibles, un techichi
Que acompañe en sus viajes á la muerta,
Y dibujados signos misteriosos
Que la habrán de allanar todas las sendas.

Con ellos pasará sin riesgo alguno
Entre dos altos montes que pelean;
Por el camino angosto que defiende
Sin dormirse un momento audaz culebra;

Por la márgen do habita el cocodrilo
De sus dientes mostrando las hileras;
Por los desiertos ocho donde el viento
Conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen
Los deudos con arreglo á sus creencias,
En lamentable voz los sacerdotes
El himno funeral cantan afuera.

Terminada la triste ceremonia,
Cubrióse al punto con labrada piedra
Ya dispuesta y de escasa pesadumbre,
Del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira
Y hondo silencio en los jardines reina,
Y descoge la noche pavorosa
Sobre el mundo su manto de tinieblas.

V

Papel que una niña representa en esta historia.

Sus rayos esparcia
Ya próximo al zenit el sol ardiente
En cielo azul y limpio al otro dia,
Cuando del un estremo, al Occidente
Del jardin principal, donde habitaban
Domésticos y esclavos, tierna niña
Salió de su tugurio y, al halago

Del manso viento que refresca el lago
Y embalsama el olor de la campiña,
Adelantóse ufana
Entre las verdes plantas y arboleda.—
Del jiloxóchitl con astucia vana
Quiere asír la gentil borla de seda;
De su empeño desiste;
Corta y huella la flor que del leopardo
La piel manchada, al parecer, se viste;
Se aleja con temor del rudo cardo;
Del floripundio de oriental perfume
Agita las campánulas de armiño
Lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;
Y, sus antojos sin poner á raya,
Con empuñado mimbre arrancar quiere
De la estendida mata que se adhiere
A la hendida pared, rubia papaya.

Con el gusto inefable
Que al ver que es libre y de sus pasos dueño
Y que cumplir su voluntad le es dable,
Todo vivace pequeñuelo siente,
Sin recelar el afectado ceño
De solícita madre ó fiel sirviente;
Esta de cinco abriles mariposa
Ora de flor en flor vaga afanosa
Y contempla su faz en clara fuente
Cuyo derrame en el jardin circula,

Ora pretende con tenaz empeño
La cancion recordar, que al fin modula,
Con que la arrullan por la noche el sueño.
Y de césped, que brilla
Con el rayo del sol, en ancha zona,
A semejanza de ágil cervatilla,
Trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,
En escampado porque más resalte
El matiz primoroso de su esmalte
Que la esmeralda y el topacio afrenta,
Atrae á poco su atencion prolija
Rastrera lagartija
De que la niña apoderarse intenta.
Tímido el animal, huye haciendo alto
De añoso tronco en la raíz nudosa,
Y al ver que su enemiga codiciosa
Le sigue, torna á huir con sobresalto:
Corre á lo largo del jardin ameno,
Y del estanque al pié, cuya agua riza
El céfiro, se mete escurridiza
De oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella
En su inútil afan la criatura,
Y del estanque en la musgosa grada,
Mal ceñida la régia vestidura,

Serena como siempre la faz bella,
A la gentil Papántzin vió sentada.—
Incapaz todavía
De comprender la muerte ni lo raro
De tal vision, espanto no sentia:
A que se agrega que miró bañarse
Allí más de una vez á la señora,
Sin esclavas cual hoy, á aquesta hora;
Y en su infantil razon nada hay estraño
En que, si bien difunta y enterrada,
Sintiéndose en la tumba acalorada,
Salga della á tomar de nuevo un baño.—
Con señal espresiva la princesa
La incita á que se acerque, y cuando acude
Solícita la niña, de recelo
Sin el menor asomo,
La dice en grata voz como del cielo:
"Llámame á la mujer del mayordomo."
Al llevar su embajada,
Esta la respondió:—"¡Niña inocente!
La princesa está muerta y enterrada."
Tírala del huepill la mensajera
En que salga insistiendo impertinente,
Y la buena mujer, casi enojada,
En ir con ella afuera
Solo por darla gusto al fin consiente.
Mas, no bien á Papántzin vió sentada,
Sintió cual si en sus venas convertida

La sangre fuese en hielo,
Y, de terror transida,
Perdió el conocimiento y vino al suelo.

Tan funesto accidente
Asusta á la entendida pequeñuela:
Dél á dar á la madre aviso vuela;
Otras mujeres al lugar acuden
Y cayeran tambien si en blando acento,
A ellas la faz tornando cariñosa,
No las dice Papántzin:—"Estoy viva
Y al mayordomo hablar quiero al momento."
Y como aquí, sin otra consecuencia,
Termina la ingerencia
De la cándida niña en esta historia
Cierta de todo punto aunque esté en verso,
Para dejar de lo demas memoria
Voy á escribir capítulo diverso.

VI

Los reyes de Acolhuacan y de México ante la princesa.

Llegado á su presencia el mayordomo,
Ordénale Papántzin dé noticia
Del caso singular al rey su hermano;

Pero en obedecerla aquél vacila.

—¿Cómo el rey lo que diga ha de creerme?
Pensará que me burlo y de su ira
Provoco la esplosion.—Pues ve á Texcuco
Y dí á Nezahualpil de parte mia

Que venga á hablarme." El servidor se aleja
Y al palacio Papántzin se encamina,
Y al verla andar domésticos y esclavos
Juzgan que es sueño y más y más se admiran.

Pocas horas despues á Tlatelolco
El sabio rey de Acolhuacan arriba,
Dirígese á la alcoba y en sus labios
De la incredulidad lleva la risa;

Mas cuando cerca está de la princesa
Duda no tiene ya de que es la misma
Que enterraron ayer, y al saludarla
Pasmo y temor en su ademan se pintan.

—Ruégoos que, yendo á México al instante,
Digais á Moctezuma que estoy viva
Y que le quiero hacer revelaciones
Que atañen á la azteca monarquía."

Cumplió Nezahualpili aqueste encargo:

Recibió Moctezuma su visita;
Y, aunque le oyó sin distraccion ni enojo,
Crédito dar no pudo á lo que oía.

Solo por no agraviar á su aliado,
Con él y numerosa comitiva
De nobles y señores que le asisten,
De Tlatelolco el rumbo toma aprisa.

En la sala al entrar donde le espera
Impaciente Papántzin, él la mira
Con inefable asombro.—¿Eres tú, hermana?
Pregúntala con voz desfallecida.

Su diestra ella le alarga y le responde
En cariñoso acento:—Soy la misma
A quien ayer dejaste en el sepulcro;
Mas tu inquietud depon, que me hallas viva,

Y quiero lo que ví comunicaros,
Pues que con tal mision solo me envia
Desde la eternidad de nuevo al mundo
La inescrutable voluntad divina."

Luego toman asiento los dos reyes
Permaneciendo en pié la compañía
De nobles y criados, y Papántzin
Lo que voy á contar habló en seguida.

VII

Narracion de Papántzin.

"No bien perdí la vida, ó, si increible
Os pareciere aquesto, fuí privada
De razon y al dolor quedó insensible
El cuerpo de mi espíritu morada,
Por el aire con ímpetu terrible
He sido á llano inmenso trasportada;
Llano sin cavidad, choza ni monte,
Ni mas límite y fin que el horizonte.

"En el centro hay camino, dividido
En diferentes sendas tortuosas,
Y cerca un rio va que con bramido
Ronco sus aguas lleva cenagosas.
A la contraria márgen me decido,
Como cediendo á fuerzas misteriosas
Que me impelian, á pasar á nado,
Cuando gallardo jóven ví á mi lado.

"Bella la faz y grande la estatura,
Cual la nieve que manchas no consiente
Era blanca su larga vestidura

Y como el claro sol resplandeciente.
Dos alas y ceñida la cintura
Lleva, y esta señal le ví en la frente:
(Diciendo así, con arte peregrino
Su diestra de la Cruz formaba el sino).

"Contemplábale absorta y en sus ojos
Brillo descubro de celeste llama;
Herida de temor, caigo de hinojos,
Alzame al punto y bondadoso esclama:
—"No atravieses el rio; sus enojos
Apacigua el Señor porque te ama
Y te reserva perdurables goces,
Aunque hasta agora tú no le conoces."

"Mi corazon latió con mas sosiego
En presencia de tales maravillas:
Llevóme de la mano el jóven luego
A visitar del rio las orillas:
Ví huesos calcinados por el fuego
Y rotas calaveras amarillas;
Oí gemidos de dolor y espanto
Que inspiran compasion, mueven á llanto.

"Del rio al ancho cauce me convierto,
Y unos barcos en él grandes y raros
Con gentes cuyo traje y faz no acierto
Por lo estraños que son á descifraros,

Ví acercarse á las márgenes y advierto
De su intencion hostil signos muy claros:
Hace brillar el sol por todas partes
Yelmos y escudos, armas y estandartes.

"—Dios la existencia prolongarte quiere,
Dice el jóven tornando á hablar conmigo,
Porque de la mudanza que se opere
En tu infeliz nacion seas testigo.
Ese clamor que tus oídos hiere
Lo arranca á tus mayores el castigo
Dado á sus almas, del error manchadas
Y á padecer eterno condenadas.

"Los que allí ves llegar rubios varones
De noble faz en ademan guerrero,
Tras recio batallar, estas regiones
Conquistarán al filo del acero.
Han de venir con ellos las nociones
Del soberano Bien, Dios verdadero
Que sacó de la nada cielo y tierra
Y cuanto alumbra el sol y el mar encierra.

"Terminada la lid, baño sagrado
Que las impuras almas regenera,
Se ofrecerá al gentil de Dios llamado
Y habrás de recibirlo la primera.
Vuelta del seno del sepulcro helado

Y ardiendo en caridad y fe sincera,
En tu nacion, por voluntad divina,
El apóstol serás desta doctrina."

"Dió á sus palabras fin; cual humo al viento
Desvanecióse el venerado guía;
Correr la sangre en mis arterias siento....
Palpo la cueva tenebrosa y fría;
La losa sepulcral quito al momento,
Mis ojos ven la claridad del dia;
De mi palacio en el jardin me hallo,
Y lo demas, pues lo sabeis, lo callo."

VIII

Conclusion.

Atónitos quedaron los monarcas
Y los señores y el vulgar gentío,
Sin poder recusar el testimonio
De lo que ven y escuchan ellos mismos.

Alzóse de su asiento Moctezuma
Torva la faz y el ánimo afligido;
De nadie se despide, y se encamina
De su palacio á un apartado sitio,

Do en épocas de luto se recoge
De los negocios lejos y el bullicio,
Presa de la tenaz melancolía
A que siempre inclinóse desde niño.

Dejó de visitar de sus mujeres
El oculto retrete favorito,
Los salones de fieras, los estanques
Y de Chapultepec el bosque antiguo

Donde el sol no penetra y al impulso
De los vientos de otoño hacen ruido
Semejante al del mar en la ribera,
Sus ramas agitando, los sabinos.

Volver á hablar con su amorosa hermana
Mientras vivió el monarca jamas quiso.
Los áulicos en vano le aseguran
Que tiene trastornado ella el sentido,

Y que son sus visiones y palabras
Efecto de su falta de juïcio.—
Moctezuma á presagios anteriores
De su resurreccion liga el prodigio,

Y contempla en tal hecho, que le pasma,
Y en las revelaciones, cierto aviso
Del que á su pueblo y trono el alto cielo



Ha señalado ya fatal destino.—

¿Qué mucho que al llegar hasta su corte
Los que el vulgo proclama del sol hijos,
Indómitos guerreros agrupados
En torno del pendon de Cárlos Quinto;

Los que en tubo delgado el fuego encierran
Y á salir dél lo fuerzan á su arbitrio,
Y á que la muerte dé con ronco estruendo
Semejante del rayo al estallido;

Los que en tropel sobre el indiano cargan
Con la furia de raudo torbellino,
Cándida la color, barbado el rostro
Y cabalgando en brutos jamas vistos;

Los que tras ruda lid, como aliados
Traen á sus vencidos enemigos,
De la ilustre Tlaxcala defensores,
De quienes Xicoténcatl es caudillo;

Al llegar hasta el centro del imperio
Séres de audacia tal ¿qué mucho, digo,
Que, viendo Moctezuma en cuanto pasa
El cumplimiento de altos vaticinios,

En el cuitado corazon de menos

Eche el valor y generoso brío
Con que á México dieron sus mayores
Lustre y fama inmortal, nuevos dominios;

Y, en vez de conducir su pueblo el paso
A disputar al invasor altivo
La libertad comun y cetro y vida
Perdiendo allí si tal era su signo,

Con fiestas y regalos humillantes
Le reciba en palacio en son de amigo,
Y no le indigne que el ibero ponga
Ley á su voluntad, á sus piés grillos?

. . . .

Lidiaron otros con fortuna adversa,
Mas con valor que admirarán los siglos.
Sus brazos amorosos la Cruz luego
Tendió entre vencedores y vencidos.

De su doctrina santa á la influencia
Llegaron á formar un pueblo mismo,
De cuya ardiente fe dan testimonio
Los templos que nosotros destruimos!

Papántzin, que vivió desde el suceso
En estas breves páginas descrito,
Estraña al fausto de la egregia corte

Y á la abstinencia dada y al retiro;

En las regiones del antiguo imperio,
Al tremolar el pabellon de Cristo,
Fué la primera en recibir el baño
De las sagradas aguas del bautismo.

Tomó en él de MARIA el dulce nombre,
Y, á su ejemplo, el idólatra gentío
Deja las sendas del error y acude
A los rediles del Pastor Divino.

1861.

LA CUESTA DEL MUERTO.

LA CUESTA DEL MUERTO.

I

El camino de Jalapa á Coatepec.

De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.

Ni ví mas lindo verjel
Que Coatepec, cuya calle
Se estiende en ameno valle
Limpia y trazada á cordel.

De sus montañas musgosas
Se asienta aquella en la falda,
Luciendo fresca guirnalda
De mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
Red de arroyuelos sutiles,
Y baña sus piés gentiles
Honda y cristalina presa.

El pueblo al pié de altos montes
Se aduerme al rumor de un río,
Y tiene perpetuo estío
Si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,
Tras la aridez de la costa,
Esos campos que ni agosta
Julio ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío
Blanquear en la montaña,
O que descubrirlo estraña
En hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente
En aromas impregnado
Del liquidámbar preciado

Y del jinicuil pendiente;

Y oye que en dulces conciertos
Dan su voz por las mañanas
Las arpas en las ventanas,
Los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza estrema
En calles, casas, personas,
Y un sol en aquellas zonas
Que vivifica y no quema;

Un sol que brilla al traves
Del aire diáfano y puro,
Flores que visten el muro
Y dan alfombra á sus piés;

Y gente de afable trato,
Y, lector, aunque te asombres,
Franca amistad en los hombres
Y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia
A la tierra en que nací,
Y á veces quédase allí
A terminar su existencia.—

Pero me difundo ya:

Voy el camino á trazarte
Que al Sur de la villa párte
Y al pueblo espresado va.

Puedes andarlo en dos horas
Por anchurosa calzada
De un bosque al traves tirada
Entre arboledas sonoras.

Y á trechos el lujo es tal
De aquella vegetacion,
Que te forma pabellon
De frescura sin igual.

El liquidámbar y encino,
La madreselva, la rosa,
La verde palma orgullosa
Y el sobresaliente pino,

Ligan entre sí sus ramas,
O mecen flor y capullo
De las brisas al arrullo
Sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes
De un árbol á otro livianas,
Vides silvestres, lianas,
La hiedra de hojas sonantes.

Veloz á las ramas trepa
La ardilla si es perseguida;
La parda culebra anida
Del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada
Oirás en distintas horas,
Ya de las aves canoras
La melodía acordada,

Ya el silbido del arriero,
Del leñador los hachazos,
O los recios picotazos
Del pájaro carpintero.

Si el Norte á veces, tesoro
De salud y de frescura,
Brama al romper su clausura
Como enfurecido toro,

Abate y descuaja arbustos
Y en remolinos se lleva
La hojarasca y hoja nueva
De los robles mas robustos.

Y hace en el bosque un ruido
Como el del mar, y un instante
De la campana distante

Estás oyendo el sonido.

No anubla el cielo sereno
De polvo con nubarrones,
Que es en aquellas regiones
Compacto y duro el terreno.—

Siendo quebrado el camino,
Tras hondo valle te encumbras
Y á un lado y otro vislumbras
Paisaje el mas peregrino.

Abismos hay á tus pies
Que cubre espeso verdor;
Sale del fondo el rumor
Del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,
Divisas en su hondo lecho
Por bosquecillos de helecho
Correr el agua espumosa,

Ora roja, ora amarilla,
Zarca ó cenicienta acaso,
Segun el color que al paso
Toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas

Ves llanos, colinas, chozas,
Y el humo que de las rozas
Sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,
Sirviéndola de coronas,
Ves las amarillas zonas
De la dulcísima caña.

Ves las serpentinas sendas
Por los montes solitarios,
Y casas y campanarios
De rancherías y haciendas.

Van no lejos y entre sauces,
Sin arrastrar cieno alguno,
Dos rios, en solo uno
A confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales
Son las aguas del primero;
Como las nieves de Enero
Lleva el otro sus raudales.

Oyes detras de los cerros,
A los lados del camino,
El estruendo del molino
Y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir
Desde Jalapa en dos horas,
Si con la vista devoras
Lo que intenté describir,

Te ha de entretener al grado
De que aun no, seguramente,
Llegues al último puente
Cuando la noche ha cerrado.

II

El cronista y su guía.—La Cuesta.—La tradicion.

Como á mitad del camino
A pié llegaba una tarde,
Volviendo de un rancho oculto
Entre bosques seculares
Y en medio de dos colinas,
De Coatepec adelante.
Puesta la escopeta al hombro
Y con la vista en los árboles,
Entre sus ramas buscaba
La ardilla, invisible casi
Segun lo rápidamente
Que por el bosque entra y sale.

Y, cazador distraido,
Siempre con nuevos afanes,
Ni en derredor advertí
La belleza del paisaje
Que incendiaba la luz roja
Del sol qué á Occidente cae;
Ni recordaba siquiera
Que iban en los dos morrales
Mio y del guía un conejo
Y dos ó tres gavilanes.

Era el guía hombre robusto
De cuarenta navidades,
Carácter franco y resuelto,
Faz morena, piernas ágiles,
Fresco sombrero de palma
Con cintas negras al aire;
Blanca la camisa y verdes
Las calzoneras que al talle
Banda de burato ajusta
Ancha y de color de sangre.
Ahumado lleva el fusil,
Que es útil cosa el quitarle
Todo brillo, y siendo opaco,
No asusta al ciervo ni al ave.
De una correa pendiente
La gamitadera trae
Que así á las ciervas engaña

Como convoca á los áspides;
Y al estremo de dos cuerdas
Atados, por ser ya tarde,
Dos lebreles, raza pura,
Con el afan de soltarse.

Era el guía, como he dicho,
Hombre resuelto, y sus lances,
Sabidos en la comarca,
Fama le dieron y grande.
Mas es la gente del campo
Supersticiosa, y Andrade—
Que así se apellida el hombre—
Sin que le tiemblen las carnes
Al lobo dispara, ó burla
Al bravo toro pujante,
Mata la enroscada víbora,
Domeña al potro salvaje,
A nado atraviesa el rio
Cuando ha salido de madre;
Y á veces en la taberna
O en lo mas recio del baile
Donde al zumo de la caña
Culto se rinde y no en balde,
Si hay pendencia, entre las voces
Su ronca voz sobresale,
Y si cuchilladas llueven
Rey le coronan los jaques.

Mas si, por ventura, oye
De boca de las comadres
Historias de aparecidos
Con sus pelos y señales;
Si al atravesar el bosque
Suenan gemidos distantes,
O estando la noche encima
Y él lejos de sus hogares,
Fuegos fatuos ó luciérnagas
Por aquí brillan ó arden;
Si al salir de algun recodo
Con el lego mendicante
De hábito oscuro tropieza,
Helada siente la sangre,
Se le erizan los cabellos,
La lengua se le contrae,
A su voluntad las piernas
Dóciles no son cual antes;
Se santigua, en sus adentros
Clama á los custodios ángeles,
Y ofrece en solemne voto
Llevar cera á los altares.
Ni del certero fusil
Monta siquiera la llave,
Que si son contra los vivos
Armas de fuego eficaces,
Cónstale al guía que nada
Contra los difuntos valen.

Venia en esto la noche
Al par que se iba la tarde,
Y un alta cuesta ganamos
Dejando á la espalda el valle:
Y como es lugar de historia
Y en la que escribo importante,
Quiero que el lector conmigo
Un punto á verla se pare.
La calzada encumbra el monte;
Detras de unos matorrales
Hay á la siniestra mano
Cantiles amenazantes,
Cuyas azuladas peñas
Que el musgo tapiza en parte
Y con grato albergue brindan
A las águilas caudales,
Suspensas en el vacío
Sin tener sólida base,
Negras hendiduras muestran
En que los arbustos nacen;
Y al mas leve terremoto
O al pasar un carruaje
Que cimbre el camino, haciendo
Estrago terrible, caen.
Hay á la diestra un abismo
Tajado á pico, y son tales
Sus dimensiones, que el fondo
Ver desde arriba no es dable.

En él sus raíces tienen
Varios gigantescos árboles
Sin que la altura del borde
Sus verdes copas alcancen.
Si del cantil de la izquierda
Llega una peña á soltarse,
Rueda al traves del camino
Y sin que nada la ataje,
Zumbando espantosamente
Hácia el hondo seno parte,
Se oye chasquido de ramas
Y luego el estruendo grave
De la mole que en las rocas
Rebota despedazándose;
Y de los oscuros antros
Con alas torpes, sonantes,
Describiendo negros círculos
Salen las nocturnas aves.

—¿Qué es esto, Andrade? ¿Qué viste
Que así te vas por delante,
De enfermo que está con frios
Llevando en tu rostro el aire?
¿Por qué aceleras el paso
Y es tu distraccion tan grande
Que los lebreles van sueltos
Sin que otra vez los amarres?
—¡Ay, señor! ¡Ay amo mio!

¡Quién, como usted, ignorase
Que está en la Cuesta del Muerto
Estando al morir la tarde!
No bien las sombras se espesan
Cuando en esta fecha sale
Todos los meses un bulto
Por el claro que se abre
Al comenzar los cantiles,
Prestando corriente fácil
A las aguas de aquel monte
Donde es la lluvia abundante,
Y en cuya falda hay ruinas
Cerca de cien años hace,
De una finca muy valiosa
Con que dió un incendio al traste,
Y que fué de un español....
—Al grano vamos, Andrade.
—Pues, señor, como decia,
Por el portillo y en traje
De cristiano, sale un muerto
Carga pesada llevándose
A la espalda en un costal
Cuyas señas.... —¡Adelante!
—Digo (y su merced dispense
Lo rudo de mi lenguaje)
Que anda un trecho del camino
El muerto, cual si pujase
Al peso de lo que lleva

Y que debe de quemarle.
A la orilla del abismo,
Do ser mas profundo sabe,
Se pára; los piés afirma;
Mece en infernal balance,
Siempre en las espaldas puesto,
El costal para lanzarle,
Y á poco desaparecen
Muerto y costal, y unos ayes
Resuenan, que con oírlos
Para morirse hay bastante;
Y luego el macizo golpe
De quien tortilla se hace,
Como huevo que se estrella
En duro suelo de jaspe.
Y esto lo han visto y oído
Gentes de todas edades
De los inmediatos ranchos,
Arrieros y caminantes.
De miedo aquestos se paran,
De dar un paso incapaces,
Y de tercianas se lisian
A consecuencia del trance.
Más avisadas aquellas,
Dejan que los perros ladren
Cuando olfatean al muerto
Desde muy lejos sagaces;
Cierran y atrancan al punto

Las puertas de los jacales,
Y ante la palma bendita
Que en ellos cuidan no falte,
Silenciosos se reunen
Chicos, medianos y grandes,
Y haciendo coro la abuela
Reza un *Requiescat in pace.*

Mi curiosidad escita
Con su narracion Andrade,
Y allí aguardando, resuelvo
De la verdad cerciorarme.
Más que mi dádiva hizo
De mis razones el arte,
Que el amilanado guía
Se resignara á quedarse.
Los dos tomamos asiento
Despues de atar á los canes
A un tronco, y á mi escopeta,
Por lo que fuere y sonare,
Puse bala y renové
La cápsula fulminante.
De nuestros cigarros sube
Blanco el humo en espirales,
Que está la noche serena
Y el viento dormido yace.
Yo las estrellas contemplo
Y el guía murmura aparte

Oraciones, ó al ruído
De alguna rama al troncharse,
Vuelve con presteza el rostro
Y se estremece cobarde.

Mientras el tiempo trascurre
Y nuestros cigarros arden
Y echados y sin dormirse
Están los perros leales,
Hago preguntas al guía
Y acaba, al fin, por contarme
La historia que á los espantos
Que vamos á ver dió márgen.
Procuraré reducirla
A términos razonables,
Que en circunloquios eternos
Y en digresiones mortales
Mi rústico se divaga
Por aficion, por carácter,
Como si el bueno del hombre
Cursara universidades.—
Si temes perder el tiempo
O que mis versos te cansen
Por ser en estremo llanos,
Dignos hijos de su padre,
Cierra el libro y quedarémos
Tan amigos como antes.

III

La hacienda.—Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.

Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas ruinas
Con que á la diestra un poco te separes
Si de Jalapa á Coatepec caminas;
Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbares y encinas,
Y al fin del ancha y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes
De la sabrosa caña al pié del monte,
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,
Formaban por lo estensas horizonte.
Negras líneas cortándolas adviertes
De veredas y caños, y el desmonte
Deja á un lado de aquellas sitio abierto
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,
Limpio y azul el cielo peregrino;
El huerto floreciente en el verano,

Blanca la habitacion, pardo el molino;
Cual asa de cristal, chorro lejano
Del agua que lo mueve de contino;
Sobre la tosca torre allí erigida
El gallo en pié que á madrugar convida;

Esto el ojo descubre en el paisaje,
Y en grato són regalan el oído
Los pájaros cantando en el boscaje,
Y el arroyo entre sauces escondido:
Y de la flor que adorna el rico traje
Primaveral que el campo se ha vestido,
Mientras la abeja el néctar la consume,
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, tal vez, entusiasmado
Al dulce aspecto de las altas pilas
De la segada mies, ó en el terrado
Puestas eternamente las pupilas
En los panes de azúcar que el dorado
Rayo del sol blanquea en largas filas,
No vió jamas de su fecundo valle
La riqueza y beldad sino en detalle.

Tal vez sobre los cantos de las aves
En el bosque y á un lado de la senda,
Dió preferencia á los mugidos graves
Que salen del trapiche en la molienda;

Y al són de brisas frescas y suaves
Tal vez prefiere ¡obcecacion horrenda!
El metálico són que en sus arcones
Producen al entrar sendos doblones.

En el siglo anterior iba así el mundo,
Como va, como irá, y antes y ahora
Es el metal de aspecto rubicundo
Lo que más gusta al rico y le enamora.
Queda á pobres y artistas el profundo
Estudio del paisaje, la sonora
Voz de la fuente, el sol, el campo, el río,
El cano invierno y el ardiente estío.

Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,
Tambien ama el gastarlo con largueza
De sus propios caprichos lisonjero,
Que es moneda enterrada inútil pieza;
Y es Don Lope cumplido caballero,
Y jamas en tener cupo nobleza
La mano en que recibes estendida,
La mano con que das siempre encogida.

Opíparas comidas, instrumentos,
Libros de ciencia, nuevas construcciones,
Caballos y jauría, esperimentos,
A la jóven esposa ricos dones,
De Don Lope se llevan por momentos

Y en columnas cerradas los doblones—
Amen de alguno que otro sacrificio
Al terrible Birjan, nunca propicio.

Y no se menoscaba su fortuna,
Que el trabajo y la tierra, cuando impera
La deliciosa paz, obrando á una,
De inagotable mies cubren la era;
Y si el pobre á sus puertas le importuna,
Con brusco modo y caridad sincera,
Mientras con voces ásperas le corre,
Su mano en abundancia le socorre.

Que su buen corazon corteza dura
Guarda y oculta á los humanos ojos,
Labrando con su propia desventura
La de aquellos que sufren sus enojos.
Y es—para usar la frase que aventura
Su esposa Doña Inés—linfa entre abrojos
Que al labio no permiten que la toque;
Es zafiro engastado en alcornoque.

Ya que nombré al esposo y á la esposa,
Debo decir que en la mitad de Mayo,
Hiriendo una mañana la selvosa
Montaña el sol con su primero rayo,
Vióse en la casa y fábrica espaciosa
De ramas y de flores con el gayo

Adorno las ventanas revestidas,
Y abiertas las entradas y salidas.

El quinto aniversario es de la boda
De Don Lope é Inés, y año tras año
Se celebraba en la comarca toda
Con holganza y bullicio y gozo estraño.
Al alba repicar era la moda;
Vestido ya el calzon de burdo paño,
Nuevo el calzado, blanca la camisa,
Asisten los rancheros á la misa.

El besamanos sigue, y son curiosos
Los parabienes que los más letrados
Hacen por fuerza oir á los esposos
En discursos diez veces comenzados.
En el patio peroles espumosos
De diversos manjares regalados,
Incitadora esparcen su fragancia
Y al pueblo dan comida en abundancia.

Y al són de los alegres tamboriles
Y flauta pastoril que tañe un ciego,
Sobre el césped allí mozas gentiles
Danzan ó atienden al azar del juego:
Y suelen á las voces femeniles
Gritos mezclarse de los hombres luego,
Y salir de los cintos las navajas

A impulsos del licor y las barajas.

De la ciudad vecina, en tanto, llega
De mancebos y damas comitiva,
Cruza al galope la risueña vega
Y el patio invade gárrula y festiva.
Allí Roman, que con su potro juega,
Contempla á Inés con atencion muy viva,
Y paga apenas el saludo frío
Del buen Don Lope, su tutor, su tío.

Francisco mas allá, jóven robusto,
Hijo del mayordomo, y cuya fama
Por la comarca vuela como es justo,
Pues los placeres y pendencias ama;
Sin ver del propietario el ceño adusto
Escoge á Doña Inés para su dama
Durante el dia, y la regala flores,
Y por patios la sigue y corredores.

Y no crea el lector que la señora,
De suyo altiva, con semblante afable
A Roman ó Francisco seductora
Mostrase alguna vez risa inefable.
Si entrambos la codician en mal hora,
Jamas á alguno de los dos fué dable
Hacer á Doña Inés la grave ofensa
De decirla al oído lo que piensa.

Que está puro su nombre, y de la senda
No se apartó jamas de sus deberes,
Y el que su sola rectitud trascienda
Sirve de fuerte escudo á las mujeres.
Mas ¡ay! era preciso tener venda
Para dejar de ver que estos dos seres
En dulce lazo unidos por el cielo,
De la dicha y la paz no son modelo.

Y en huerto donde crece la zizaña
La traidora y ruin víbora anida,
Y á la honra limpia de la esposa daña
Su carencia de afecto si es sabida.
De las pasiones en la mar estraña,
Contra las recias olas de la vida
Solo se tiene por serena y fuerte
A quien ama á su esposo hasta la muerte.

Falta de aqueste amor el blando aroma
Al corazon de Inés, seco y herido
Por el genio brutal que nunca doma
Para tratar con ella su marido.
Y viendo á la bellísima paloma
Inquieta y ya sin goces en el nido,
Acéchanla con negras intenciones
Meciéndose en el aire los halcones.

Une en su sér á la verdad preclara

Que con solo su aspecto nos cautiva,
Mordaz carácter y altiveza rara
Que la confianza y el cariño esquiva.
Jamas, al parecer, brilló en su cara
De la dulce piedad la llama viva,
Ni humedeció sus ojos aquel llanto
Que al corazon que es bueno alivia tanto.

En el de Inés, del odio la cicuta,
Al riego de la hiel de sus pesares,
Germina y brota y crece, y más lo enjuta
Y lo espone á sufrir nuevos azares.
Junto al odio á Don Lope ábrese ruta
Sin encontrar los fuertes valladares
De la virtud, culpable simpatía
Hácia el jóven Roman, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante
No traicionó jamas, ni dió esperanza
A quien suspira, silencioso amante,
Y el fuego della á descubrir no alcanza.
A Inés era Francisco repugnante
Y lo calla tambien: mar en bonanza
Su faz parece; mar tranquilo y hondo
Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva é imperiosa,
Ante Don Lope tímida se humilla,

De algun tiempo á esta parte, amable esposa;
Mas la mirada que en sus ojos brilla
Cuando la ultraja aquel con ira odiosa,
Déjase ver como fatal cuchilla
Que al mayoral destina esclavo rudo
Mientra al látigo vil se inclina mudo.

IV

Por qué Don Lope vino á América.

Mientras la esposa cubre diligente
Por medio del enjambre de criados
La mesa larga con mantel luciente,
Flores, frutas, manjares delicados,
Copillas de cristal, platos de argente,
Candelabros de cera coronados,
Cubiertos de trabajo peregrino,
Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo
Lo preciso al convite, y hechicera
El tontillo abultado va luciendo,
El talle cimbrador como palmera,
Los negros ojos de mirar tremendo,
La empolvada profusa cabellera,

Sarta de perlas, prendedor, cintillo,
El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector á lo pasado
Cinco ó seis años antes, y en privanza
Le haré ver á Don Lope y festejado
Allá en Madrid por el favor que alcanza.
Una misma pasion nudo apretado
De franco afecto é íntima alianza
Formó entre el noble y brusco caballero
Y el poderoso rey Cárlos Tercero.

Con raro afan desde que el alba asoma
Van los dos á cazar todos los dias:
Montado el rey en el corcel que doma,
Sueltas á un lado y otro las jaurías,
Vaga del hondo valle á la alta loma
Hasta que llegan las tinieblas frías;
Y siempre al perseguir al erizado
Jabalí, á Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,
No siempre ha limitado sus hazañas
A fácil presa ó á luchar sin susto
Con el temible lobo en las montañas.
Antes su brazo enarboló robusto
El glorioso pendon de las Españas
Frente al peñon de Gibraltar temido,

Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores
Y con ella riqueza en abundancia;
Preciados son sus títulos y honores,
De sus predios inmensa es la ganancia;
Pero sus prendas deslució mejores
Ira fatal, insólita arrogancia,
Que al menor accidente se exaspera
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero
No bien tocado, en luminosa chispa
Deja el fuego brotar; si enojo fiero
Nubla sus ojos y sus labios crispa,
No reconoce freno el caballero,
Y semejante á la irritada avispa
De su panal lanzada, va sin tino
Hiriendo á cuantos halla en su camino.

La pasion de la caza era ya vicio
En el famoso rey, que, al fin, acaba
El fardo por soltar de su alto oficio
Trocando el áureo cetro por la aljaba.
Del poder absoluto el ejercicio,
Y no de tino exento, encomendaba
A la sabiduría y los afanes
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos dias,
Trasponiendo los altos Pirineos,
Apareció con ínfulas sombrías,
De novedad envuelta en los arreos,
Copia fatal de máximas impías
Que ya ostentaba tronos por trofeos,
Y afilaba del pueblo en la ignorancia
Puñal que luego ensangrentó á la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron
La fe y el entusiasmo y la hidalguía
Que de siglos atras innatos fueron
Al pueblo á quien el sol no se ponia!
La Cruz, á que los moros se rindieron,
La Cruz, que un mundo ignoto descubria,
Vió detenido el vuelo á que se lanza
De la humana razon por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela
Todo amor que no sea el de sí mismo,
La generosa sed que gloria anhela
Llega á trocar en sórdido egoismo:
A la ambicion rastrera pone en vela
Y abre á la sociedad profundo abismo,
Haciendo al pueblo conculcar las leyes,
Convirtiendo en tiranos á los reyes.

Tuvo el de España parques destinados

A la conservacion y fácil cria
De corredoras liebres y venados;
Más que al reino á sus parques atendia;
A la planta del vulgo eran vedados,
Y á quien mano sacrílega ponia
En guardas, pastos, provisiones, fieras,
Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque á su presencia
Llegó una vez, y en ademan confuso
Y despues de una y otra reverencia
Cual de vasallo á rey estaba en uso,
No sin servil temor grave ocurrencia
En estos ú otros términos espuso:
—De la bellota junta en la alquería
Eché á los ciervos la racion del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto
Que al pasar de Ramon el aldeano
Un segador para el vecino huerto,
A las bellotas estendió la mano.
Volví luego á contarlas, y por cierto
Que un hurto dellas cometió el villano.
—¿Y la falta cuál es que en ellas notas?
—Faltaron al monton siete bellotas.

—¡Siete años á presidio el aldeano
Cuyos mozos me roban! el rey dijo.

Llegó Ramon y suplicóle en vano
Que revocara la sentencia; el hijo,
A quien la esposa trajo de la mano,
Al rey miraba con afan prolijo,
Con inocentes lágrimas los ojos,
Ramon, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva
La reina Amalia, de virtud dechado,
Vino cerca del rey, y el rey la esquiva
Con terrible ademan y gesto helado.
Trémulo el labrador, la faz altiva,
Se levanta y, de guardias rodeado,
Como si fuese reo de homicidio,
Con la cadena al pié marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada
La ira en todo el lance reprimida
De Don Lope en el pecho, desatada
Con voces de furor se abrió salida.
En su buen corazon y en su alma honrada
De la justicia el sentimiento anida,
Y al verla hollar, en ciego paroxismo
El respeto á su rey quebranta él mismo.

—¿Quién vió jamas de iniquidad tal muestra?
¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,
Porque con él la maltratase vuestra

Mano real?—le dice y le asegura
Del brazo izquierdo con la fuerte diestra,
Y en sus ojos la cólera fulgura,
Y la corte de escándalo dá un grito
Y ve al rey y á Don Lope de hito en hito.

Cárlos, un punto estupefacto y mudo,
Si bien el rostro pálido de ira,
Rechaza al noble con esfuerzo rudo,
Ase la daga y con horror le mira.
Y como quiso hablar y hablar no pudo,
A la inmediata alcoba se retira,
Y entre la confusion que el lance deja
Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España
Renunciando sus títulos y honores;
Hondo pesar el corazon le daña
Al recordar del rey altos favores.
Quiso aplacar su enojo y justa saña
Y á tal fin le escribió de las Azores,
Do, con supuesto nombre, en triste dia
Halló refugio impune su osadía.

Cárlos le perdonó; pero le cierra
La augusta majestad, dél ofendida,
Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,
Y le manda que en México resida.

Tal porvenir su espíritu no aterra;
La mar, en el invierno enfurecida,
Surca su nave audaz con rumbo cierto
Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

V

Casamiento de Don Lope.

Mayo espiraba ya, tras sí dejando
Rico matiz de flores en la tierra,
Cielo de oscuro azul, céfiro blando,
Verde y sin nieve alguna el alta sierra.
Si pardo nubarron se va formando
Y si retumba el trueno en són de guerra,
Es que se anuncia á campos y ciudades
El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo
El pájaro cantor, murmura el rio
Reverberando al sol, cruzan el cielo
En bandadas las aves del estío,
Y se destacan del quebrado suelo
Pardas las torres, blanco el caserío;
Y la ciudad á celebrar se apresta
Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y á los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,
Y el soplo hace ondular del aura amiga
La llama del blandon, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro
De las campanas su clamor da al viento;
De atambores y pífanos el coro
Suena si calla musical concento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La Augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras
Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesion y se adelanta,
El estandarte de la cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano que ejerce civil mando.
Turba de niños que la vista encanta
Angeles ó sibilas figurando,
Sigue despues, y porta pebeteros,
Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso

Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso
Enfrena el mar y el aquilon desata.
Mírale el sol desde el zenit suspenso,
Y su alabanza en armonía grata
Ensayan aves, céfiros y fuentes,
É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera
En que la vida resbaló tranquila
Cual arroyo que cruza la pradera
Hasta llegar al mar do se aniquila!
Llama apacible que con mano artera
No apaga la impiedad, ni al viento oscila
De la funesta duda, la Fe santa
La vida alegra y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
Teneros en lugar de los presentes!
Contra sí, contra el cielo se han alzado
En su impiedad las orgullosas gentes:
De Dios y de su Ley han blasfemado,
Profanan los sepulcros, y dementes
Cierran contra los templos seculares
Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto
A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra

Y sangre hace verter y largo llanto,
De acero armada asoladora Guerra.
Negras las torpes alas, negro el manto,
Sobre la faz de la afligida tierra
La Peste vuela, y en su oscuro seno
Halla solo refugio y paz el bueno.

¡Si los hallase yo bajo la sombra
De aquellos resonantes platanares,
Donde de flores hay perenne alfombra
Y embalsaman la atmósfera azahares;
Donde el cariño paternal me nombra;
Donde el rincon de mis antiguos lares
Muestra limpios blasones de nobleza,
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡Engañosa ilusion! ¡Inútil voto!
En este mar de que salir anhelas,
Pobre alma mia, y que enfurece el noto,
Boga mi nave audaz rota y sin velas.
Siendo inesperto y débil el piloto,
En el fondo, cual tímidas gacelas
Atadas van, para que mas te aflijas,
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas.—

Vuelvo á mi narracion. Triste y cansado
De contemplar la estéril playa ardiente
Que con sus ondas bate el Golfo airado,

Intérnase Don Lope. Alta pendiente
Encumbra su corcel, ya fatigado,
Y el caballero aspira fresco ambiente,
Y entre el quebrado monte y fértil vega,
Jalapa ante sus ojos se desplega.

Creyó ver á los lados del camino,
Que cual serpiente inmensa se estendia
En llano de labores peregrino,
Los campos de la hermosa Andalucía.
Brillaba el caserío alabastrino
Con el rayo del sol de medio día,
Sobre el fondo del monte azul ó verde,
Donde á trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;
Citlaltepetl su majestad domina,
Coronado de nieves que abrillanta
El astro rey; en la region vecina
Los sitios mira do el labriego planta;
Allá el espeso bosque y la colina;
La blanca oveja mas acá retoza
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,
Y en la ciudad penetra y le parece
De frescas flores primoroso cesto
Segun la gala que á su vista ofrece.

Cruza las calles y con paso presto
Hácia el lugar donde el gentío crece
Dirígese curioso, y ver consigue
La procesion que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,
El cielo azul, el perfumado viento,
Los ecos de la música armoniosa,
De las campanas el alegre acento,
El alma varonil, pero piadosa
De Don Lope, conmueven al momento:
La faz inclina, y con ternura intensa
En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida
Coronados balcones y ventana
De hermosas damas; dominando erguida
A las otras esbelta mexicana
Con ricas galas y primor vestida,
Soles los ojos, las mejillas grana,
En el hidalgo su mirada puso
Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira
Con solo ser gentil, modesta y blanda;
Es la altiva beldad que cuando mira
Las almas quema y con imperio manda.
Quizá ajeno al amor, mas no á la ira,

Nunca su fuerte corazon se ablanda;
Lleva en su faz los rasgos uno á uno
De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero
Por mas que luego quiso, ya no pudo,
Si bien lo que en su sér sintió primero
Más que grata emocion fué golpe rudo.
De Inés los ojos de mirar severo
De la ventana al pié le tienen mudo;
Le ofusca más y más su brillo ardiente
Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla
Y á quien el plomo del inglés no abate,
En esta nueva lid fuerzas no halla
Y de rubor se queda hecho un granate.
Pasa el tiempo y en áspera batalla
Más cada dia el corazon le late
Por la doncella en quien su dicha funda,
Y el cuello dobla á la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero
Que sus caudales sepultó en las minas,
Y halló en la pretension del caballero
Vetas de plata y oro peregrinas.
Para avío tomó de su dinero
Con desenfado sumas no mezquinas;

Su paloma le dió con todo y garras,
Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,
Por interes y orgullo fué su esposa,
Y se fingió bellísima existencia
Libre de afanes y pobreza odiosa;
Y Don Lope, al tomar en la presencia
Del cura aquella mano deliciosa,
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
Que el corazon de Inés era de cieno.

VI

Vida doméstica.

Pasan los primeros dias
Que siguieron á la boda
En fiestas, danzas, paseos,
Visitas y ceremonias.

De los hombres envidiado
Es Don Lope, y es su joya
Por rica y feliz, envidia
De las jalapeñas todas.

En la mañana y la tarde
Vagan, departiendo á solas,
Por las pintorescas cumbres
Y las cañadas umbrosas.

Y al vago rumor del viento
Que entre los árboles sopla,
Y al són de arroyos y fuentes
Que el sol con sus rayos dora,

Se cambian suspiros tiernos
Cual enamoradas tórtolas,
Sus juramentos repiten
Y planes de vida forman.

En la noche, cuando brilla
Desde la celeste bóveda
Luna apacible inundando
En su luz valles y lomas,

Sale en cabalgata á veces
Inés, manejando airosa
Corcel que altivo relincha
Y espuma cándida arroja.

O ya en las pintadas salas
Do suenan risas y bromas,
Y cuyo estremado aseo

Los forasteros pregonan;

Do las abiertas ventanas
Dejan entrar el aroma
De mosquetas y jazmines
Que el huerto vecino acopia,

Al dulce compas del arpa
Que alegre vibra y sonora,
En ágil danza ver deja
El pié de esmerada forma.—

Pasan dias y mas dias:
Comido el pan de la boda,
El español, que es activo,
Ya piensa en diversas cosas.

De la ciudad á dos leguas
Hacienda de caña compra,
Y llévase á Inés, venciendo
Su repugnancia notoria.

Él se entrega á sus faenas;
Ella consume sus horas
En el ocio y el fastidio,
Lejos de cuanto ambiciona.

Él va á la caza y en tanto

Inés indolente ronca,
Y se enflaquece y consume
Mientras su marido engorda.

Y, siendo de áspero genio
Y de condicion despótica,
Mandarse uno al otro quieren,
Firmes entrambos cual rocas.

Lo que para el hombre es blanco
Es negro para la esposa;
Si él de frio se entumece
De calor ella se ahoga.

Y así van tornando á ser
Las amarteladas tórtolas
Lo que, en rigor, antes fueron:
Él tigre y ella leona.

Ésta por aquel vencida
En mil escenas odiosas
Que el hogar tranquilo truecan
En infierno de congojas,

Cede al fin, y como esclava
La frente al tirano dobla,
Y en odio amargo convierte
Su indiferencia y su cólera.

Viéndola, al cabo, sumisa,
Don Lope á quererla torna
Como el dia que encendiera
Del himeneo la antorcha.

Mas son ofrendas inútiles
Sus atenciones melosas,
Que está la débil cadena
De esos corazones rota.

Y en vano con su carácter
Don Lope batalla á solas,
Contrarestarlo queriendo
Por si soldarla así logra.

Que á Inés al mirar cual mármol,
Súbitamente se enoja
Y estalla en gritos, haciendo
La herida más y más honda.

Nególes naturaleza,
Tal vez sábia y previsora,
Lo que á las fieras ablanda
Y hace á la mujer dichosa.

Hijos Doña Inés no tuvo
Que serenasen las olas
De hiel en que la barquilla

De su espíritu se engolfa:

Y así falta á su existencia
Astro que en noche tan lóbrega
Dé objeto á sus pensamientos
Y direccion á sus obras.

Y solo de vez en cuando,
De aquella vida monótona
En el estrecho horizonte,
Brillan cual luces fosfóricas,

Proyectos de fuga ó muerte
Que fin á sus males pongan,
Y si al principio la espantan,
Mas tarde agradables sonla.

Inclinacion que reprueban
El cielo y el mundo, brota
En su pecho hácia el sobrino
Que está de Aranda á la sombra.

Tiempo hace ya que Roman
Con espresion melancólica
En ella los ojos clava,
Si bien hablarla no osa.

Ella, indiferente y fria,

Nada en apariencia nota,
Y al jóven sigue tratando
Como á las demas personas.

Poco sagaz el marido,
En ira terrible monta
Contra Francisco que en vano
A su mujer enamora.

De este mozo la presencia
El noble apenas soporta,
Y la palabra le escusa
Y la faz muéstrale torva;

Y no le cierra sus puertas
Porque, en suma, no halla cosa
En qué fundarlo y con ello
Diera á las lenguas su honra.

¡Ay! Si nos fuese posible
Al traves de seda y blondas
Y del ondulante seno
De nieve formado y rosas,

Ver el corazon de Inés
Lleno de letal ponzoña,
Retrocediéramos luego
Como quien víboras toca.

El deseo en él se abriga
De que, haciéndose más hondas
Las sospechas del marido,
Éste con Francisco rompa,

Y haya entre los dos un lance
Que deje á Inés libre y sola
Para dar mano y hacienda
A aquel por quien se halla loca.

Una vez que conocemos
Cuanto conocer importa
Para comprender el triste
Desenlace de la historia,

Con los demas convidados
Vamos al salon, lectoras,
Pues la servidumbre avisa
Que está en la mesa la sopa.

VII

El convite.

Con luces, manjares, flores,
Ricos vinos, frutas secas,

Pomas cortadas del árbol
Esa tarde, rojas fresas,
Duraznos que las mejillas
De las jóvenes semejan
Y aceitunas oleosas
Que da Sevilla en sus huertas;
Llenando platos y fuentes
De rara forma y riqueza,
Sobre el mantel que por blanco
La piel del armiño afrenta,
Al ir entrando á la sala
Cubierta hallamos la mesa.

Tras cumplimientos corteses,
Ocupan su cabecera
Don Lope á la izquierda mano
Y su esposa á la derecha.
A un lado y otro en seguida
Los convidados se sientan,
Quedando entre dama y dama
Un galan que las atienda.
Y como mas allegados
O por sobra de llaneza,
Francisco y Roman se ponen
De los esposos mas cerca.
Y aunque al principio el silencio
Y la gravedad imperan,
La animacion y el bullicio,

Segun la costumbre añeja,
Con el licor van saliendo
Del fondo de las botellas.

La faz serena y festiva
Cual nunca hace tiempo, muestra
Don Lope que en la mañana
Túvola mustia y severa,
Quizá porque al ir pasando
Del comedor á otra pieza,
Vió, sin querer, que Francisco
Con presuncion asaz necia,
Dió á Inés un ramo de flores
Que fué aceptado por ella.
Cuando iba á estallar acaso
La indignacion que le llena,
Cartas de Madrid recibe
Y, vistas firmas y fechas,
En sus mal trazadas líneas
Halla tan felices nuevas,
Que en arrebatos de júbilo
Su ciego enojo se trueca,
Y torna á leer y al cielo
Ojos y palmas eleva.
Con su destierro, del trono
La majestad satisfecha,
Cárlos Tercero su gracia
De nuevo ya le dispensa ;

Y hasta en sus brazos reales
A Lope estrechar anhela,
Y festejar su llegada
Con cacerías espléndidas
En que monarca y vasallo
No den reposo á las fieras.
¡Cuál á estos sueños de dicha
El buen Aranda se entrega!
Mírase ya al pié del trono,
Que altiva corte rodea,
Objeto de los favores
Que al ambicioso desvelan;
Torna á mirar el escudo
De la casa solariega;
Torna á respirar las brisas
De las castellanas sierras
Donde conoce uno á uno
Los árboles de las selvas.
Y cuando de tales sueños
A lo presente despierta
Y los terribles cuidados
Que Inés le infunde recuerda,
En sus adentros se dice
Que, en rigor, crímen no encuentra
En que su esposa reciba
Las flores con que la obsequian;
Siendo, ademas, evidente
Que el peligro, si lo hubiera,

Se alejaria poniendo
Entre ella y Francisco tierra.
Y en la espansion de su gozo,
Alma generosa y buena,
Si bien á todos oculta
Bajo un áspera corteza,
De sus pesares domésticos
Toda la culpa se echa
Creyendo que anduvo torpe
En sepultar en la hacienda
A Inés que ha sido criada
Entre regalos y fiestas;
Que si humildes flores hay
Que solo en la sombra aciertan
A vivir, lejos del rayo
Del sol las demas se secan;
Que de la corte mecida
En la fastosa opulencia,
Inés, que ha ceñido siempre
De la beldad la diadema,
Será de su esposo al lado
Feliz, amante y benévola.
A tales sueños Don Lope
En su escritorio se entrega,
Y para hacer el viaje
Trata de arreglar sus cuentas,
Al mayordomo dejando
Molinos, ganado y tierras,

Cuando su esposa le avisa
Que está la sopa en la mesa
Y él, sin decirla palabra,
Hácia el comedor la lleva.

¿Qué estraño es, pues, que el semblante
Festivo el hidalgo tenga
Mientras su espíritu halagan
Consoladoras ideas?
Propónese á Inés, que está
Cual nunca arrogante y bella,
A Roman y al mayordomo
Y á toda la concurrencia,
Dar de tan faustas noticias
A los postres la sorpresa.
Alza, entretanto, su copa
Do el claro jerez chispea,
Y antes de llevarla al labio,
Con voz de entusiasmo trémula,
En estas ú otras palabras
Muy semejantes se espresa:

"Del alto favor caído
De Cárlos, gloria de España,
Me condenó en tierra estraña
Al deshonor y al olvido.

"Mas de las iras reales,

Que respeto cual vasallo,
Los cielos burlan el fallo
Trocando en dicha mis males."

Cuando así hablaba, á su vista,
Aunque en direccion inversa,
Puesta en la pared de enfrente
Ancha luna de Venecia,
Sala, mesa, luces, flores
Y convidados refleja.
En aquel cuadro animado
Le pareció que halagüeña
Inés miraba á Francisco
Con misteriosa reserva;
Mas, al recordar lo injusto
De sus antiguas sospechas,
Domínase y luego añade
Con voz firme y faz serena:

"Franca, amistosa acogida
Dióme esta colonia, á fe,
Y casi al llegar hallé
Con el amor nueva vida.

"Y no el amor me hirió en vano,
Pues, sellando mi ventura,
Inés me entregó ante el cura
Su corazon y su mano."

Aquí Aranda, á pesar suyo,
La vista al espejo lleva,
Y á Inés y Francisco hallando,
Al punto los ojos cierra,
Creyendo sinceramente
De horrible ilusion ser presa;
Y el interrumpido brindis
Prosigue de esta manera:

"Por mí, que he sido asaz necio,
Aquí su beldad sepulta,
Cuando estar no debe oculta
Joya de tan alto precio.

"Lejos de aquestos lugares
Presto se hallará en su esfera,
Cual la corza en la pradera
Y como el pez en los mares."

Dar fin al bríndis no pudo
El noble; en sus fauces queda
Inmóbil, cual si tuviese
Nudo apretado, la lengua.
En su faz la vista clava
Entonces la concurrencia
Y desencajada hallósela,
No sin profunda estrañeza.
Y al ver que al espejo está

Mirando con insistencia,
Todos al espejo miran
Y nada notable encuentran.
Torna á Doña Inés el rostro
Súbito Aranda, y observa
Que está con plato y cuchillo
Jugando con indolencia,
Entrecerrados los ojos,
De afectacion sin dar muestras.
Que fué el espejo encantado
Por arte mágica piensa,
O que sus propios sentidos
El vino á turbar empieza.
Embelesado admiraba
De Inés la beldad suprema
Desechando los recelos
Que á su dicha se atraviesan,
Cuando en el seno ondulante,
Que brilla como azucena
Al traves de ricas blondas
Con que se recata á medias,
Hállala prendido el ramo
De heliotropio y madreselva
Que, audaz y á solas, Francisco
En la mañana la diera.

Y el noble que ante la corte
Su indignacion no refrena

Y en su rey, siendo vasallo,
Puso sacrílega diestra;
Sin respetarse á sí mismo,
De estraños en la presencia,
Rompe el cristal de su honra
Que, roto, jamas se suelda.
Y en uno de aquellos ímpetus
De cólera que le ciegan,
Crispado el labio y convulso,
Hinchadas todas sus venas,
Los ojos chispas echando,
Juntas las pobladas cejas,
Arranca el ramo de flores
De afecto bastardo prenda,
Del seno de Inés, y al rostro
Se las arroja, diciéndola:
—Esto merece quien mancha
De mi blason la limpieza.

Cae desmayada en la alfombra
Inés, y salta cual fiera
Sobre Francisco Don Lope
Y entre sus brazos le cierra;
Mas, acudiendo Roman
Y el padre del mozo, á fuerza
Logran, al fin, separarlos
Echando á Francisco afuera.
Y como al trueno del rifle

Turba de palomas vuela,
Sobresaltadas las damas
Corren, ganando las puertas.—
Mudo y temblando el hidalgo
Con espantosa violencia,
Se va á su alcoba, y al lecho,
Perdida ya la cabeza,
Cual tronco inerte se arroja
Dando á su venganza treguas.

VIII

El crímen.

Quedó convertida
La casa en desierto,
Damas y galanes
Tomando ligeros
Las vías que tienen
La villa y el pueblo.
Desde antes habian
Músicos y obreros,
Dando fin al rico
Festin suculento,
A ranchos y haciendas
O á sus chozas vuelto.

El patio recorren
No pocos domésticos
De mesas y adornos
Quitando los restos,
Y hecha su faena,
Recógense luego.
Mueren las fogatas,
Cesa todo estruendo,
Reina oscura noche
En el firmamento;
Con ella en la tierra
Su hermano el silencio,
Que solo interrumpen
En el llano estenso
A veces con ronco
Ladrido los perros.

Quitadas las joyas,
El cabello suelto,
Rojas las mejillas,
Mal velado el seno,
Del cuarto de Aranda
Que ha quedado abierto,
La hermosa Inés sale
A tomar el fresco.
Abriga en su mente
Horribles proyectos,
Y del corredor

En el antepecho
Reclínase y busca,
Los ojos volviendo
A un lado y al otro,
Sombra ó bulto inquieto,
Estando segura
De que habrá de verlo.
Y anhela entretanto
Ráfaga de viento
Que apague propicia
De su rostro el fuego;
Mas natura duerme
Letárgico sueño,
Precursor acaso
De huracan violento;
La hojilla está inmóbil
En el tallo tierno;
De la infiel esposa
Comprímese el pecho.

Testigo hace poco
Del lance funesto
Que hubo en el convite;
Respirando celos,
Su falta de audacia
Quizá maldiciendo,
Roman en la sombra
Se oculta, no lejos

De aquella que causa
Su inútil tormento.
De Inés las miradas,
El enojo ciego
De Lope, el escándalo
Que dió el caballero,
Sospechas le infunden
Y es su alma un infierno.
Se halla decidido,
Rasgando los fueros
De honor y decoro
Que hasta aquí pusieron
Candado á sus labios,
Coto á sus intentos,
A obtener la llave
De aqueste misterio
Pidiendo á Inés cuenta
De tales sucesos.
Dirígese á hablarla,
Mas queda suspenso
Al oír los pasos
Del otro mancebo
Que á Inés llega y dice,
Turbado el aliento:
—Soñaba insensato
De dichas un cielo:
Tal vez lo veía
En los ojos vuestros;

Mas ¡ay! que ya herido
Sin honra despierto,
Ludibrio de estraños,
De lástima objeto,
Presa de furores
Que cebar no puedo.
Matar al esposo
Fuera, Inés, perderos,
Y si no le mato
La vida yo pierdo.
Siendo, pues, terribles
Entrambos estremos,
Antes que amanezca
Para siempre os dejo.
—¡Qué! ¿Te vas, Francisco?
¡Desdichada! ¡Oh cielos!
¿Qué va á ser de mí
En trance tan fiero?
¿Tienes, por ventura,
A mi esposo miedo....?
—Há poco en la sala,
Al ver que del seno
Os quitó las flores
Prenda de mi afecto,
Y al sentir sus manos
En mi rostro luego,
Si Roman y otros
No se han interpuesto,

Lavando mi afrenta
Le hubiera yo muerto
Con este cuchillo
Que en esos momentos
Vuestra linda mano
Soltó, y que del suelo
Recogí, señora,
Y conmigo llevo.
Despues he pensado
Que fuera gran yerro
Matar á Don Lope,
Y de vos me ausento.
—Haces bien, y es justo
Que descargue el peso
De su enojo Aranda
Solo en mí, ¿no es esto?
Vuelto á sus sentidos,
A sus manos muero,
Que está de mi sangre
Cual tigre sediento.
¡Mal haya, Francisco,
Quien pone su afecto,
Contra sus deberes
Y afrontando riesgos,
En seres mezquinos
Tímidos ó necios!
—Me halagais, señora,
Y me herís á un tiempo.

¡Oh suprema dicha!
¿Me quereis?—Te quiero.
—Mandadme.—Fundado
Tu temor encuentro;
Antes que amanezca
Vete.—Aquí me quedo.
—¿Qué dices? ¿Variaste
De planes tan presto?
—De vuestro cariño
Estando ya cierto,
No puedo alejarme,
Dejaros no puedo.
—Mira que la vida
Te va de por medio.
—Es muerte arrastrarla
De quien se ama lejos.
Mas ¿por qué no huimos
Los dos?—Porque temo
Que Aranda nos vaya
Los pasos siguiendo.
Diera con nosotros,
Francisco, aunque fuéramos
Por tierras ignotas
Del mundo al estremo.
—¿No pensais que, en tanto,
Dichosos seremos?
—Dicha así mezclada
De afanes detesto.

Óyeme: si Lope
De ataque apoplético
Que inmóbil le tiene
Agora en el lecho,
Reponerse logra,
Fallan mis proyectos
Y entonces te alejas,
Ya te lo prevengo.
Tu vida me es cara
Y está, lo confieso,
Vendida, pues Lope,
A la suya vuelto,
Muerte con su espada
Te da sin remedio.
Mas de lo contrario,
¿Qué decirte puedo...?
Mucho has padecido,
Tiempo há que lo advierto
Y en mi pecho cunde
Del tuyo el incendio.
—¡Oh Inés!—¡Oh Francisco!
—¿Me quereis?—Te quiero.
—¿Morirá Don Lope?
—Lleva trazas dello.
—¿Le creeis tan grave?
—Por tus ojos verlo
Convertido en tronco
Puedes al momento.

Hay luz en el cuarto:
Míralo, está abierto;
Nadie está con Lope;
¡No le tengas miedo!

En el punto mismo
En que va resuelto
De Lope á la alcoba
Entrando el mancebo,
Roman que ha seguido
De Inés en acecho,
Lo que hablando estuvo
Sin oír empero,
A su vez la dice,
Súbito saliendo:
—No son infundados
Del tio los celos
Como me afirmasteis,
Segun lo que advierto.
—Cállate, Roman,
No perdamos tiempo.
De lo que en tí pasa
Conozco el secreto.
—¿A qué entró Francisco?
—Aranda el deseo
Me mostró de hablarle.
—¿Háse ya repuesto
Mi tio? Tambien

Hablarle yo intento.
—No es hora oportuna
Ésta en que me esfuerzo
Por dar á tus ansias,
Roman, dulce premio.
—¿Qué decís, señora?
¿Es acaso un sueño
Lo que está pasando?
—Muy bien puede serlo
Si á hacer lo que exijo
No te hallo dispuesto.
—¿Qué exigís?—Que vayas
A esperarme luego
Solo y con caballos
Del camino en medio,
De la encrucijada
Junto al roble viejo.
—¿Un rapto...?—La vida,
Roman, me va en ello.
—¡Sangre, honor, deberes,
Adios! Yo estoy ciego.
Tal dicha me mata.
—Tal dicha logremos.
—Pero ¿y lo que he visto?
—¡Ah niño inesperto
Que por recta senda
Marchas á tu objeto,
Sin ver que es la astucia

El mejor sendero!
Mientras yo te esplico
Todo cuanto he hecho,
De ser venturosos
La ocasion perdemos!
—Vóime al punto.—Vuela,
Roman.—Os espero.

Iba por el patio,
Iba repitiendo:
"¿Es lo que me pasa
Realidad, ó sueño?"
Cuando de la alcoba,
A guisa de espectro,
Demudado el rostro,
Erizo el cabello
Y hácia todas partes
Los ojos volviendo,
Francisco salia,
Temblándole el cuerpo.
Sintió Inés al verle
Júbilo siniestro,
Y estas breves frases
Los dos se dijeron:
—¿Cómo sigue Aranda?
¿Le has visto?—¡Le he muerto!

IX

Preparativos del entierro.

¡Noche de horror y execracion! Clavado
Por la lujuria, el miedo y la venganza,
De Don Lope en el pecho está el cuchillo
Con que su esposa en el festin jugara.
Astuta cual serpiente indujo al mozo
A consumar el crímen á sus anchas,
É hipócrita y falaz, cuando él la dice
Que á su marido asesinó, se espanta.—
Caballero infeliz que en tal arpía
Cifraste de tu dicha la esperanza,
Haciéndola, al llegar á tu destierro,
De tu cariño iman, de tu honor guarda:
Con ellos y tu fe pusiste en vano
Tesoros y blasones á sus plantas,
Que á gratitud y amor su pecho cierra
Y de hiena feroz son sus entrañas;
Y en vez de reducir con la dulzura
Tu áspero genio á condicion mas blanda,
Quiso oponer al pedernal acero,
Y con tu muerte impune ver su infamia.

Ya no podrá en sus brazos estrecharte
El poderoso rey de las Españas,
Ni tornarás de honores rodeado
Tu patria á ver, tu solariega casa;
Ni á perseguir á las audaces fieras
En las quebradas sierras castellanas,
Ni á combatir contra el leopardo altivo
Que preso á Gibraltar tiene en sus garras.
Tú que venciste á tus contrarios siempre
En campo abierto y con iguales armas,
En tu lecho, embargadas tus potencias,
Sin poderte valer, rindes el alma
Al hierro de un gañan que tiembla al verte,
Y á quien una mujer cubre la espalda!
Por su doble traicion antes que el gallo
De aquesa noche el término anunciara,
Y sin darte razon del trance horrible
Que de la vida terrenal te aparta,
De Dios en la presencia compareces
De tu violenta ira entre las llamas!

Tibio en el blando lecho está el cadáver,
Descompuesta la faz y amoratada,
Fijos, al parecer, los turbios ojos
En el labrado techo de la estancia;
En los cárdenos labios contraídos,
Como algodon cardado espuma blanca;
En desórden las ropas y colgando

El diestro brazo fuera de la cama.
En el lugar del corazon rojizas
Gotas de sangre la camisa manchan
Frescas aún, del ignorado crímen
De Francisco é Inés única rastra.

Azorado el mancebo, ella tranquila
Al parecer, si con ocultas ansias,
Los dos penetran, sin hacer ruido,
En la alcoba, mas súbito se paran.
—"¿Hablabais vos?... ¿Llamaron á la puerta?
¿Qué ha sido ese rumor?—dice á la dama
Francisco, y ella, al resonar su acento,
Con inquietud mortal vuelve la cara.
—Es ráfaga de viento, le responde,
Y en desatarse el huracan no tarda;
Démonos prisa, pues."—Del cuarto mismo
Inés fuerte costal ligera saca;
Van los dos hácia el lecho y el cadáver
Con hábitos tan burdos amortajan.
No sin esfuerzo en el costal metidos
Cabeza y brazos, en seguida amarran
La estremidad abierta, y con ayuda
De la mujer, Francisco el bulto carga.
—¿Adónde lo llevamos?—Hay al lado
Del camino á la villa honda barranca.
—Dista casi una legua.—Pero sabes
Que á sus profundos senos nadie baja.

—Mucho pesa Don Lope.—Fuerzas tengo
Por si las tuyas hoy nos hacen falta.
—Ved que nos coge el dia.—Tiempo sobra
Para ir y volver antes del alba.

Vencido á su pesar, el mozo emprende,
De Inés á un gesto, fatigosa marcha;
Pero al salir del cuarto se tropieza
Con la mesilla en que la luz estaba.
Con todo y candelero la bujía
Del lecho ya desierto hasta las sábanas
Que en parte el suelo tocan, rueda al punto
Y en el lienzo, á la vez, cunde su flama.
Doña Inés se detiene un solo instante
Movida del intento de apagarla;
Mas luego reflexiona, y á sí misma
Se dice, no sin júbilo: "Que arda
La casa toda; así mejor oculto
De Aranda el fin á la justicia humana."
Y tomando, de paso, una cajita
De bella forma, de carey y nácar,
Provista de doblones y diamantes
Con otras valiosísimas alhajas,
Y un rebozo de seda echando al cuello,
Tras de Francisco al corredor se lanza.

¡Noche de horror! Mientras retumba el trueno
Y el terrible huracan bate sus alas

Del Septentrion al Sur, tu fin anuncia
El gallo vigilante con voz clara;
Mas permanece el mundo envuelto en sombras
Hasta que en el Oriente asome el alba,
Y entretanto los genios infernales
Siguen urdiendo crímenes sin tasa!

X

Salto mortal.—Precaucion de la justicia.

Tras el corredor oscuro,
Do todo es calma y sosiego,
El patio cruzan y luego
Detiénense al pié del muro.

Abre Inés angosta puerta
Con llave á todos oculta,
Y la pareja resulta
En la campiña desierta.

Della marchando al traves,
Van á salir al camino
Con su carga el asesino,
Tras él, vigilante Inés.

Como el huracan arrecia
Y el cansancio al mozo daña,
Y quien así le acompaña
De compasiva se precia,

Muy avanzada la ruta,
Con él la carga divide,
Y él, que otra cosa no pide,
Asaz alivio disfruta;

Sin advertir el bellaco
Que Inés, con maña infernal,
De su ropilla al ojal
Ata las cuerdas del saco.

Aparte el clamor del viento
Que lluvia escasa ha traido,
Ella creyó haber oído
Rumor cercano un momento.

Pero registrar fué en vano,
Y halló su vista indiscreta
En oscuridad completa
Camino, cumbres y llano.

Solo á un relámpago leve
Que esclareció el horizonte,
Bulto vió cerca del monte

Y jurara que se mueve.

Y aunque lo estimó confuso,
Teniendo el ánimo inquieto,
El desconocido objeto
No poco espanto la puso.

Queda á su espalda. ¿Es acaso
Que álguien descubrió el horrendo
Delito y viene siguiendo
A los culpables el paso?

Amaga así la existencia
Inquieta del criminal
Siempre suspenso el puñal
De la asustada conciencia.

Quisiera desviarlo Inés
Creyendo que su terror
Causa importuno pastor
O descaminada rés.

Mas algo la dice adentro
Que quien á otros enreda,
Preso fácilmente queda
De su maraña en el centro.

Y, de distraccion por via,

De nuevo pónese al lado
Del mozo que, fatigado,
Con el costal no podia.

Y entre uno y otro arrumaco,
Mientras el peso comparte,
Más y más liga con arte
Del mozo á la ropa el saco.

Cuando en instante propicio,
Tras angustiosas faenas,
Llegan, respirando apenas,
Al borde del precipicio,

No lejos dellos Roman
Que, de esperar aburrido,
Les vió salir y ha seguido
Como el acero al iman;

Sin que el proceder comprenda
De aquella que á huir le invita
Y al mismo tiempo á otra cita
Marcha por distinta senda;

Del fuego al tenue fulgor
Que cunde en casa y molino,
Desde un lado del camino
Vislumbra escena de horror.

Francisco afirma la planta
En el húmedo terreno,
Orillas del hondo seno
Cuya apariencia le espanta.

A corta distancia Inés,
Con atencion inaudita
Mirando al jóven, tirita
De la cabeza á los piés.

Para lanzarlo al abismo
Francisco mece el costal;
Lo arroja, y con fuerza igual
Parten el saco y él mismo.

Un punto, al sentir el rudo
Tiron, alargó aterrado
Las manos, y asir al lado
Arbol ó zarza no pudo.

Roncos gritos de agonía,
Que á Roman hieren cual dardos,
Repiten los ecos tardos
De la barranca sombría;

Y el grave rumor los sella
De un cuerpo que, en lo mas hondo,
En los peñascos del fondo,

Tras cien rebotes, se estrella.

Va á partir, fuera de sí,
Inés, de Roman en busca,
Y más su razon se ofusca
Viendo á este jóven allí.

Duda si sueña ó delira,
Y se detiene turbada;
Mas de Roman la mirada
Despide rayos de ira.

Rompiendo, á poco, el silencio
La dice:—Quisiera en vano
Desentrañar el arcano
De todo cuanto presencio.

Mas lo que veo es de suerte
Que horror, Inés, me causais:
El incendio en pos dejais
Trayendo á un hombre á la muerte.

Y, no sé si desvarío;
Mas agora hasta sospecho
Que habeis ahogado en su lecho
A vuestro esposo y mi tio.

—¿Tales palabras me dices

Cuando el camino te allano
Para que en clima lejano
Los dos vivamos felices?

—Manchado el camino queda
De sangre humana; á fe mia,
Mi planta resbalaria
En él; que os siga quien pueda!

Asaz castigado estoy
Por este afecto bastardo:
Clavado en el alma un dardo
He de llevar desde hoy.

Pero mi deber me ordena
Que, al dirigiros mi adios,
Diga á vuestro oído: "Vos
No sois mujer, sino hiena."

Se aleja con paso presto
El amante, y queda Inés
Como clavados los piés,
Muda, y asombrado el gesto.

Volviendo de su estupor,
Siéntese animada y fuerte:
Solo una lágrima vierte,
Pero es de hiel y rencor.

El rumbo toma resuelta
De la finca, á los reflejos
Del incendio en que arde al lejos
En humo y llamas envuelta.

Espectáculo tal viendo,
Del pueblo la gente sale,
Por si su ayuda algo vale
A toda prisa acudiendo.

Con otros vino el alcalde;
La causa del fuego, y
Por qué el amo no está allí
Trata de inquirir en balde;

Cuando, pálida, el esbelto
Rico talle mal ceñido,
Lleno de lodo el vestido,
El cabello húmedo y suelto,

Inés llega y da noticia
De los hechos á su modo:
Que es Roman reo de todo
Declara ante la justicia.

Así en pechos inconstantes
Truecan desengaños luego
En odio implacable y ciego

Todo el cariño de antes.—

Mas con pesquisas sutiles
Por el uno y otro lado,
En vano al mozo acusado
Buscaron los alguaciles.

Que, á Doña Inés conociendo,
Temió la nueva celada,
Y va por senda escusada
Desde antes del alba huyendo.

Y como inaudito fuera
Que en lance tal con su vara
La justicia no alcanzara
A un individuo siquiera;

Tras de redactar con seso,
Verdad, presteza, y soltura
La informacion que figura
De cabeza del proceso,

Lleva el alcalde consigo
Hácia el pueblo y la ciudad
Presa á Inés, en calidad
De acusadora y testigo.

XI

Conclusion.

Iba á decirme el guia
Lo que supe despues por otras gentes:
Que en ese mismo dia
La barranca esplorando diligentes
Mezclados alguaciles y aldeanos,
De un árbol en las ramas detenido
El saco hallaron en que fué Don Lope
Por su verdugo y su mujer metido.
Que, prosiguiendo las pesquisas luego,
Tras fatigas inútiles no pocas
Y cuando el sol desde el zenit abrasa,
Del fondo vieron en las negras rocas
De otro cadáver la sangrienta masa.
Que, á declarar llamados,
Cual es de suponer, los convidados
A la mesa de Aranda, el juez se impone
Del estraño incidente
Que á la fiesta dió fin súbitamente.
Que, poco á poco, la verdad desnuda
Apareciendo va, y en que la esposa
Es responsable de la muerte odiosa
Del hidalgo infeliz, no cabe duda.

Que á Madrid la noticia del suceso
En alas del terror llevó la fama;
Que el rey pide un estracto del proceso
Y, tras leerlo, á su ministro llama,
Y al virey Villalon llega un espreso
Pocos meses despues, para que sufra
Muerte vil de garrote la vil dama.

Iba á contarme el guia,
Segun supe despues, los pormenores
De la prision de Inés, quien, su sentencia
Leer oyendo, prorumpió en clamores
De ira y duelo y las manos se mordia,
Mostrando hasta la fin su impenitencia.
Iba á esplicarme en su lenguaje estraño
A cultura y ficcion, cómo cubrieron,
Noble por ser Inés, con negro paño
El tablado de pino resonante
A que, sin vida casi, la subieron
De la curiosa multitud delante;
Y cómo, vuelta á la espaciosa plaza,
Y al tosco banco y respaldar sujeta,
Su garganta gentil ciñe y aprieta
Y hace al cabo crugir férrea tenaza;
Quedando, á poco, inmóbil el convulso
Cuerpo, y el blanco rostro amoratado,
Y sin latir el corazon ni el pulso,
Y el pueblo enfrente mudo y aterrado.

Iba á decirme que en region estraña
Vagó Roman y que llevó consigo
Del reprobado amor que hubo en su pecho
Recuerdo que le daña,
De su tranquilidad fiero enemigo.
Que su pena y horror más cada dia
Creciendo fueron, y, despues, tocado
De la celeste gracia, en un convento
Lavó con llanto amargo su pecado,
A su felice conversion dió cima,
Y, austero cenobita y venerado,
Murió en olor de santidad en Lima.

Iba el guia á contarme
Esto y acaso más, cuando le falta
De repente la voz, su diestra tiende
Hácia el camino, y del asiento salta.
Se le eriza el cabello, se santigua;
Sueltos aullan los lebreles viendo
A la espesura lóbrega contigua.
Traidor ataque súbito temiendo
De bandoleros yo, mi rifle tomo
A la defensa listo y, entretanto,
El buen Andrade que temblaba como
Débil hoja al embate de la brisa,
"Es el muerto" me dijo con espanto,
Emprendiendo la fuga á toda prisa.
En vano yo seguirle pretendiera,

Que á la del ciervo iguala su carrera
En rapidez, é insólito deseo
Tengo de ver la aparicion terrible;
Los ojos abro hasta donde es posible,
Lector, y, sin embargo, nada veo.
Nada turbaba la serena calma
De sitios que recuerdo con cariño,
Donde á la vez hallaron, desde niño,
Vigor mi cuerpo, inspiracion mi alma.
Mientras, el compañero,
Sin dar tregua á la fuga, á la siniestra
Mano tomó por áspero sendero
Que asilo en choza rústica le muestra.
Llama á la puerta, de terror transido,
Abrenle los pastores alarmados;
Mas, la luz del hogar no bien ha herido
Sus ojos ofuscados,
Cae el hombre en el suelo sin sentido.

Si, tras años y azares,
Con el ardor antiguo y sed de gloria
No me ha faltado, acaso, la memoria,
En aquestos cantares
De la "Cuesta del Muerto" os dí la historia.

1861.

CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.

EL ARPA MARAVILLOSA.

I

Brillan los rayos postreros
Del sol, y en busca de esposa
Van por la playa arenosa
Dos gallardos caballeros.

En las colinas cercanas,
De sus corceles el paso
Al oir, salen acaso
A la puerta dos hermanas.

Teje la menor el lino,
La rica seda y el oro,
Y es de inocencia tesoro
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea
Y con envidia sin par
La mayor, solo en cuidar
De los rebaños se emplea.

Rindiendo allí la jornada
Los nobles—cosa es sabida—
Quedó la menor pedida
Y la mayor despreciada.

II

Ésta, despues, dijo á aquella,
De cariño haciendo alarde,
Con voz melosa una tarde:
—Mira qué tarde tan bella!

Vamos á dar un paseo
Del ronco mar á la orilla.
La rubia inquiere sencilla:
—¿Cuál es allí tu deseo?

—Que las dos nos parecemos

Oigo decir, cual estamos;
Pues si en el mar nos bañamos
Blancas al igual seremos.

—Aun cuando en él te lavaras
Noche y dia sin salir
De sus ondas, corregir
Lo que hizo Dios no lograras.

Ni aun cuando como el armiño
Quedase, al fin, tu semblante,
A darte fuera bastante
De mi adorado el cariño.

Van á la playa, contenta
Una y la otra enojada,
Y está la menor cansada
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquella cual fragua
Ardiendo en cólera, ruja;
Mas la morena la empuja
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano
Grita con voz lastimera:
—Para ganar la ribera
Tiéndeme, por Dios, la mano!

—Verás tu anhelo cumplido,
Hermana, cual otras veces,
Si en este trance me ofreces
Cederme tu prometido.

—Cuanto tengo te daria
Menos mi futuro esposo:
Él con amarme es dichoso,
Su voluntad no es la mia.

Mas te ofrezco, y no en olvido
Lo echaré, pues que te adoro,
Darte arracadas de oro,
Buscarte apuesto marido.

La brisa del Sur, en tanto,
Lleva el cuerpo mar adentro:
Vedlo flotar en el centro
Del estendido azul manto.

Bramando el Norte despues,
Sobre las olas mecida
Viene la rubia sin vida;
Tocan la playa sus piés.

Mas sopla el Este á deshora
Y amanece la difunta
Inmóbil bajo la punta
De una barca pescadora.

III

Por diferentes caminos
Y de region estranjera,
A la tranquila ribera
Llegaron dos peregrinos.

Al ver el cadáver yerto
Bajo el bote abandonado,
Los dos se arrojan, y á nado
Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por mas desierta,
En el arenosa escarpa,
Y al punto forman un arpa
Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,
No bien armados de prisa,
Ponen, de cuerdas á guisa,
Los destrenzados cabellos.

—Vamos al hogar cercano,
Puesto que boda hay en él,
Dijo al ayudante fiel,
Que era un jóven, el anciano.

Páranse junto á la puerta
Que, estando del mar enfrente,
Para dar paso á la gente
Quedado habia entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana
Sin que una nota se pierda:
Claro la primera cuerda
Dice "La novia es mi hermana."

Oyendo este són estraño
La novia inquieta se puso;
Clamó con aire confuso:
"El arpa cáusame daño."

Obedeciendo al hechizo,
Sonó la cuerda segunda
Diciendo en nota profunda:
"Morir la novia me hizo."

Y sintiéndose subir
La sangre toda al semblante,
Gritó la novia al instante:
"No quiero música oír."

En armonioso compas
Tercera cuerda decia:
"¡Cuánto á la novia queria!

¡No me callaré jamás!"

Y entonces, ardiente llama
Quemándola el corazon,
Perdida ya la razon,
Púsose la novia en cama.

Mas, dando el arpa sentida
Nuevas y estridentes notas,
Quedaron sus cuerdas rotas
Y la culpable sin vida.

1861.

LA VUELTA DE UNA MADRE.

Á MI AMADA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LA PAZ VILLAMIL DE ROA.

Va Pedro á una isla y hallando,
Despues de azares prolijos,
Faz hermosa y genio blando
En Berta, casó, mirando
Crecer en torno seis hijos.

Despues la peste arrebata
A Berta, y de tal herida
A Pedro el dolor no mata,
Y en su condicion ingrata
Del bien que perdió se olvida.

Vase á otra isla y en ella
Con nuevo himeneo sella
La interrumpida ventura;
La nueva esposa es muy bella
Con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar
No su compasion despierta
Ver cómo están á la puerta
Los seis niños sin jugar,
Pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita
Riñe á aquellas criaturas,
El blando colchon las quita,
Las deja solas y á oscuras
Y acalla á golpes su grita.

De hambre y de sed y de miedo,
Y tan lastimosamente
Que en ello pensar no puedo,
Sin agua, pan, luz ni gente,
Lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído
Materno llega en la fosa,
Y "Para verlos te pido
Licencia" en tono sentido

Decir á Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda
El Señor, y su demanda
Obtiene propicio fallo:
Que esté de vuelta le manda
Al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles piés
Del ataúd se levanta
Berta, y marchando al traves
De la campiña, la res
Huye y el mastin se espanta.

Hállase con la mayor
De las niñas en la puerta,
Y dícela con amor:
—"¿Qué estás haciendo despierta
Y así del frio al rigor?

¿Tus hermanos dónde están?
Vosotros sois el iman
Que aquí me atrae, hija mia."
Y la niña respondia
A tan cariñoso afan:

—"No sois mi madre; ella era
Alegre y blanca y rosada;

Vos sois pálida cual cera,
Y ni os sonreís siquiera,
Y la diestra os siento helada."

—"Posible no hubiera sido
Que alegre y bella me vieses,
Del alma objeto querido,
Cuando hace mas de ocho meses
Que en el sepulcro he dormido."

De la niña acompañada
Que la contempla asustada,
En el dormitorio entra,
Y en llanto la faz bañada
A los chiquillos encuentra.

Del uno el traje cepilla,
Peina al segundo el cabello,
Besa al otro en la mejilla,
Junto al jergon se arrodilla
En que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,
Toma al infante del lecho,
Le ciñe en abrazo estrecho
Y en su regazo le pone
Como para darle el pecho.

Manda llamar al marido
Con la niña; Pedro viene
Y está de terror transido;
Con la dulce voz que tiene,
Berta le dice al oído:

—"Pan, colchones y bujías
Para nuestras criaturas
Dejé, y sin comer los días
Pasan y las noches frías
Sobre la paja y á oscuras.

Si prolongas tu descuido
Y de nuevo, á su gemido,
Dejo mi ataúd desierto,
Que algun mal desconocido
Os sobrevendrá te advierto.

Mas canta el gallo y termina
El plazo que me fijara
La Omnipotencia divina."—
Dice, y al umbral camina
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,
De la aldea en los confines,
A los esposos el blando
Sueño interrumpen ladrando

Los alarmados mastines,

A los niños de comer
Llevan Pedro y su mujer,
Y con pavor se le junta
Ella, recelando ver
El alma de la difunta.

1861.

LA RESTITUCION.

Sus posesiones campestres
Mórten recorriendo va.
Cabalga en un potro, cabalga, y un dia
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó á la ermita su oro
Y al convento su corcel;
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan
No lejos, de tierra bendita en seis piés.

Iba Folmer á otro dia
Del llano al través, y vió
Que Mórten cabalga, que Mórten le sigue,
Y aquel se detiene, temblando y sin voz.

—Óyeme, le dice Mórten;
Depon tu miedo pueril;
No trato de hacerte, Folmer, daño alguno.
—Mas ¿cómo te acercas? ¡Tu entierro ayer ví!

—No es un proceso pendiente
Ni de riquezas la sed
Lo que háceme agora salir del sepulcro
Do entraron mis miembros cansados ayer.

De dos huerfanillas pobres
La reducida heredad
Uní yo á la mia por medios injustos,
Y Dios enojado me oculta su faz.

Antes de entrar á tu casa,
Folmer, á mi esposa dí
Que vuelva á esas niñas el campo de trigo
Plantado hácia el Norte, del bosque al confin.

Si te pide señas, dila
Que con luz y en vela esté
Orando en su alcoba, y allí dibujarse

Mi sombra esta noche verá en la pared.

—Restituido en la tarde
El campo, Mórten, será;
A fe de cristiano lo juro; ya puedes
Volver al sepulcro y en él descansar.

1861.

PODER DE LA MÚSICA.

De la selva en noche fria
Vuelve á su choza Gusmar:
Ni harina ni espigas de trigo halla en torno,
Y es fuerza á los niños hambrientos dar pan.

Pálido el rostro, á su entrada,
Se adelantan hácia él
Los tiernos gemelos, con voz suplicante
Diciéndole á un tiempo:—¿Nos das de comer?

—¡Nada traigo! ¡De nosotros
Dios se compadezca al fin!
El padre responde, y, oyendo esta frase,
Los cándidos niños replican así:

—Cuando en su ataúd llevada
Nuestra buena madre fué
Al valle sombrío cercano á la iglesia
Y allí la enterraron tres dias va á hacer;

De pan nos diste un pedazo
Que el lloro tuyo ablandó.
¿Era ese mendrugo, acaso, el postrero?
—¡Ni un haz de mi leña vender pude hoy!

El Señor tendrá mañana
De sus criaturas piedad.
¡Oh si yo mis fuerzas prestaros pudiese!
Viendo un arpa antigua, les dice Gusmar.

Descuélgala, y, de sus cuerdas
Al oír la dulce voz,
Sus quejas suspenden los niños, y á poco
Sincera alegría su faz animó.

La suya Gusmar desvia
Su llanto para ocultar;
Toca un són alegre; bailando los niños

Se agitan y cansan; dormidos ya están.

Al verles, el padre esclama
Junto al mísero jergon:
"¡Salud del que pena, refugio del pobre,
Arranca en mis hijos su presa al dolor!"

Y de Gusmar la plegaria
Oída en el cielo fué:
El dia amanece; mas duermen los niños
De Dios en el seno, sin hambre ni sed.

1861.

LA PAZ DEL ALMA.

Del arroyo sentada en la ribera,
Baña en la clara linfa el pié desnudo
Jóven gentil, y dícela parlera
Un ave, suspendiendo el vuelo rudo:
—Puesto que aquí te bañas,
No agites con tu planta el arroyuelo,
Que si su espejo cristalino empañas
No se verá ya en él límpido el cielo.

Anegados en llanto alza los ojos
Ella hácia el ave, y tímida responde:
—No que la linfa enturbie te dé enojos;
De nuevo quedará limpia y serena.
Mas ¿por qué, si me viste en otros dias
Junto al pastor en la pradera amena,
Solícita cual hoy no le decias:
"No la quietud alteres de su alma,
Que, trocado una vez tu amor en hielo,
Siempre verá, sin recobrar la calma,
Turbias las fuentes y anublado el cielo?"

1861.

EL EPITAFIO.

De ver á su prometido
Rosa la gentil regresa:
Como las del prado trae
Rojas las manos pequeñas,
Y su madre la pregunta:
—¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
Y "las espinas me hirieron"
Ruborizada contesta.

Torna de ver á su novio
Segunda vez la doncella:

Más rojos que de costumbre
Sus labios la madre encuentra.
—¿A qué se debe, hija mia?
—Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la jóven
Viene por la vez tercera,
Y más que rosa parece
Por lo pálida, azucena.
—¿Qué te pasa, pobre niña,
Que estás como blanca cera?
—Madre, haz cavar una fosa
Y mi cadáver entierra;
Pon una cruz en mi seno
Y estas palabras en ella:
"Un dia volvió á su casa,
Rojas las manos pequeñas
Porque su novio estrechólas
Entre las suyas con fuerza.
Volvió á su casa otro dia,
Los labios como cerezas
De ósculo dulce al contacto
Que consentir no debiera.
Volvió á su casa mas tarde,
Pálida como una muerta,
Porque el mozo á quien amaba
La olvidó." ¡Pobre doncella!

1861.

EL GUANTE.

(SCHILLER.)

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON FELIPE ESCALANTE.

Frente á la arena do los leones
A trabar lucha terrible van,
Bajo la sombra de sus pendones
Entre los nobles está el rey Franz.
Y en elevados palcos brillantes,
A los dos lados del rey, se ven
Mujeres bellas muy elegantes,
Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:
Puerta de hierro cruge y se abrió,
Y asoma impávido y se adelanta
Del circo al centro grave leon.
Mira á la gente de espanto llena,
Abre la armada boca, y despues
Sacude altivo su gran melena
Y échase en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla,
Cruge otra puerta con duro són:
Tigre de oscura piel y amarilla
Súbito salta frente al leon.
Con furia horrible brama y atruena
El gran palenque do va á luchar:
La cola agita y en el arena,
Cual la otra fiera, llégase á echar.

Hace el monarca señal tercera,
Y dos leopardos con rapidez
Salen del fondo de la leonera
Y sobre el tigre dan á la vez.
La lucha dura sólo momentos:
El tigre presto los llega á asir,
Y los leopardos corren sangrientos
A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano

Pequeño guante se desprendió:
Del palco quieren asirlo en vano,
Que entre las fieras al fin cayó.
La dama altiva dijo á su amante:
"Si tan heróico vuestro amor es,
Bajad al circo, mi blanco guante
De entre las fieras á recoger."

El caballero con faz serena,
Tranquilo paso, firme ademan,
Desciende y huella la roja arena
Donde las fieras rugiendo están.
De terror llena, la gente calla;
Mas ve al apuesto jóven gentil
Alzar el guante, ganar la valla,
Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,
En dulce llama de eterno amor
La noble dama sintió que ardía:
Con rostro afable le recibió.
Mas él al rostro la arroja el guante;
Y al alejarse, con altivez
"Busca—la dijo—busca otro amante
Que necio quiera tu esclavo ser."

1859.

EL CONDE DE HAPSBURGO.

(SCHILLER.)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,
En medio á los nobles vestidos de gala,
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.
Se cubre la mesa de ricos manjares:
De largo interregno tras guerras y azares
La paz, la justicia, renacen desde hoy.

Varon respetable del Rhin palatino
Los platos le sirve, y escancia al rey vino
Un príncipe eslavo en copa gentil.

Rindiendo al monarca respetos y honores
Están á sus lados los siete electores,
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla á los gritos de inmenso contento
Que lleva á la sala confusos el viento,
El són de la ronca trompeta marcial.
Cesó ya el imperio feroz de la espada;
Respira la tierra; se ve rescatada
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,
Al pueblo y los nobles miró el soberano
Y, afable el semblante, así les habló:
"Espléndida fiesta mi trono inaugura,
Y en ella de dicha insólita y pura
Se siente inundado mi real corazon.

"Mas no entre nosotros el bardo aparece
Que con sus cantares el júbilo acrece,
Al par que lecciones severas nos da.
Del gusto de oírle, que á todos prefiero
Desde simple conde, privarme no quiero
Agora que ciño diadema imperial."

Y he aquí que hasta el centro del coro brillante
De nobles y reyes, gentil el talante,
La lira consigo, llegó el trovador.

Envuelve sus formas un manto profuso;
La edad el cabello cual nieve le puso;
La luz del ingenio su frente guardó.

—"Encierra en sus senos del bardo la lira
La voz del contento, la voz que suspira,
Que enciende en amores, que exalta el valor,
Y á esferas remotas sublima las almas:
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?"

Rodolfo responde:—"No quiero dar leyes
Al bardo á quien oyen y acatan los reyes
E inspiran tan solo la luz, la verdad.
Es libre, espontáneo del bardo el acento
Cual trino del ave, cual nota del viento:
Cantad, buen anciano; teneis libertad."

Hiere el poeta las cuerdas
De su lira y esto canta:
"Iba persiguiendo al ciervo
Un noble por la montaña.

"Palafren de largas crines
Blanco y erguido montaba:
Paje que venablos lleva
Le sigue á corta distancia.

"Al encaminarse al valle,
La nota argentina y clara
Oyó de una campanilla
Que al lejos suena con pausa.

"Venerable sacerdote
Revestido de su alba,
Lleva el Viático á un enfermo
Infeliz de la comarca.

"Se quita el sombrero el conde
Y del caballo se baja,
Y se arrodilla devoto
Adorando la Hostia Santa.

"Corria al traves del valle,
Entre los juncos y zarzas
Que sus márgenes coronan,
Arroyo de turbias aguas.

"El sacerdote en la orilla
Detiene un punto su marcha;
Recoge el talar vestido
Y sus piés luego descalza.

—"¿Qué vais á hacer?—dijo el conde,
No sin sorpresa mezclada
De respeto.—A un moribundo

Llevo el manjar de las almas.

"La recia avenida el puente
Destruyó en la madrugada:
Voy á atravesar el rio
Por esta parte mas baja.

"Su caballo el conde acerca
Y hace con dignas palabras
Que lo acepte el sacerdote
Y parta en él sin tardanza.

"Mientras, el noble piadoso,
Con agilidad estraña,
El potro del paje monta
Y en pos de fieras se lanza.

"Llama el cura á su castillo
A la siguiente mañana;
El corcel consigo lleva;
Las riendas de seda y plata

"Pone en las manos del noble
Y agradecido le habla;
Mas éste dice al instante:
—No quiera Dios que en la caza

"Vuelva á usar irreverente

O en el campo de batalla
Palafren que ha conducido
Tan alta y divina carga.

"Si guardarlo no quereis
Para vos en vuestra cuadra,
Empleadlo en el servicio
Del culto en estas comarcas.

"Yo á mi Criador lo ofrezco
Por quien tengo dichas altas,
Salud, riquezas, honores,
Cuerpo, aliento, vida y alma.

—"El Ser Supremo que escucha
Del mendigo la plegaria,
En ésta y en la otra vida
Os dé merecida paga.

"Sois un señor poderoso
Conocido en las montañas
Por vuestra bondad: seis hijas,
Tipo de belleza y gracia,

"El cielo os dió. ¡Puedan ellas
Traer un dia á vuestra casa
Seis coronas cuyo brillo
Dure en épocas lejanas!"

El cántico escucha Rodolfo; su frente
Se inclina hácia el pecho: pensó vagamente
En cosas y dias de un tiempo que fué.
Con ojos atentos al bardo examina,
La luz del recuerdo su mente ilumina,
Y en él al ministro católico ve.

Conmuévese entonces hallando el sentido
De aquesas palabras que ya se han cumplido,
Y lágrimas dulces inundan su faz:
Y miran los nobles en este monarca
Que cetros, coronas y dichas abarca,
Premiada del conde la antigua piedad.

1859.

EL CÁNTICO DE LA CAMPANA,

POR SCHILLER.

EL CÁNTICO DE LA CAMPANA.

"*Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.*"

De arcilla es el molde y en tierra está listo;
Fundida sin falta queda hoy la campana.
¡Valor, compañeros, y á la obra! Se gana
Con ella, si buena resulta, honra y prez;
Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,
Preciso es que el cielo su ayuda nos dé.

A la séria labor que preparamos
Grave conversacion mezclar conviene,

Que el trabajo con útiles discursos
Se facilita más y se hace alegre.
Considerémos, pues, los resultados
De lo que intenta nuestro esfuerzo débil,
Que aquel que no medita sus empresas
La estimacion del sabio no merece.
Dado le ha sido el pensamiento al hombre
Porque su diestra rija inteligente,
Y en tanto que los brazos ejecutan
El ánima inmortal dormir no debe.

Para que la llama suba en remolino,
Tomad anchas rajas de leña de pino
Y el horno encendido con ellas cebad.
Si el fuego es mas vivo, hará hervir el cobre;
Al punto el estaño mezcladle, y se obre
La liga segura de todo el metal.

Esa campana que á fundir hoy vamos
Con ayuda del fuego y en el seno
De la tierra, ha de dar, puesta en la torre,
Fiel testimonio del trabajo nuestro.
Allí habrá de sonar años tras años;
Generaciones cien oirán su acento
Llorando con los tristes y afligidos
Y con los fieles implorando al cielo.

Cuanto la suerte vária nos destina
A los hijos de Adan perecederos
Conmoverá su reluciente borde,
Hará vibrar sus toques á lo lejos.

Burbujas blanquizcas ya surgen; la masa
Se funde. ¡En buen hora! Dejad que penetre
De parda ceniza en ella la sal,
Que así se derrite mas pronto; y, en suma,
Será, si al fluido quitais toda espuma,
Mas limpia y sonora la voz del metal.

Con acento solemne de alegría
Saluda la campana al nuevo infante
Que del materno seno, adormecido
A los trabajos de la vida sale.
Aun le oculta con velo misterioso
El porvenir las dichas y pesares
En su destino inscritos; su primera
Edad vigila cariñosa madre.
Pero con rapidez huyen los años
Como la flecha que del arco parte;
Ufano deja á la inocente niña
Que al par dél ha crecido en sus hogares;
Se precipita impetuoso y ciego
De la existencia en la corriente fácil,

Y con ferrado báculo visita
En su incansable afan tierras distantes.
Torna estranjero á la paterna casa
Y sale á recibirle á los umbrales,
Encantadora jóven pudorosa
De dulces ojos, celestial imágen,
La que asistió á sus juegos infantiles
Y él dejó niña aún al ausentarse.
Vago y sin nombre entonces un deseo
Se apodera de su alma; los lugares
Donde se juntan sus hermanos huye,
Lágrimas vierte y la razon no sabe;
Sigue con turbacion las huellas breves
De la jóven gentil, y en hondos valles
Corta para ella flores, anhelando
Que con sonrisa blanda se las pague.
¡Oh deseo sin par! ¡Grata esperanza!
¡Oh del primer amor dias fugaces!
Abierto el cielo está y el alma boga
De dicha pura en infinitos mares.
¡Oh si esas flores del amor primero
Cuanto esquisitas son fuesen durables!

Mas ya se ennegrece la vasta caldera;
Si sale vidriada aquesta varilla,
Convendrá al fluido quitar la barrera;
Vamos, pues, y alerta, obreros, estad:

Si se ha consumado ver antes importa
La liga del dulce y el fuerte metal.

La dulzura y la fuerza combinando
Y la severidad y la ternura,
La armonía de amantes corazones
Que une sagrado vínculo, resulta.
Para enlazarse los esposos deben
Examinar sus cualidades mútuas,
Que pasa la ilusion en solo un dia
Y eternamente el desengaño dura.
¡Cuán bien está la virginal corona
De albo azahar, que el céfiro perfuma,
Sobre el cabello de la novia cuando
La bendicion nupcial el bronce anuncia!
¡Ay! La fiesta mas bella de la vida
Es de su abril risueño la hora última,
Y con el velo y ceñidor se alejan
Ilusion y pasion, pálidas brumas.
Quede el amor y, pues las flores mueren,
Alcance el fruto madurez segura.
Fuerza es ya que el varon con firme planta
Siga á lo largo de escabrosa ruta;
Fuerza es que obre y combata, críe y siembre,
Por medio del esfuerzo y de la astucia
Y en su estrella fiado y en su audacia,
Quedando vencedor de la fortuna.

Fluyen bienes entonce en torno suyo;
El don preciado en el granero abunda,
Sus dominios se ensanchan á lo lejos,
Da á la antigua mansion nueva estructura.
Reina en ella la madre de sus hijos,
Vaso de amor y de prudencia suma,
Que á las dóciles niñas alecciona
Y al mozuelo gentil riñe y educa.
Incansable y solícita, acrecienta
Con su espíritu de órden y cordura
El bienestar de la familia; en arcas
De oliente cedro sus tesoros junta;
Devana el hilo y da al vellon cortado
De crespa lana sin igual blancura,
Lo que útil es á lo vistoso uniendo
Sin que ociosas sus manos estén nunca.

Desde alto mirador que la comarca
Domina en torno, el propietario juzga
De su heredad inmensa la riqueza,
Y orgullo y esperanza en ella funda.
Vé cuál crecen los árboles y al peso
Doblan sus ramas de sabrosas frutas;
Sus trojes ve que la cosecha guardan,
Sus mieses ve que con la brisa ondulan,
Y esclama entonces engreido y ciego,
Con alegría y vanidad profunda:
"Como los fundamentos de la tierra

Es firme y permanente mi fortuna,
Y los bruscos embates desafia
Del huracan de la desdicha ruda."
Mas contra los rigores del destino
No hay pacto eterno, y su segur injusta
Nuestra felicidad rápida abate
Dejando al corazon mortal angustia.

La escoria se aparta del limpio fluido;
Al punto podemos el dique romper.
¡De estar con nosotros Dios sea servido!
Envuelto entre nubes de negra humareda,
En ondas el bronce, cual rio encendido
Corriendo hácia el molde, flamígero ved.

Util y noble es el poder del fuego
Cuando lo rige el hombre y lo domina,
Y las mejores obras que ejecuta
Son á esa fuerza celestial debidas.
Mas si rompe terrible sus prisiones
Con ímpetu fatal se precipita,
De la naturaleza hijo salvaje,
La destruccion causando y la ruina.
Si de obstáculos libre se derrama
Por las pobladas calles de la villa,
Cual cabellera al viento, en espantoso

Incendio repentino, atroz desdicha!
Que es la accion de los ciegos elementos
De la obra de los hombres enemiga,
Y de la propia nube que los campos
Con bienhechora lluvia fertiliza,
El flamígero rayo se desprende
Cuyo terrible estrago nadie evita.
¿Oís tocar á fuego las campanas?
Alumbra el cielo claridad rojiza,
Y ese color de sangre que lo cubre
No es precursor del venidero dia.
¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapores
En la pesada atmósfera! Distinta
Aparece la llama, en remolino,
Por las angostas puertas que derriba,
Lanzándose á los cielos y arrojando
De trecho en trecho voladoras chispas,
Y en estension é intensidad creciendo
Con la velocidad del viento misma.
Cual la boca de un horno el aire quema,
Tiembla el piso, despréndense las vigas,
Las vidrieras estallan, y las madres
Corren oyendo el llanto de sus hijas,
Y en el establo ya incendiado braman
La pobre vaca y la asustada cria.
Todos su salvacion buscan; la noche
Con luz que la del sol más fuerte, brilla:
Cubos y cuerdas van de mano en mano,

Lanza la bomba el agua en curva altísima.
Mugiendo el aquilon llega y la llama
Hace ondular y con su soplo aviva;
Cunde el fuego en las mieses allí juntas
Y del granero la pared calcina;
Trepa á los techos y triunfante brota
Con ronco estruendo y llamarada activa,
Cual si en su impulso aterrador quisiera
Llevarse el suelo á la region vacía.—
A la esperanza ajeno, cede el hombre
Del enojado cielo ante la ira,
Y lleno de estupor cruza los brazos
De su heredad mirando las cenizas.
Son ya los restos del hogar antiguo
Mansion de vientos, y el terror habita
De las ventanas en los negros huecos,
Y sobre el vasto escombro el humo gira.

A la tumba que guarda su fortuna
Da otra mirada el hombre todavía,
Y resuelve alejarse, y del viajero
El ferrado bordon toma en seguida.
Graves son del incendio los desastres,
Mas consuelo gratísimo le anima:
Contó los seres que le son queridos
Y uno solo nó falta en la familia.

Ya el molde está lleno. ¿Saldrá la campana
Perfecta, premiando así la labor?
¡Si obstáculo el bronce halló en su camino!
¡Si el molde se ha roto! Ya el mal sobrevino
Tal vez, y esperamos el bien con fervor!

La obra de nuestras manos confiamos
A las entrañas hondas de la tierra:
El labrador su grano deposita
Con el anhelo de feraz cosecha;
En la tierra semillas sepultamos
De mucho mas valor, en la creencia
De que se habrán de alzar del negro féretro
A vida mas feliz que la primera.

Tristes dobles repite la campana
En la elevada torre de la iglesia
Para anunciar el paso del viajero
A quien al postrimer asilo llevan,
Y acompañar los funerales cantos
Del sacerdote, orillas de la huesa.—
Es la querida esposa, la fiel madre
Arrebatada por la muerte fiera
A los amantes brazos del esposo
Y al blando halago y las caricias tiernas
De los infantes que llevó en el seno
Y alimentó á sus pechos dulce y buena.

¡Ay! que tan fuertes lazos quedan rotos
Y habita del sepulcro en las tinieblas
La vigilante madre de familia
Que á su afan y su amor nunca dió treguas;
Y á su desierto hogar vendrá una estraña
A regir á los niños con dureza!

Mientras la fundida campana se enfria,
Cada cual descanse del afan del dia,
Así como el ave que torna al verjel.
Es al jornalero señal de alegría
La luz de la estrella; en cuanto al maestro
Ni un punto sosiega; velando está fiel.

Por llegar á su casa el caminante,
De la selva al traves, aviva el paso;
La juguetona oveja, el buey tardío
Y el toro bramador van al establo.
Con alta cumbre de dorada espiga
Pesado y vacilante avanza el carro;
Orla de flores en los haces puesta
Anuncia de la siega los trabajos,
Y acuden los alegres labradores
A la festiva danza allá en el campo.
En las plazas y calles el silencio
Al bullicio sucede acá en poblado,

Y en cada hogar, y de la luz en torno,
La familia se junta en ocio grato.
Sobre los gonces de macizo hierro
De la ciudad las puertas ya giraron.
Velo de oscuridad la tierra cubre;
Mas la noche, que en vela tiene al malo,
Al vecino pacífico no asusta,
Que alerta la justicia queda en tanto.

¡Orden, del cielo emanacion bendita!
Formas libres uniones, nobles lazos;
De las ciudades el cimiento echaste,
Las selvas á dejar moviste al bárbaro.
Entras en la morada de los hombres
Y sus costumbres vas dulcificando,
Y haces que en todos ellos uno sea
De la patria comun el amor santo.

Obran por tí de acuerdo y se sostienen
En la mútua labor mil y mil brazos,
Y se despliegan las humanas fuerzas
Todas en movimiento combinado.
Siguen, de libertad bajo la egida,
En su tarea maestros y operarios,
Contento cada cual con su destino,
El desden del ocioso despreciando.
De ciudadanos el trabajo es honra
Y la prosperidad lo premia al cabo:

Si el rey su dignidad con gloria lleva,
Gloria su condicion dá al artesano.

¡Dulce y amada paz, union dichosa!
Siempre permaneced á nuestro lado,
Y nunca llegue el borrascoso dia
En que tropel de gentes sanguinario
Atraviese este valle, y en que el cielo,
Hoy teñido de púrpura al Ocaso,
La luz refleje del incendio horrible
Que en ciudades y pueblos halla pasto.

Perfecta la obra, premiado el trabajo,
Los ojos y el alma se alegren al ver!
Ya el molde ha servido; hiéralo el martillo,
Hiéranlo sus golpes rudos de alto abajo:
De nuestra campana para ver el brillo
Preciso es que rota la envoltura esté.

Con hábil mano, en el momento dado,
Romper sabe el maestro el fuerte molde;
Mas ¡ay si lo quebranta por sí mismo
Y en rio ardiente se derrama el bronce!
En su ciego furor tronando estalla,
Siembra la destruccion por donde corre,
Y de volcan cual encendido cráter

Llamas que dan horror vomita entonces.
Allí do reinan las brutales fuerzas
Obra cabal no es dado que se logre;
Ni el bienestar subsiste entre los pueblos
Si el yugo por sí mismos ellos rompen.

¡Ay si de tiempo atras arde la chispa
En el seno de vastás poblaciones
Y si la turba, destrozando el freno,
Se entrega á sus instintos destructores!
Ya del cordon de la campana asida,
En ella de rebato ensaya el toque,
Trocando así de muerte en instrumento
Lo que de paz con miras construyóse.

"¡Libertad, igualdad!" Estas palabras
Por do quiera resuenan, y los hombres
De carácter más blando ármanse luego:
Puebla las calles multitud innoble,
Y aterradoras bandas de asesinos
De estremo á estremo la ciudad recorren.
En hienas convertidas las mujeres,
De la lid toman parte en los horrores;
Con los dientes el pecho del vencido,
Gozándose en el mal, rasgan feroces.
Nada es sagrado ya; todos los lazos,
Todo recato púdico se rompen;
Al malvado su puesto cede el bueno,

Alta el crímen la frente, asesta el golpe.
Terrible es el leon cuando despierta,
Y la boca del tigre espanto pone;
Pero nada semeja al sér humano
De su delirio en la funesta noche.
¡Mal hayan los incautos que á este ciego
Tea brillante dan! Sus resplandores
Él no aprovecha, y en sus manos puede
Incendiar las ciudades y los montes.

Dios ha bendecido la obra de mis manos;
Ved cómo aparece, cayendo la arcilla,
La oculta campana; vedla cómo brilla
De arriba hasta el borde, luciente cual sol:
Ved cómo el escudo salió claro y limpio,
Señal de que el molde tuvo perfeccion.
Venid, compañeros, poneos en torno.
¡Ea! ¡A bautizarla! ¡Concordia se nombre!
¡Jamas sus tañidos convoquen al hombre
Sino para fiestas de paz y de amor!

Que por su propio artífice ella sea
A tan noble destino consagrada.
De la terrestre vida puesta encima,
Bajo el azul del cielo soberana
Se ha de mecer, á la region del trueno

Y á los brillantes astros inmediata.
Será su voz armonïosa y grave
Cual la de los planetas que en su marcha
Por el inmenso espacio, el curso arreglan
Del año, y al Criador juntos alaban.
Que su labio de bronce no se ocupe
Sino de cosas útiles y santas,
Y á cada hora el fugitivo tiempo
Lo hiera con el golpe de sus alas.
Que, á sentimiento ajena, fiel anuncie
Los accidentes de la vida humana;
Y que repita á nuestro oído siempre
Que todo acá en la tierra en breve pasa,
Como el acento suyo, no bien vibra,
Se apaga y muere en las regiones altas.

Ahora por medio de cables robustos
La nueva campana saquemos del foso;
Que ascienda á los aires y en són majestoso
Infunda alegría al campo y ciudad.
¡Dóblese el esfuerzo! ¡Mirad, ya se mueve!
¡Ya crugen los cables! ¡Ya sube triunfante!
¡Su acento primero resuene al instante,
Consigo á los pueblos trayendo la paz!

1860.

EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

"Quoniam mille anni ante oculos tuos, tanquam dies hesterna quæ præteriit."

"Porque mil años son ante tus ojos como el dia de ayer que ya pasó."

SALMO LXXXIX, V. 4.

I

Los monasterios antes de la reforma.—
El hermano Alfeo.

¡Augusta antigüedad! ¡Serenos dias
En que su acento la impiedad no alzaba!
De la Germania en los inmensos bosques
O en el centro de fértil eminencia,
Santo refugio de las almas pías,
Do quiera un monasterio se elevaba
Dando abrigo al dolor, pasto á la ciencia.
Las inocentes pasajeras aves
Sobre la cruz del campanario altivo
El vagaroso vuelo suspendian,
Y sus trinos suaves

Desde la celda silenciosa oían,
Dados á la oracion, los monjes graves.

Cerca de Olmutz con ellos vive Alfeo:
De alma sencilla y corazon ardiente,
Ahogó temprano el terrenal deseo
De amor y gloria, y en el claustro frío,
Por alcanzar el cielo, penitente
Entró de su existencia en el estío.
Tal vez allí le persiguió importuna
La memoria, poniendo ante sus ojos
Sus faltas juveniles una á una;
Mas el estudio y la oracion vinieron
Nueva ayuda á prestar al monje santo,
Y el tiempo su carrera siguió en tanto
Y sus cabellos blancos se pusieron.
Y entonces, viendo el tentador dañino
Que sus antiguas armas, embotadas,
Herir no pueden la virtud del monje
De afectos terrenales ya desnuda,
Se apoderó de su ánimo sencillo,
De la fe pura oscurecióle el brillo,
Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adios los bellos apacibles dias
En que, al templado rayo de la aurora
O de la tarde en la serena calma,
Las cumbres eminentes, las sombrías

Grutas, la fuente límpida y sonora,
Llena de paz y regocijo el alma,
Ha visitado Alfeo
Elevando su espíritu, á la vista
De maravilla tanta
Sobre las alas de inmortal deseo!
Si por el bosque vaga, le conturba
El susurro del viento entre las hojas:
Quiere huir de sí mismo
Y, acosado de inútiles congojas,
Ve siempre ante sus ojos un abismo.
La nave de su espíritu ligera
Perdió el áncora santa
Que fija en el Señor la mantuviera;
Suelta discurre, el vendaval azota
Con furia sus costados,
Y por lóbregos mares irritados
Cual pluma va, desmantelada y rota.

Empero la purísima centella
Que escondida en su sér quedado habia,
Fué en sus tinieblas la benigna estrella
Que iluminó la abandonada via.
Volvió á su Dios el alma
Y acató sus designios reverente:
Vana llamó la ciencia y en el polvo
Humilló en su dolor la calva frente.
Recurre á la oracion y prosternado

Al pié de los altares, ve cuál huyen
La noche, el alba tarda,
Y en el mismo lugar la noche aguarda.
El tentador en sus ataques cede:
Ya la inquietud del monje se limita;
Sabe que Dios tranquilizarle puede,
Que su misericordia es infinita.

II

Dudas y temores de Alfeo.—Escursion matinal.

"Si es condicion de nuestro sér mezquino
La variedad en todo; si lo bello
Pierde su encanto á la cansada vista;
Si no hay afecto noble y peregrino
Que de los años á la accion resista;
Si hostiga cuando suena de contino
Música dulce que el oído halaga,
Y el sazonado y oloroso fruto
Que el árbol de mi huerto da en tributo,
A fuerza de gustarlo me empalaga;
Si es condicion de nuestro sér—repito—
La variedad en todo, ¿es dado acaso
Gustar siempre la dicha que en el cielo
Se nos dará por término infinito,
Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?"

Esto el hermano Alfeo
A solas meditando se decia,
Y su turbado espíritu añadia:
"No es posible gozar la dicha eterna
Pues que de cambios solo el alma vive;
Mas de esa dicha la promesa santa
Que constancia y valor al justo inspira
¿No se habrá de cumplir? ¿Será mentira?
¡La eternidad! ¡La eternidad me espanta!"

He aquí cómo, venciendo
Una tras otra sus antiguas dudas,
Ya serenada casi la tormenta,
Se alza esta duda siendo
Fuente abundosa de congojas rudas
Que allá en su pobre corazon revienta.
Cierta mañana intenta,
Por mitigar su angustia,
Salir el monje á los vecinos prados:
Vedle cuál va por el sendero amigo
Con los brazos cruzados,
Inclinada hácia el pecho la faz mustia,
Llevando siempre su dolor consigo.
Era la alegre hora
En que, asomando tras cortadas nieblas,
Disipa ya las últimas tinieblas
De la noche sombría
La deseada aurora,

Tierna amante del sol, madre del dia.
Bañan sus rayos puros
Con luz rosada el campanario altivo,
Las puertas santas y los pardos muros
Del convento de Olmutz, y allá á lo lejos
Brillan con sus reflejos
El alto roble y el copado olivo.
Pone sus tristes ojos
El monje en el variado panorama
Que en derredor naturaleza ostenta
Del sol de Mayo á la brillante llama.
Oye el dulce concierto de las aves,
Oye el rumor del ondeante río,
Siente las alas de la brisa puras,
Y no acierta á romper las ligaduras
Con que le oprime su incesante hastío.
Esos robustos árboles, el manto
Siempre azul de los cielos,
De las aves alígeras el canto
Y de la niebla los bordados velos
Con que se visten los profundos valles,
Y la sin par belleza
Con que en sus mas recónditos detalles
Aparece al mortal naturaleza,
Perdieron para el monje todo encanto.
¡Ay! en aquella hora
¡Cuánto se acuerda, cuánto
De los felices pasajeros dias

En que todo propicio,
Manantial de perpetuas alegrías
Era á su corazon, cuando novicio!
Los intrincados bosques, las corrientes
De agua pura escondida, la flor bella,
Los olorosos frutos que en Octubre,
De la rama pendientes,
Do quiera el ojo atónito descubre,
¡Qué placer en el ánima ponian!
Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera
La novedad se lleva de las cosas;
Desaparece la beldad primera
De aquellas que creímos
Eternamente hermosas;
Y al oído y la vista, en fuerza acaso
De la odiosa costumbre,
Ronco á ser llega el cántico del ave
Y pálida del sol la viva lumbre.
Y si aquesto acaece en nuestros años
Breves y pasajeros,
¿Qué habrá de ser allá en la eterna vida,
Ni cómo á un mismo favorable goce
Habrá de mantenerse el alma asida?
¿Cómo no ha de acosar insomne hastío
Al justo én las mansiones do le guardas
Por una inmensa eternidad, Dios mio?

III

Continuacion del paseo del monje.—El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo
Que en tales reflexiones abismado
Prosigue solitario su paseo,
Por el oscuro bosque deja el prado;
Deja tras sí las conocidas sendas,
De vista pierde el campanario altivo,
Y sin objeto y al azar camina
Por la selva vecina,
Muerto á la fe y á sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares
Que acaso nunca visitó: á los lados
De la vereda que transita el monje,
Pinos gigantes, cedros seculares
Alzarse vió, y á sus robustos troncos
Enlazarse la hiedra enamorada,
Y sus hojas tupidas
Tejer fresca enramada
Al insecto y las aves escondidas.
El sonoro arroyuelo
Que allá discurre por la verde alfombra
Del árbol se oscurece con la sombra,

O bien su espejo claro presta al cielo.
Pero ¿dónde belleza igual habria
A la de aquellas flores
Que en su estension la selva contenia?
¿Dónde colores hay cual sus colores?
¿Dónde perfumes hay cual su perfume
Que vuela en alas de la brisa amiga
Y al encantado Alfeo
Presta nuevo vigor y no le hostiga?
Jamas lo que antes viera
Le pareció tan bello: su mirada
Del monte á la pradera
Discurre estasïada,
Y, por gozar mejor de aquel contento,
Sobre roca de musgo tapizada
El entusiasta monje toma asiento.

....

Y de la copa de árbol vecino
Eleva un ave sonoro trino:
Llena las selvas su grato acento;
Por donde quiera repite el viento
La dulce voz;
Cara á las almas cual la memoria
Del bien perdido, cual la esperanza
De goces puros que allá en la gloria
Tan solo el justo varon alcanza,
Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante
Cuando tranquilo duerme en su cuna,
Ni el són del remo sobre el brillante
Plácido espejo de la laguna
Pueden llegar
A lo suave de aquel sonido,
De los mortales jamas oído
En bosque ó prado, valle ni loma,
Y que adormece como el aroma
Del azahar.

No hay voz humana ni melodía
Que con sus notas conmueva tanto
Como las notas que oír hacia
El ave aquella, siguiendo el canto
Que comenzó.
Ciencia y virtudes, dicha sin tasa
Recibe el hombre que, por ventura,
El linde santo del bosque pasa
Y oye asombrado la igual dulzura
De aquella voz.

Ninguno empero; tan solo Alfeo
La oyó, sentado sobre la peña:
Ni sabe el monje si, en su deseo,
Tamaña dicha su mente sueña.
¡Monje feliz!
Él no se cansa de oír al ave

Si bien el canto divino dura;
Y abre sus labios el monje grave
Y en suplicante tono murmura,
Mirando al ave que vuela esquiva:
"Mientras yo viva
Cántame así!"

. . . .

"¡Cielos!—clamó, como al volver de un sueño
Breve y dichoso, el monje—¿qué me pasa?
¿Por qué el canto cesó? ¿Qué canto es este
Que al alma torna la quietud perdida,
Y que con gusto sin igual oyera
Hasta el último aliento de mi vida?"
Alzase de la roca donde estuvo
Sentado, y luego advierte
Que de sus miembros, vigorosos antes,
La fuerza varonil huyó de suerte
Que sus piernas flaquean
Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.
Con pasos vacilantes,
La vista oscura ya, tardo el oído,
En su nudoso báculo apoyado,
Y el ánimo con sueños distraido;
Despues de haber errado
Por las diversas intrincadas sendas
De aquel sitio encantado
En donde oyó del ave el dulce acento,

Donde aspiró tan peregrino aroma,
El religioso toma,
No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla!
Del sendero que sigue silencioso
Vió en una y otra orilla,
Al salir del convento en la mañana,
Arbustos pequeñuelos,
Y se han trocado en árboles frondosos
Cuyas cimas ya tocan á los cielos.
En un recodo del sendero, mana
De peñascos musgosos
Para el varon desconocida fuente;
Sobre el arroyo está que della nace,
Edificado un puente:
Rebaño de blanquísimas ovejas
Cerca del agua cristalina pace,
Y el pastor que las cuida
Al viento da las melodiosas quejas
De su flauta sentida.
Viendo al monje, suspende
La grata ocupacion y luego esclama
Interrogando á los demas pastores:
"¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?"
—"Es de Olmutz" le contestan; pero nadie
Al religioso anciano ha conocido,
Aunque al convento acuden dia por dia

Todos, y el nombre tienen
De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

IV

*Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—
Su muerte.*

De una en otra sorpresa
Camina el monje, de inquietudes vivas
Su acongojado espíritu hecho presa.
A la pradera sale
Que de la antigua iglesia al pié se estiende,
Y allí ¡doble misterio!
Luego hiere su vista y le sorprende
La nueva faz del santo monasterio.
De dobles dimensiones
La iglesia es ya, y en su redor se elevan
Modernas construcciones.
Los árboles pequeños han crecido,
Bañado el pié por arroyuelos mansos
Que aguas brillantes y sonoras llevan,
Gusto dando á la vista y al oído.
Ni siquiera existia
En el mismo lugar do estuvo siempre
La oscura aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada
Y llamó suavemente,
No sin notar que la campana era
De metal diferente,
Apareció desconocido lego
Que la verja de hierro abrió ligera.
—¿Qué es del portero Antonio? dijo luego
El monje anciano con temor y angustia.
Y, atónito mirándole, contesta
El lego entre confuso y altanero:
—¿Qué decís? ¡Buena es esta!
Jamás he conocido tal portero.
—¡Cielos! prorumpe estupefacto el monje:
¿El convento de Olmutz no es éste acaso?
¿No salí de mi celda esta mañana?
—Cinco años hace que conservo el puesto
En que me hallais, replica
El lego, y no ví monje que tuviera
Semejanza con vos grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,
Lleva asombrado en derredor los ojos:
Ve que pausadamente,
La cabeza cubierta
Con la capucha parda, sus hermanos
El silencioso claustro recorrian:
Él á llamarles por su nombre acierta;
Mas ¡ay! esfuerzos vanos!

Porque ellos á su voz no respondian.
Corre hácia donde están, y de uno en uno
Vióles la faz y conoció á ninguno,
Y esclama entonces: "¿Qué portento es este?
¡Pōr compasion miradme, hermanos mios!
¿Nadie me ha conocido antes de ahora?
¿Nadie se acuerda del hermano Alfeo?"
Al oír este nombre, un monje anciano,
El mas viejo de todos, dice: "Creo
Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano
Que se llamaba así: se complacia
En frecuentar la soledad augusta
De los vecinos bosques; era bueno
Y querido de todos; mas un dia
Salió del monasterio, cual solia,
A vagar por el campo, de la aurora
A los dulces reflejos;
Nadie á verle tornó; su fin se ignora:
Esto he oído contar á los mas viejos."

Oyendo tal discurso
Alfeo, lanza penetrante grito,
Las manos cruza y, prosternado en tierra,
Así esclamó con ánimo contrito:
"¡Oh Dios piadoso que mostrar quisiste
A mi espíritu flaco sus errores,
Cuando enojado viste
Que comparó las inmortales flores

De tu gloria infinita
Con las flores del mundo pasajeras
Que ajan los años y el dolor marchita!
Todo un siglo he pasado
Del santo paraíso al ave oyendo
Dulcísima y canora,
Y lo que á grato sueño fuí entregado
Estáme pareciendo
Que fué solo una hora!
¡Señor, te apiada de las culpas mias!
Lo que valen comprendo
De tu mansion las santas alegrías."

Dijo esto el monje y estendió los brazos
En direccion del cielo
Y, ya al romperse los vitales lazos,
Sus labios, yertos casi,
En señal de humildad puso en el suelo.
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;
Mas el ánima al cielo se levanta,
Y oye al ave que canta
Por una eternidad.... ¡Dichosa muerte!

1855.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

EN LA MUERTE DEL SR. D. MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,
Fama inmortal, le dieron su aureola:
Su vida se estinguió cual mansa ola
De la muerte al besar las playas frías.

Para ensayar sus santas melodías
Alimentó en su sér la llama sola
Que el alma fortalece y acrisola,
Cual un tiempo los labios de Isaías.

Guardó el sepulcro la materia impura,
Y allí la gloria y la amistad terrena
Palmas llevan y lágrimas de duelo.

Mas el alma con blanca vestidura
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena
Seguir cantando en la region del cielo.

1860.

LAS ESTACIONES.

En las alas del céfiro y en gayo
Ropaje envueltas de esmeralda y rosas,
Llévase Abril sus horas deliciosas
Y brilla en el zenit el sol de Mayo.

Al árbol y la res de su desmayo
Vienen á reponer lluvias copiosas;
Anéganse los prados y las fosas
Y en la ira de Dios se enciende el rayo.

Las negras uvas que la parra encubre
El labrador, con alegría interna,
Cosecha en las mañanas del Octubre.

Llega el invierno helado, y en alterna
Sucesion así el año nos descubre
Sombras y luz de mágica linterna.

1862.

Á PESADO.

No del rayo el fragor imita acaso
Tu lira, no; mas el rumor perene
De rio que del Ande al ponto viene,
Por selvas de laurel torciendo el paso.

Tu fama en su zenit, no tema ocaso
Mientras el eco de tu voz resuene;
Que al tono de Argensola unida tiene
La dulzura de Lope y Garcilaso.

Blanda y celeste música el oído;
Afecto el corazon; luz y sosiego,
Fe y esperanza el alma, te han debido.

Y muestra ufana al ítalo y al griego
América tu nombre, repetido
Del ronco Bravo á la region del Fuego.

1862.

IMITACION DE UN PENSAMIENTO DE JOHNSON.

Dispensa tu amistad al hombre fino,
Y si se estrecha y luengos años dura,
Hallas en sus modales la cultura
Con que por vez primera á hablarte vino.

Mas el necio enfadoso que te vea
De haberos conocido al otro dia,
Juzga que la llaneza es cortesía,
Te echa la mano al hombro y te tutea.

1861.

RECUERDOS DE UNA NOCHE DE ÓPERA.

Á LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LOS ÁNGELES GONZALEZ Y BOSSERO.

I

De gente el teatro mostrábase lleno;
Tu voz de contralto de aplausos un trueno
Que estalla y retumba, llegó á sofocar.
Así de las fuentes apaga el sonido
Con ronco bramido
Viniendo á las playas, indómito el mar.

Coronas el público
De amor en ofrenda
Te arroja, y tus sienes
Circunda el laurel.

Si te ha oído estático
¿Qué mucho que tienda
De mirtos y rosas
Alfombra á tus piés?

II

Tu cándido rostro cual luna serena,
Tus dulces facciones velar, de AZUCENA
Un punto consigue el raro antifaz.
Y á tal apariencia tu voz sobrepuja:
Si horrible es la Bruja,
Su voz melodiosa no tiene rival.

Así gime el céfiro
Y el agua murmura
En lecho de arenas,
Espejo del sol.
Y de liquidámbares
En fresca espesura
Lamenta sus cuitas
Así el ruiseñor.

III

Queriendo dar tregua del pobre á la pena,
Modesta y temblando saliste á la escena,
Y en ella tus trinos conquístanle el pan:

Y México, absorta, en tí mira en tanto
La Musa del canto,
El bien del que sufre, la misma Piedad.

Coronas el público
De amor en ofrenda
Te arroja, y tus sienes
Circunda el laurel.
Si te ha oído estático
¿Qué mucho que tienda
De mirtos y rosas
Alfombra á tus piés?

1861.

VERSOS

ESCRITOS PARA QUE CELEBRARAN EL CUMPLEAÑOS DE UNA HERMANA DE LA CARIDAD, SUS ALUMNAS.

I

ALOCUCION.

Hasta que el labio su existir proclama
No alientan satisfechos
Cariño y gratitud, si nobles pechos
Hacen arder en generosa llama.

Anhelan tus alumnas que en tu dia,
Con risa placentera
De sus afectos la espresion sincera
Puedas oír en la palabra mia.

De mi mano recibe, á nombre suyo,
Estos humildes dones
Con que sus conmovidos corazones
En elocuente idioma hablan al tuyo.

Flores son que, al influjo de las blandas
Lluvias y el sol de estío,
Nacieron hoy, como á tu ejemplo pío
Nacen á la virtud tus educandas.

Mientras su gala el tiempo no consume,
Simbolizan las flores
Tu dulzura y modestia en sus colores,
Tu ardiente caridad en su perfume.—

Así, propicio á nuestro voto, el cielo
Te prolongue la vida,
Haciéndote mayor la prometida
Gloria al dejar el miserable suelo.

Y antes que libertad cabal recobre
Tu alma, exenta de daños
Podamos aclamarte luengos años
Guía de la niñez, madre del pobre!

II

HIMNO.

CORO.

Sin término alarguen los cielos tu vida,
De enfermos y niños alivio y sostén;
Tu acento nos llama, tu diestra nos cuida,
Tu ejemplo nos abre la ruta del bien.

VOZ PRIMERA.

Somos tus humildes hijas
Cual plantas que á tu cuidado
Eficaz ha encomendado
El Señor en su heredad;
Para que produzcan frutos
A su Eterno Padre aceptos,
Al riego de tus preceptos
Y al sol de tu caridad.

VOZ SEGUNDA.

Al ver cómo tal encargo
Cumples con sublime anhelo,
Te sonríe desde el cielo
Nuestro Santo Fundador;

Y te bendice y esclama
Con voz que llega á tu oído:
"Hallarás premio subido
En el seno del Señor."

1862.

LA NAVE DE SAN PEDRO.

Boga en oscura noche la barquilla,
Ruge la tempestad y airado el viento
La onda subleva en ímpetu violento,
A la luz del relámpago que brilla.

De terror llenos, mas con fe sencilla,
Los pescadores en aquel momento
Despiertan á Jesus: habla, y su acento
Enfrena el huracan, la mar humilla.

Salva la Nave ha sido y vencedora,
Desde tan cruda noche en Tiberiades
Hasta el deshecho temporal de agora.

Y surcando entre nuevas tempestades,
Lleva á la eternidad su firme prora,
Triunfante del error y las edades.

1860.

RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO.

Ante Jesus postrado y con fe cierta,
La salud de su hija agonizante
Jairo le pide, y en aquel instante
Viene un mozo á avisar cómo ya es muerta.

La nueva al tierno padre desconcierta,
Pero Jesus le anima y va delante:
Oye en la casa lloro penetrante,
Y ve á los tañedores á la puerta.

"Duerme tan solo" dice, y llega al lecho
Do la agostada flor yace tendida,
Marfil la faz, sin respirar el pecho.

Y manda, y, á su acento estremecida,
Se alzó la muerta y caminó gran trecho,
Por voluntad de Dios vuelta á la vida.

1860.

LA CASA FUERTE Y LA DÉBIL.

Quien á las leyes del Señor atento,
Para cumplirlas su favor invoca,
Es cual varon que sobre inmoble roca
De su fábrica puso el firme asiento.

No hay avenida contra tal cimiento;
Jamas el rayo al edificio toca,
Y en vano su pared con furia loca
Baña lluvia otoñal y embiste el viento.

Mas ¡ay! quien sus pasiones no refrena
Con el temor de Dios, le ofende impío
Y su casa edifica sobre arena.

Y cuando sopla el aquilon bravío
La arroja al suelo cual tronchada entena,
O se la lleva en su creciente el rio.

1860.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

Esparce la simiente en el cercado
El labrador, y el grano de la orilla
Luego sirve de pasto al avecilla,
Y el que cayó en la peña es malogrado.

Del que en terreno fértil ha brotado,
Plantas no pocas la maleza humilla;
Y es, á la fin, contada la semilla
Que llega á producir fruto anhelado.

La palabra de Dios, semilla santa,
Nos arrebata el mal, ó en pecho frío
Muere, falta de jugo, tierna planta;

O á florecer no llega entre el sombrío
Zarzal de las pasiones; ó levanta
Flores y fruto al cielo en el estío.

1860.

JERUSALEM.

I

A Solima infeliz, queriendo el alma
En su fin meditar, dirige el vuelo,
Y en su presente silenciosa calma
La huella busca del antiguo duelo.
Hallo refugio al pié de amiga palma
Contra el rayo de sol en limpio cielo:
Sopla en el Olivar la brisa pura
Y entre las rocas el Cedron murmura.

II

Mas decidme ¿qué cántico lejano
Interrumpe el silencio en esta hora?
Tiene la voz influjo soberano
Si al cielo clama y se lamenta y llora.
A su acento el ejército romano
Vibra ante mí su espada vengadora,
Y la ciudad perece á hierro y fuego
Y es en escombros convertida luego.

III

¡Voz que las celestiales profecías
A los oídos de Israél cantaba!
Con ella al pueblo amado Jeremías
El cautiverio y muerte le anunciaba.
Pasan los siglos cual se van los dias
Y el arpa del profeta no se acaba:
Hoy á sus notas de dolor profundo
Salem despierta y se conmueve el mundo.—

IV

¿Cómo está solitaria y en ruinas
La ciudad noble y populosa y fuerte
Que dominó á la tierra? En sus colinas
Sentada, en orfandad llora su suerte.
Tributaria la hicieron sus vecinas;
Hála cubierto ya sombra de muerte;
Y al verla así, gozóse el enemigo
Y en adversario se trocó el amigo.

V

Más veloces que el águila pujante
Vienen los estranjeros batallones,
Y ponen de los muros por delante
Tiendas, máquinas, carros y pendones.
Hiere el pesado ariete resonante
Las puertas y los anchos torreones,
Y lanza la ciudad de los profetas
Al sitiador cual lluvia sus saetas.

VI

Mas ¡ ay ! acosa el hambre á los sitiados
Y les hace sufrir martirio lento,
Y el blanco de sus rostros agraciados
Trueca en color cobrizo ó ceniciento.
La piel junta á sus huesos descarnados,
Y al pié de la muralla, sin aliento
Les deja al fin, y es dellos envidiada
La dicha del que muere por la espada.

VII

En las plazas y calles los infantes,
Abandonados á su propia suerte,
Alzan las manecitas suplicantes
Y no encuentran piedad sino en la muerte.
Y colgado del pecho, fértil antes,
Todo recien nacido resta inerte,
En el seco pezon los labios fijos;
Y las madres se comen á sus hijos !

VIII

No creyeron los pueblos de la tierra
Que alguna vez Salem fuese rendida;
Pero á Dios y su ley declaró guerra;
Colmó de sus pecados la medida;
De la piedad divina el arca cierra,
Y es uva en los lagares comprimida:
Su arco entesó el Señor y de su aljaba
Le dispara las flechas y la acaba.

IX

Cayó Sion de lo alto y con mancilla
Quedan el sacerdote y el magnate,
Y el reino todo que la frente humilla
Al feroz vencedor tras el combate.
Segados por la bárbara cuchilla
Del enemigo al decisivo embate,
Cubren plazas y calles sus guerreros
Y sus puertas obstruyen y senderos.

X

Sucumbe el sacerdote al pié del ara,
Y es el grandioso templo demolido:
De sus joyas sin par la copia rara
A todo aventurero ha enriquecido.
Que piedra sobre piedra no quedara
Del muro que á Salem ha circuido
Quiso el romano: en derribarlo emplea
Los restos mismos de la raza hebrea.

XI

No hay ya fiesta ni sábado, y desiertos
Sus caminos están: nadie visita
Sus anchas plazas y floridos huertos;
La ley no existe y pereció el levita.
Al mirar los escombros y los muertos
Oprime el corazon amarga cuita;
Faltó la inspiracion á los poetas;
Faltó vision de Dios á los profetas.

XII

En vano los ancianos esparcieron
En sus cabezas polvo y el cilicio
A sus miembros ya débiles ciñeron;
Y, del hambre y la espada ante el suplicio,
Las vírgenes sus frentes abatieron
Porque el cielo á Israél fuera propicio.
Autor el pueblo de su propio daño,
Sometió la cerviz al yugo estraño.

XIII

De Sion en el monte venerado
El templo falta y la raposa anida:
Ya no el són de las arpas acordado
A los mancebos á danzar convida;
Ya de su propio hogar les han echado;
Del tirano su casa es poseida,
Y á su puerta no van los tañedores
Ni se sientan en ella sus mayores.

XIV

Su leña y agua misma á peso de oro
Compra el pueblo infeliz á su verdugo:
Quiere sentarse en vano y vierte lloro
Cansado el prisionero bajo el yugo.
Y, al fin, á tierra estraña y sin decoro
¡Ay! al conquistador llevarse plugo,
De su legion triunfante tras las huellas,
Jóvenes, viejos, niños y doncellas.

XV

Dios á Salem ha envuelto en noche oscura
Cual la que reina en el sepulcro helado;
Sus caminos cerró con espesura
De maleza, y sus sendas ha borrado.
Si la ve el caminante por ventura
Cuando pasa á lo lejos, asombrado
Pregunta: "¿Es esta la ciudad que un dia
Fué de la tierra orgullo y alegría?"

XVI

¡Jerusalem, Jerusalem! No hay duelo
Como el tuyo, y es grande tu quebranto
Como la mar. Tu faz convierte al cielo;
De Dios en la presencia vierte llanto;
Dile que en tu ruïna sin recelo
Está engreído el enemigo en tanto.—
Y tú, hija de Edom, Babel altiva,
Humillada serás cual tu cautiva.

XVII

Solo Dios permanece eternamente,
Y duermen á su pié las tempestades,
Y es de misericordias dulce fuente
Y guarismo no tienen sus bondades.
Su nombre sonará de gente en gente;
Dominará su solio las edades.—
Vuelve ¡oh Dios! á Israél tu rostro amigo.
¡Grande su crímen fué! ¡Grande el castigo!

1860.

ÍNDICE.

LEYENDAS MEXICANAS.

CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.

COMPOSICIONES DIVERSAS.





END

TIT